

Ebel Barat

la bruma y los pasos



la bruma y los pasos



Ebel Barat

la bruma y los pasos



Barat, Ebel

la bruma y los pasos. - 1a ed. - Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2014.

... p.; 22x15 cm.

ISBN 978-950-808-...-...

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título

CDD A863

© 2014 · **Homo Sapiens Ediciones**

Sarmiento 825 (S2000CMM) Rosario | Santa Fe | Argentina

Telefax: 54 341 4406892 | 4253852

E-mail: editorial@homosapiens.com.ar

Página web: www.homosapiens.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN 978-950-808-...-...

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2014

en ...

...

Es pleno invierno. Hay bruma.
La bruma enturbia la luz, diluye las líneas y altera las fachadas.
La ciudad se vela bajo el ceniciento blanco.
Al caminar, el hombre experimenta la sensación de la soledad.
Hace mucho frío en la media mañana.
Ser extranjero y no saber bien por qué se está en un determinado lugar, en ese lugar.
La composición del cuerpo. El peso y la fatiga de un mecanismo que a pesar de regenerarse, jamás se regenera.
Es una cosquilla y un dolor.
Las manos en los bolsillos, frías.
Una cierta incapacidad para comprender la lengua. El alemán.
Un alemán diferente.
El hombre lleva unos vaqueros azules, botas de suela que no sirven para las veredas heladamente húmedas, una campera de fibra, también azul, y un sombrero negro. Tal vez es fácil saber que es extranjero. Tal vez no.
Es alto.
No hay nadie afuera, casi nadie, que lo atestigüe. Un modo de la extranjería.
Es una calle que baja desde la Ringstrasse y se mete en el centro de la ciudad. La calle es estrecha y, al parecer, a esa hora, hay muy poca actividad, como si la gente se hubiera ido.
Como en los pueblos de montaña antes de los turistas.
Una tarde en los pueblos de montaña. En Cortina D'ampezzo, antes de los turistas.

Era mucho más joven. Era joven y se detuvo en la plaza para ver las estatuas de hielo. Grandes, grandísimas y transparentes. Vidrio helado, pulidas.

Ese muchacho va en busca de una chica que conoció durante la noche. Tiene la impunidad de la juventud, la frescura del desconocimiento. En el pueblo no hay nadie a esa hora de la tarde. Queda poco tiempo para que la luz termine de cansarse.

Dopo il pomeriggio.

La muchacha le ha dicho eso anoche. Él ya sabe que hace frío, que no hay nadie, que las estatuas permanecerán en su memoria. Y el suelo helado y duro.

Dopo il pomeriggio. Sabe que la frase se va a quedar entre sus frases. Para toda la vida.

El muchacho deja la plaza y llega hasta la dirección que le dio la chica, anoche.

Es una casa de dos plantas, chata que da sobre la vereda estrecha. Una casa gris. Tiene todas las ventanas cerradas.

El muchacho toca el timbre. Lo tocará dos veces más. La última vez será un toque corto. Medio toque. El muchacho ha tocado el timbre dos veces y media.

No es hermoso. Es joven. Al cruzar la plaza, ya sabía.

La casa está pintada de un gris claro. Son casas parecidas. No se ajustan al paisaje. Son casas de extranjeros.

Tal vez no sean así.

Son el extracto de lo que hizo la mirada. Las casas de la memoria.

Ahora ya fue. Siempre es después.

Es joven y muy delgado, nervioso. La mirada no es nerviosa. A veces puede desencadenar la ferocidad. Ahora la mirada es la que va a permanecer siempre con él. Lo sabe.

Desde hace mucho ha sentido la edad que va a tener. Las edades que va a tener. Desde muy joven ha sido *edado*. *Agge*. Sus ojos, los ojos, tienen todas las edades.

El muchacho siente el frío, La película de frío que hay entre su piel y la ropa. Rechaza la ropa adecuada. Pesa mucho. Le gusta moverse libremente. Pocas prendas suponen una mínima atención a la manera de vestirse. Poco trabajo. La ropa es una manera de

limitarse. De quedarse quieto. Lo hace perder el tiempo. Perder el movimiento.

El muchacho está frente a la fachada gris y brumosa de ventanas geométricas, que recordará como huecos cuadrangulares repetidos y hacia arriba.

Está vestido de azul, también. Es muy delgado, y se queda esperando en la vereda, a un paso de la casa, debajo de la casa.

Nadie saldrá de ese edificio de alto, con sus ventanas geométricas y grises. Acaba de saberlo, pero es como si siempre lo hubiera sabido.

Volverá por donde vino, tal vez a la misma plazuela donde se exhiben estatuas de hielo de excelente factura, muy grandes. Las hacen acumulando hielo y después las cincelan. Piensa que el pulido es fácil. Las estatuas son grandes y están muy bien acabadas. El muchacho se pregunta cuánto durarán.

El invierno.

La chica era rubia, cree el hombre. Flaca. Tenía las piernas cortas. Era la única en la discoteca. Vendía las entradas. Imposible volver a encontrarla. No puede asegurar que fuera rubia.

Era una chica que no puede verse. Una imagen hecha para ser olvidada. Porque las líneas difusas del contorno y la sensación del peso no son un recuerdo. Son bruma. Una chica espectral tan joven como el muchacho que iba a buscarla.

El invierno.

El hombre de los vaqueros azules y botas de descarné frías se pregunta qué hay de parecido entre las casas de esta ciudad y las de Cortina de aquel invierno.

Las ventanas cerradas.

Todas las ventanas están cerradas. El hombre busca alguna ventana con los postigos abiertos y algún cristal que deje ver un interior. Un vidrio para ser atravesado por él o por algún otro que pudiera mirarlo. Algo transparente, donde la luz pueda ir y venir.

Hielo y vidrio de invierno en la ciudad donde la calle se ha de extender hasta esa noche.

La calle que va hacia el corazón circular de la ciudad, donde el río ha sido olvidado, y la mañana de bruma que camina recta hacia ese corazón que, en verdad, no es circular, sino informe como una mancha, se extenderán hasta la noche.

La mañana es una certeza de ventanas cerradas y de destrucción. Una destrucción que percibió apenas llegado al aeropuerto, donde lo estaban esperando otros hombres.

Piensa cuánto de estúpido tiene el comportamiento de los hombres. Piensa en la estupidez como una necesidad, un modo de distraerse, y de la aptitud destructiva de la estupidez. Dar rienda suelta a la estupidez para la destrucción necesaria.

No le gusta la destrucción. Ni el ejercicio de la estupidez al cual se ha asociado como si no supiera, imitando ese movimiento, ese desplazarse como una babosa, humedeciendo el suelo hacia ningún lugar, cabalgando la estupidez necesaria como el pan nuestro de cada día.

La destrucción nuestra de cada día vestida de dos orientales ordinarios que vinieron por él al aeropuerto. Dos coreanos, serviles y ajenos, que intentaron alguna cortesía.

Imposible.

Imposible ser cortés con los orientales que se encargaron de su valija para llevarla hasta el baúl pequeño y chato de un auto tan falso, tan fuera de lugar, como la escena de ser recibido por los dos orientales que sabe que no verá nunca más, porque no pasarán de ser las líneas difusas del contorno de sus rostros y sus cuerpos. Tal vez quedará algo del peso de sus cuerpos, uno más delgado, los dos pequeños y falsos como el auto deportivo, más viejo de lo que quisiera, que lo trajo hasta el hotel.

En ese hotel, de cinco estrellas, el Hilton, se confirmará la destrucción. Y el hombre, quizás por primera vez, no podrá asociarse a esta estupidez necesaria, a esta fatigada destrucción de invierno, tras un vuelo acre, y un aeropuerto al que va a volver dentro de tres días.

De una manera precaria, apenas esbozada, como un embrión, el hombre que va por la calle estrecha, hacia la Ringstrasse, lo sabe.

Empieza a llover. Es una lluvia fina, casi sólida que no se desploma, sino que cae como retenida, incapaz de hacer sentir su peso.

Incapaz de hundir al hombre que de una manera precaria, pero cierta, sabe cómo van a ser las cosas. No sabe qué cosas van a sucederle pero sí cómo van a ser siempre.

En los ojos. Los ojos tienen todas las edades.

Han de saber, los ojos, cómo serán las cosas. Y, sin embargo, sigue caminando calle abajo, alejándose del hotel y del café donde va a sentarse mañana al mediodía después de pasar una noche pensando en su suerte. Después de arrinconar la destrucción por lo único capaz de lograrlo: una mujer.

El hombre tiene, tal vez, cuarenta años. Por esa calle pasa a los cuarenta años aproximadamente. Siempre pasará a los cuarenta años por esa calle.

Tiene frío y, sin embargo, no se prepara para la calidez posible de un café, de entrar a una cafetería, donde seguramente podría salir de la bruma y ver la ciudad lunar.

No hay ventanas abiertas. Es una vereda ajena de un pasaje ajeno donde va a quedar la idea de la certeza de cómo van a ser las cosas.

Tiene más dudas sobre el pasado que sobre el futuro. En el pasado quizás fuera otro. Ahora no. Ni lo será mañana, ni después. El hombre sabe, y ése es el cansancio de sus huesos: saber cómo serán las cosas.

Qué hay de eso en el muchacho que ya no espera frente a la casa de ventanas grises, bajo una luz, tal vez igual a la de ahora. Qué hay de eso en el muchacho que pasa de nuevo por la plaza para aprender. Y para cerciorarse de que las estatuas son eso nomás. Unas estatuas de hielo grandes y finamente talladas, y finamente pulidas que están en la plaza de un pueblo que se llama Cortina D'ampezzo, aunque eso no importe demasiado.

Qué hay de eso en el muchacho. Es casi lo mismo.

Casi.

Tiempo.

Entre el muchacho y el hombre hay un tiempo que nada tiene que ver con lo que saben los ojos, con lo que saben ellos, el muchacho y el hombre. El tiempo tiene sólo que ver con el frío que cala diferente, y con el cansancio de los huesos.

Es la ciudad la que pasa hombre arriba, mientras el hombre baja hacia el centro.

Él y su cuerpo entran al café.

Está sólo. Es pequeño y muy iluminado. Demasiado moderno e impersonal. Seguramente puesto allí para desayunos antes de

entrar en las oficinas. Seguramente tiene una clientela extraña a la que no le ha de gustar el café, el ambiente de café. Lo atiende una mujer, sin contorno y apenas con peso, más bien rolliza. Hay un diario que el hombre toma para hurgar en esa lengua que le es extraña, el alemán de allí. El alemán del diario. *Arbeiten*.

La gente de la destrucción le había preguntado si él se consideraba un guerrero. El hombre no quiso contestar.

El hombre dijo que no le gustaba la guerra y que no quería elegir lo que era. Así lo dijo: No quiero elegir lo que soy.

Los hombres de la estupidez se lo preguntaron y después se quedaron en silencio. Él les dijo que era un luchador. Que trabajaba. *Arbeiten*.

El hombre sentado en el café trabaja sobre el diario escrito en una lengua que le es difícil, refractaria.

Entre ese lugar y la habitación del hotel donde esa noche alguien le sugerirá ir a bailar a una discoteca, no estará el centro de la ciudad hacia dónde se dirige, porque lo habrá olvidado. El centro de la ciudad con su Catedral, sus coches de paseo, sus cafeterías y sus turistas, no corresponden a lo ocurrido entre esta parada en el café y la habitación del hotel donde alguien lo invitará para salir esa noche e ir hasta una local bailable.

Habrán pasado quizás por San Esteban, habrá visto las tiendas donde se venden revistas, las confiterías de fragantes masas; más cafeterías. Habrá ido al mercado y, después, habrá llegado a la casa de Mozart.

Pero el hombre no sabe quién es Mozart. No quiere saberlo. Ha recordado su estatua de cuerpo entero en el parque, parado en medio de la gramilla tan brillante y rizada.

Mozart está parado en su estatua, elegantemente vestido, con sus calzas, sus hebillas grandes, en una posición muy cómoda que ha visto repetirse en las estatuas. Como si esa comodidad anunciara el gusto y la certeza de vivir. La certeza de cómo hacer las cosas, de lo que es bueno. Mozart y tantos otros.

Su cuerpo.

Su cuerpo no experimenta la dicha de vivir, sino una incomodidad que comienza a aliviarse con el chocolate caliente en el café impersonal donde hace una temperatura agradable, donde hay una mujer informe, algo rolliza que podrá parecerse a la de

otro café, dentro de dos meses, mucho más fácil de recordar, porque allí estaba lo que promueve los recuerdos claros: una mujer, o, tal vez, apenas una niña.

Su cuerpo sabe. Siempre sabe que no hay tal certeza, tal gusto por vivir, salvo en la excepción.

Ridículo.

Qué hace Mozart en medio del pasto lustroso, en el solar, vestido de gala, posando en una situación en la que jamás pudo haber posado.

Mozart de bronce o mármol.

Expuesto a las cagadas de pájaros, a la *lluvia oblicua*, al frío casi helado del bronce o el mármol.

Pero entre el café y la noche, en la habitación del hotel donde a la madrugada serán tres, no habrá recuerdos. Habrá, en cambio, la misma bruma de ahora, en la que sólo puede verse a un hombre vestido de azul que piensa en la soledad, y que siente en el cuerpo la cosquilla y el dolor de cuarenta años. Hay un hombre que esperaba, cuando joven, a una muchacha, en otro día de bruma en la montaña, en Cortina D'Ampezzo, cerca de unas estatuas que jamás volverá a ver.

Hay un hombre que fue conducido al hotel donde, dentro de dos días, en horas de la noche, se va a consumir la estupidez. En un salón de hotel, con su mesa oval que ocupa casi todo el largo del recinto. Habrá tres o cuatro orientales, un director en desgracia, y ellos. Él será espectador, esta vez. Le será imposible participar de la destrucción, y de la reconstrucción después de la tempestad.

Kali.

Debería conocerla también como la diosa de la estupidez.

La destrucción en la que los dos orientales del auto negro, juegan el papel de emblema, estará en el encuentro alrededor de la mesa oval y frente a la pantalla donde se señalarán un grupo de fantasías necesarias para sostener la necesidad de justificarse.

Justificarse.

La vida detrás de la justificación.

Mozart solamente justificado por un material ajeno y una situación ajena, helado y cagado por los pájaros. Mozart justificado por no Mozart.

El hombre está en el café, cerca de la ventana vestida por una primorosa cortina. La cortina es el único objeto donde se asienta cierta calidez. La mano de la mujer, piensa el hombre. En ese detalle, nada más.

Mira por esa ventana, con el periódico bajo el antebrazo extrañamente voluminoso, apretado por el suéter. El antebrazo es lo que seguramente le ha permitido convertir sus manos en garras tantas veces, inmovilizar los objetos y a las personas, salvo alguna, recuerda.

Bebe chocolate. Desde este momento pasará directamente hacia el final de la tarde, en el hotel, cuando un amigo, un abogado moreno, muy diferente a los orientales y a los otros, lo invitará a una discoteca donde podrán beber y bailar, a pesar de la cosquilla y el dolor del cuerpo de cuarenta, y los mismos ojos de siempre.

Algo hay en los ojos, en lo que viste a los ojos: esos pliegues de piel contraída que se ciernen sobre el mineral más alejado de la muerte. Y, por eso, tan íntimamente relacionado con ella.

Vuelve a pensar en eso. Ha visto apagarse la vida en los ojos. Ha visto la invasión de la leche azulina. Ha visto cómo inunda desde adentro hacia afuera, cómo brota y se expande dejando dos botones abandonados y ajenos. La ha tenido entre las manos. Esas manos rudas y siempre lastimadas que se contentaban con sostenerla. Tan capaces de provocarla.

Hay, le parece, una lágrima en sus ojos. La incertidumbre de no ver bien en la penumbra convierte a las lágrimas en una lágrima.

Hay una lágrima en sus ojos. Está parada en medio de la arcada que separa un salón del otro. Perfectamente en el medio, y sola. Alguna vez pensará que fue a propósito.

En medio, bajo la arcada y con lágrimas en los ojos está ella observando el lugar donde bailan las parejas.



Lleva una pollera a cuadros algo corta y una camisa que marca su espalda ancha. Su ropa es extraña. Sujeta la pollera con dos tiradores que pasan apenas corridos de sus pechos. Lleva zapatos de tacos altos y está parada con los pies juntos, discreta, como si estuviera en una formación.

Buena parte de estos detalles no son percibidos por él. Los recordará tiempo después. Ahora ve una mujer muy bella que ha llorado, o llora, de pie entre los dos salones. A pesar de la ropa y de que tiene lágrimas en los ojos, a pesar de su mirada fija hacia el lugar donde se baila, no se diferencia demasiado de las otras mujeres del lugar. Pero hay algo insondable. No es su hermosura, que también es difícil de definir.

El hombre ha estado allí por más de dos horas y, después de beber dos cervezas, se apresta a retirarse. Ha pensado en decirselo al abogado que no se quedó con él mientras bebía. El hombre ha bailado con una mujer. Ella fue quien lo invitó. Le ha parecido lo suficientemente atractiva. Sin embrago no ha tenido la voluntad de continuar con el encuentro y ha vuelto a una de

las barras por más cerveza. A pesar de la mujeres. A pesar del lugar y las cervezas, se siente fuera.

Quizás la estupidez, el sinsentido.

El hombre está afuera.

Ha sido un lugar común a lo largo de su vida. Alguna vez, en otra discoteca, se quedó contemplando a los jóvenes que bailaban bajo las luces y la música estridentes.

Los contemplaba desde arriba, donde había una baranda que daba sobre la pista de baile. Observaba los movimientos frenéticos mientras los compases se iban diluyendo en un solo rugido.

Vio la *pulsión*.

Los cuerpos se agitaban con los compases y los movimientos. Se socializaban en un paso general, un paso acordado por la moda. También eran atávicos. Eran movimientos acordados, pero *silvestres*, con la pulsión por debajo. Una manifestación perfecta.

Allí estaba todo, eso era el ser humano. Hembras y machos haciendo algo gregario, pero a la vez tan espontáneo como nadar en líquido amniótico.

Una manera de la orfandad descubierta por la mirada de él.
Dehors.

Ahora está pensando en retirarse y debe comunicárselo al abogado, que tanto tendrá que ver con lo que se dirá pasado mañana en un salón pequeño del hotel Hilton, donde usarán un proyector, y dónde se hablará de cosas fantásticas, donde se montará una historia necesaria e inexistente, como la estupidez que podría terminar con las personas.

Es entonces cuando la ve debajo del arco que separa los salones, tal vez con lágrimas en los ojos.

Es muy bella, cree. Siempre creará que es hermosa, pero nunca estará seguro.

El hombre va hacia ella y la invita.

Piensa que la muchacha no aceptará y eso le ha de servir para dar por terminada la noche, para volver al hotel, donde el único consuelo es la posibilidad del sueño que normalmente le ha sido esquivo.

La muchacha asiente.

Ha estado llorando, ahora puede verlo.

La muchacha tiene caderas torneadas y se mueve con gracia contenida, con seriedad.

Ella le pregunta de qué nacionalidad es.

Argentino.

Argentino, argentino, repite entusiasta la muchacha.

El hombre olvida sus sentimientos. Ya no se siente afuera. El hombre olvida todo eso que sabe mientras camina por la acera de la calle desierta hacia el centro de la ciudad que se ha desentendido del río.

El hombre es atrapado súbitamente por el cambio en el tono de voz de la muchacha que sonrío por primera vez en la noche. La muchacha comienza a hablar en castellano. Un castellano cuidado, a medio camino entre el modo de Castilla y el de algún país sudamericano.

He perdido años de mi vida hasta descubrir el tango, he perdido el tiempo en otras danzas hasta descubrir el tango, dice la muchacha.

¿Tú bailas tango?

El hombre responde que no. Que muy poco. El hombre se siente avergonzado por no bailarlo en absoluto.

La muchacha no hace más comentarios.

Es probable que el abogado se haya ido. El hombre, como a su certeza cuando pasa camino al centro de la ciudad, habrá de olvidarlo hasta la mañana. Y, después, no volverá a olvidarlo hasta la siguiente madrugada.

El hombre va hasta la barra con la muchacha cuyo nombre significará muchas cosas, cuyo nombre será una novedad, con una belleza difícil, como la de ella. Difícil de pronunciar también.

Hablan animadamente junto a la barra. El hombre bebe más cerveza y observa, con alguna desazón, que ella bebe solamente agua. Ella le dice que le gusta escribir, que es poeta.

Le pregunta por qué está en Viena. Él le dice que ha venido a hacer algo que no deseaba y que se ha dado cuenta de eso apenas llegado, con toda claridad. Le dice que no piensa hacer nada de lo que tenía previsto y que dispone de mucho tiempo. Le dice que, si es de su agrado, mañana pueden verse a la hora que ella quiera.

Ella responde que se pueden encontrar en el café Prückel, justo enfrente del Hilton, a las doce.

Él le dice que allí estará.

Son las dos de la mañana y es curioso que esa discoteca esté aún abierta. Después se saludan y él ve cómo ella vuelve a acercarse a la barra, como si tuviera algo pendiente.

Sale solo y detiene un taxi.

El hombre dormirá dos horas pesadamente, como de costumbre, en un lugar indefinido, sin latitud ni longitud. Después lo hará a tramos de sueño liviano. Lo hará en la cama de otro hotel, gris y pulcro, con el mismo olor de siempre. Dormirá sofocado por un olvido nuevo, con la mente sólo alerta a lo que puede brindarle alegría: una mujer.

Se da cuenta de que ha traído poca ropa, de que jamás había pensado que podría tener una cita de ese tipo. El hombre soslaya los motivos de su viaje. La importancia de su viaje ha desaparecido cuando camina por el Stadtpark hacia el canal.

Viste una campera gris de fibra, más abrigada que la de ayer, y los mismos pantalones.

Es un café tradicional, con mobiliario moderno, de los sesenta, quizás. Ése es el mobiliario que se fijará en su mente, el que su mente ha elegido para el café con aire de tradicional, al que no ha de volver, tal vez, nunca.

El salón es alargado, con mesas cubiertas de manteles de puntilla, y un ambiente de sábado donde ciertos señores leen el diario, y ciertas mujeres que han llegado en grupos, inician el ritual de ese día.

Es sábado. Otra de sus certezas. De esas certezas que se inician en una caminata de desazón por una calle despacible bajo la luz lechosa de una mañana helada. Tal vez parecida a otra en un pueblo que se llama Cortina D'Ampezzo, donde un joven ve, por primera vez, unas esculturas en hielo, de excelente factura, como no ha de volver a encontrar nunca.

El hombre ha pasado dos noches en Viena, en el hotel Hilton, en compañía del abogado, y ahora ha iniciado su segunda mañana, esperando a que todos se hayan ido para desayunar tarde y solo porque quiere olvidarse de los motivos del viaje. Quiere estar seguro en ese olvido, protegerlo de cualquier cosa que lo pudiera desbaratar. El hombre se asegura de sostener el olvido.

Toma asiento en la segunda mesa a partir de la entrada. Desde allí tiene un perfecto control de la calle.

Ve folletos de encuentros de poesía, y de algún concierto donde ha de haber un violín. Aún no conoce el valor de los cafés en Viena, de lo que significan o pretenden significar. Más tarde sabrá que representan algo especial, o lo intentan.

En el Hawelka, dentro de dos meses, habrá una mujer, también rolliza, pero de contornos netos y vestido gris, que parecerá haberse dado cuenta de la situación. El hombre sabrá que en ese café, el Hawelka, pasaron cosas. Pasaron Mozart y Beethoven, pasó esa música en que pudo, como en ninguna otra expresión, abrirse camino el alma de este pueblo. Decir, del más alto modo, el dolor y el amor de ser humanos. Mozart y Beethoven, y otros dos o tres más para que el hombre que ha olvidado, no se olvide de las intenciones con que está compuesta el alma de este pueblo.

Se preguntará por qué ha escogido ese término: intenciones. Se dirá que las intenciones son los soldados del deseo del alma. Muy difícil. Más aún que ser un soldado, como él. O un prisionero.

Pero el hombre sonríe, porque espera a una mujer, el espejismo donde se deja de ser soldado o prisionero, y mira hacia la calle a través de los grandes ventanales mientras consume un café con leche.

Casi media hora después, el hombre que comienza a *recordar*, se dice que ha sido un estúpido. Que no hay ningún motivo para que esa mujer no opere como cualquiera, para cumplir con su destino de mujer que no ha de presentarse, como otra muchacha rubia, italiana, de piernas cortas y contorno difuso, condenada a la inexorable desaparición como persona. Nombrada apenas como el registro de una sensación: la sensación de perderlo todo y estar solo entre estatuas de hielo que han de durar un invierno.

Un invierno.

Y sin embargo el sol del mediodía.

Hay clima afable para la tertulia y el diario. El sol ha roto la niebla y la ciudad quiere brillar. El hombre es capaz de ver cómo cede la bruma con el sol. Es miel. Miel que le provoca una sonrisa amarga.

Se ha quedado más tiempo del usual. No tiene nada que hacer pero es inútil quedarse allí, porque mientras siga sentado en ese café, continuará esperándola.

Es una nostalgia más.

Definir lo desagradable. No tanto porque no venga la muchacha, sino por tener que *recordar*.

De eso se trata. De cercarlo. De saber que es así. Entrar en lo desagradable, en lo feo y quedarse, con el consuelo de la certeza de que no hay consuelo.

Una vez más se dice el hombre. A quién puede importarle.

A nadie, pero es imposible. Mucho tiempo después escribirá que no puede comprender que su amor anónimo, su ruego, su necesidad de alguien, pueda perderse en el olvido.

Apenas se está poniendo de pie, saliendo de un café en Viena, en la Stubenring, en un día soleado que niega el invierno de la mañana anterior, y el de un lugar en la montaña italiana, hace muchos años.

Son tal vez cuatro o cinco metros hasta la puerta y, sin embargo, ocurre lo mismo, casi lo mismo que la mañana donde sigue yendo calle abajo, hacia el centro de la ciudad que no es circular y que ha olvidado el río, no como su hermanastra Budapest, que deja pasar el río por el medio y que lo mira con admiración, que se aboca a orlarlo de palacios y luces alineadas.

Casi lo mismo que hace tantos años en Cortina, cuando volvía a la plaza para confirmar cómo son esas estatuas que han de acompañarlo como un registro del olvido y de la duración de toda su vida: un invierno.

El hombre, cuando aún no acaba de salir, la ve precipitarse hacia el salón.

Es ella.

Pero, por más cosas que lo habitual, no es la muchacha de anoche.

El cabello.

Su cabello se ve más claro que anoche. Sin luz. Es un cabello áspero, castaño, sin ondas, y revuelto por una sequedad que lo hará difícil de peinar.

Y la ropa. Resalta por lo exótica. Hay algo complejo y pobre en su modo de vestir. No está vestida con sencillez: la muchacha

lleva muchas prendas que emanan el cansancio de la ropa usada. El hombre alguna vez sabrá que toda ella emana ese cansancio, ese decaimiento como de mueble donde ha operado el abandono.

Sin embargo ha entrado casi a la carrera, vestida con muchas prendas, con un pañuelo de seda o tul que le envuelve el cuello a la manera de una bufanda.

In a hurry.

Ha entrado en medio del apuro.

Perdóname, perdóname.

La muchacha traspone la entrada del Prückel. Me he quedado dormida y he tenido que llamar a un taxi. Me he puesto lo que encontré a mano, ni siquiera he alcanzado a peinarme. He creído que ya no estarías.

In a hurry.

Y sin embargo él ha esperado. Es, quizás, la primera vez que el destino de esperar en vano no se ha cumplido. Pero casi enseguida se da cuenta de que ese destino se va a cumplir de otra manera, por otro medio.

Mientras la tiene sentada enfrente, percibe de qué otro modo va a cumplirse ese destino.

¿Pero, cuántos años tenés?

Ella parece no tener más de quince años. El gesto y la piel blanca y virgen de intemperie, no se corresponden con el cabello largo y mustio, a medio camino de morir, como una planta sin riego.

Sus ojos centellean, y esas chispas, tiempo después, harán saltar su picardía, el tosco ingenio de los Balcanes.

La muchacha no le dice “menos de lo que imaginaste”. Lo sugiere con la mirada, acompañando el asombro del hombre.

Tengo veinte años.

¿De verdad?

Sí, tengo veinte años.

Pareés menor, pareés de quince. Menos mal.

El hombre no entiende del todo por qué ha dicho menos mal.

Él se encuentra allí, en el café, frente a una muchacha salida de la adolescencia con un centellear en la mirada que no concuerda con el cabello y la ropa. Se dice que es demasiado joven, que ha de comportarse como un caballero, que será educado y le dejará una buena imagen.

Sabe que son ideas idiotas, que jamás ha sido eso, que no ha venido justamente a ser un caballero a esa ciudad donde esta mañana se ha suspendido el invierno. Ese invierno en el que baja por la calle en medio de la bruma y la película de frío que hay entre su ropa y su piel áspera.

Ésa es la forma en que se expresa su destino, que lo hace decaer, aunque él se haya opuesto, y se siga oponiendo con toda su energía.

Se ve que sos un tipo fuerte, todavía le dirán diez años después. El hombre se preguntará qué valor pueda tener esa afirmación, venida de otro hombre cuya fuerza proviene de la cocaína que aspira regularmente en el baño de un bar, donde también se ha impuesto la decadencia.

Diez años después.

El hombre decide quedarse con la muchacha, una hora, y cuando haya pasado, responderá a su destino, que, tal vez, finalmente, le haga cumplir aquello para lo que lo han llamado.

In a hurry.

El hombre no sabe si le ha dicho su propia edad.

Dos horas después, con mucha luz aún, la muchacha no se ha ido. Le ha repetido su nombre, arduo, disociado y, sin embargo, grato, como es, a veces, el sabor amargo.

Metzina.

El hombre experimentará un sabor amargo en ella, y un veneno. La corriente delgada de veneno que se expande por un cuerpo dolorido.

Tiempo después escribirá su impotencia, su incapacidad de imponerse a ese veneno como se ha impuesto sobre la fuerza de otros hombres, él, al que luego de diez años le dirán: se ve que sos un tipo fuerte.

La conversación se prolonga. El hombre se percató del tiempo que ha pasado por la sensación de fatiga que siempre provoca estar en un lugar cerrado. Es como si se viciara el aire.

Aunque ha renunciado a la muchacha, se queda con ella. No quiere volver al fastidio de una vida donde no hay lugar para la sorpresa, donde lo que ocurre está prefijado.

No decretés, llegó a decirle un compañero que no terminó nunca de serlo. Alguien que le reveló su propia y extraña esclavitud, la misma que le impidió ser tan eficiente como él, y los otros.

No puedo parar de seducir, le dijo esa vez. No puedo, repitió. Desde entonces supo ir alejándose de lo que la organización les demandaba. El hombre no.

Ha cumplido, hasta ahora, al máximo. *He cumplido al máximo*, escuchó una vez de un anciano al que le preguntaban por sus mujeres. Todos se rieron de la picardía en los ojos rasgados del anciano, un poco borracho. Como él.

El hombre se hará muchas veces esa pregunta: por qué he cumplido al máximo. Por qué hay que cumplir así. Sabrá que eso tuvo que ver, desde el primer momento, con ir a buscar una muchacha bajo el frío de la montaña en Italia.

Y con el velo que vio correrse en unos ojos, echándose a la muerte.

Dos horas.

La muchacha permanece sentada frente a él. Le ha dicho que no tiene nada que hacer, que dispone de mucho tiempo. La invita a caminar por la ciudad.

Si querés podemos caminar, hace buen tiempo hoy.

Salen juntos y van por alguna de las veredas que conducen al centro.

El hombre deja un vano amplio entre él y ella, como dando lugar a un espacio necesario, que los libere de alguna intimidad, que declare la distancia que los separa, por la edad y por algo mucho más dramático. Algo que, finalmente, habrá de unirlos de un modo oscuro: la impotencia.

Será un paseo olvidado, un paseo del que no ha de quedar ningún registro salvo cierta incomodidad, cierta marchitez en el cuerpo que ambos parecen compartir, tal vez por razones diferentes, o por la misma razón. *Abattement*.

Detrás del diálogo jovial hay una sensación de decaimiento, de mugre vieja que se ha pegado a los cuerpos.

Vagan más de dos horas a buen paso. El hombre va olvidando su destino y se entrega a esa compañía que parece no querer separarse de él; a esa muchacha de pelo más claro que anoche, al que no se atrevería a oler en profundidad.

El hombre no se pregunta por qué experimenta esa marchitez frente a la muchacha que apenas sale de la adolescencia. Sabe, sin embargo, que algo sucede, que tarde o temprano va a preguntar.

Entran en una cafetería de gran escaparate que exhibe pasteles. Hay varios y se ven apetitosos. La muchacha se sienta al lado del hombre, en una mesa alta, con taburetes. Cuando llega la camarera, le hace muchas preguntas sobre la composición de los dulces, de cómo han sido elaborados. Después hace un largo silencio, obligando a que la esperen, y ordena uno con desgana.

Él también pide una masa pero no tiene hambre. Su estómago permanece reticente a pesar de haber pasado del almuerzo. Lo comerá rápidamente, trozo a trozo, cumpliendo con algo que ha aprendido.

Abattement.

No ve que pueda decirle otra cosa.

Anoche tomabas sólo agua. ¿No tomás alcohol?

No puedo beber alcohol.

¿Nada de alcohol?

Absolutamente nada.

¿Sos alcohólica?

El hombre se sorprende de la dulzura con que la muchacha dibuja su sonrisa. Hay una suavidad como de madre en esa sonrisa donde, por primera vez, los ojos parecen sabios, llenos de tiempo, carentes de picardía.

La muchacha sostiene la mirada sobre el hombre que no atina a ningún gesto, que espera una explicación para esa dulzura que ha sacado a la muchacha de una adolescencia que venía con ella.

Esa mirada y esa sonrisa habrán de volver, todavía.

Habrán, sí, algo de ellas en la foto donde la muchacha delgada como nunca, y enfundada en un gorro árabe de puntilla, también sonríe elevando los ojos hacia el objetivo, detrás del cual estará el hombre.

Abattement

La muchacha baja finalmente la cabeza y dice, más para sí que para contestar: *no A, no B.*

El hombre sabe que está próximo a develar, a develarla, a entender por qué van pasando las cosas, y a recordar cómo van a ser. El hombre no sabe qué cosas van a suceder pero sabe cómo sucederán.

Está sentado en la cafetería de espaldas a la calle, frente a ella, una muchacha de nombre disonante como la cuerda del birimbao, como el violín de los Balcanes. Un nombre que termina vertiéndose de golpe, como el agua de un balde.

No va a separarse de la muchacha.

No A, no B, repite el hombre.

Hay un largo silencio.

Amarillo.

Un pertinaz amarillo que brota, que ha estado acechando, con su luz enferma, en la piel de la muchacha.

Un color amarillo que remitirá, y que volverá muchas veces aún.

Metzina.

Así le decían en el hospital de Sofía.

~~Es la primera vez que escucha~~ la fonética con que se nombra a esa ciudad. Ha estado allí, mucho después de que era un muchacho delgado bajo la bruma de la montaña, cuando buscaba a otra chica que debería tener la edad de ella.

Ha estado allí, en la ciudad que su gente hubiese querido abandonar, a pesar de la plaza florida y prolija. Ha sufrido los efectos de la fiebre, traspasando el colchón de sudor en un hotel pobre y triste como la gente de la ciudad, esperando reponerse de lo que lo había hecho desplomarse en la calle.

En Sofía, y se repite mentalmente la manera de pronunciar ese nombre que le parece escuchar por primera vez, así, dicho de ese modo. No puede ser, se dice el hombre. Por qué me parece que es la primera vez que lo escucho.

No puede ser.

El hombre estuvo no más de siete días en esa ciudad. Ya no era el muchacho que va bajo el frío y la niebla que pugnan por metérsele, por calarle la fuerza que, a esta altura, casi ha desarrollado hasta su límite. La de un tipo fuerte, como le dirá otro hombre afectado por la cocaína, en el bar, treinta años después.

El hombre, junto con los otros, había pasado los controles de la policía búlgara. Los policías habían entrado tres veces al compartimiento donde iban los cuatro. Las visas parecían en regla pero los pasaportes les resultaban inusuales a los agentes fríos.

Los agentes, cuya desconfianza profesional, cuya amabilidad envenenada, experimentaría tantas veces.

Agentes hechos más a provocar enemigos que a descubrirlos. Ojos amargos por la ley en la que les toca vivir.

Hizo lo que tenía que hacer en un día. Los demás no. Después cayó enfermo.

Cayó en medio de la acera, delante de los otros tres, y se quedó apoyado en un árbol flaco de la calle, sin ninguna fuerza para seguir. Algo había notado al subir al tren en Estambul. Su bolso pesaba mucho, como si no fuera el mismo de siempre, más o menos con las mismas cosas.

Tenía frío cuando los demás sentían el sofoco del compartimiento cerrado, y transpiraba cuando los otros se negaban a abrir la ventanilla.

Hizo todo en un día y después no pudo más que traspasar el colchón del hotel raído con el producto de su fiebre.

Fueron dos días en los que se esforzó en beber agua de la canilla, dos días de debilidad extrema y sueño mórbido. Tal vez fueron un anuncio. Después la fiebre pareció remitir y tuvo energía para consultar los mapas y encontrar el pueblo cerca de Zürich: Effretikon.

Comenzó a comer el atún y el cerdo en lata que los demás le traían del supermercado.

Recuerda el último paseo por Sofía, por su gran plaza con el espíritu de los pueblos de los años sesenta, donde a lo sumo se podía comprar algún helado, donde a las nueve de la noche se apagaban las luces de la ciudad y ya no había adónde ir, salvo el hotel internacional en el que unas muchachas, menos prostitutas que en el futuro, ensayaban copiar el talante de lo que imaginaban de occidente.

Y las estatuas. Siempre las estatuas en las plazas: sus grupos multitudinarios y abigarrados en el bronce que empujan un destino hecho con soldados, con heridos, con enfermeras, con máquinas de guerra, con el esfuerzo inscripto en cada rostro.

Sofía.

Cuando era una niña, así la llamaban: no A, no B.

No he muerto porque me llevaron a Alemania. No he muerto porque llegué a Alemania, a pesar de los médicos y gracias a mi madre, que se atrevió.

Muerto.

El hombre sabe cómo van a ser las cosas. Sabe que esa palabra debía aparecer. Y ha aparecido muy rápido.

El hombre está en la pastelería y hace rato que nota cómo se ha abierto paso el color amarillo en la muchacha y la relación directa entre el cabello mustio, la ropa mustia y su piel contaminada.

Metzina.

Así la verá muchas veces más, y advertirá que su cuerpo es refractario al suyo, y al de cualquiera, como ocurre con el cuerpo de los enfermos, abocados en su lucha íntima contra la invasión de la enfermedad.

Y, sin embargo, detrás de ese fuego de llamas imperceptibles, de su tizne, se afana la belleza.

Y la seducción.

Soy seductora, dirá la muchacha. He tenido que serlo para que me quieran, para aliviar la soledad de no poder jugar con nadie cuando era una niña, marcada como iba.

La muchacha permanece sola en un rincón, en la escuela, mientras la supervisora la controla desde el fondo del pasillo. Se mira las manos y forma diseños con sus dedos, haciéndolos volar con su imaginación de niña mientras las llamas diminutas convierten su sangre en un caldo donde ataca la enfermedad.

La niña deberá ganarse la consideración, más aún, el amor de los que no pueden jugar con ella. Mientras procura entreteñerse con los diseños de sus dedos, mantiene los pies perfectamente alineados, modosa.

El hombre la ve bajo el arco que separa los dos salones de la discoteca, con los pies perfectamente alineados y juntos, discreta. Después habrá una foto donde ella posa en la misma actitud de muchacha de liceo, en el punto de la ingenuidad.

Y de la seducción. *Melting eyes.*

Se llama Hepatitis C. Lo dice con la cabeza inclinada, mirando desde abajo, con un acento ecuánime, y con la seducción detrás.

Melting eyes.

Yo tuve hepatitis, dice el hombre.

No ésta. Tú has tenido otra.

El hombre escucha la palabra tú. Se pregunta por qué ella lo trata de tú.

Una transfusión mal hecha, allá en Sofía, cuando era una niña. No era una enfermedad que ellos conocieran, por eso le decían no A, no B. Y me ha venido atacando el hígado desde entonces. Debí haber muerto en Sofía, pero mi madre y yo no lo quisimos.

Y una ambulancia adusta, grandísima que la llevó a Alemania, a Berlín, donde ya le habían puesto su nombre a la enfermedad y donde, con mucha sangre nueva, hicieron que se repusiera y que al mes pudiera comer un helado.

El médico, Franz, me lo dijo. Puedes comer un helado Florcita. Florcita.

Algo de que aferrarse y hacerse querer. La niña levantó la mirada hacia el médico, pulcro y muy rubio, peinado con fijador.

Melting eyes.

Y, después de un mes, comió un helado en el patio rectangular y blanco de la clínica, sobre el césped cortado al ras (brillante como el que rodea a un Mozart insólito) bajo el cielo de su madre, morena de ojos y piel que habían venido del este, y que la niña no compartía.

Su padre no estaba. Su padre es rubio, como el médico, y no había salido del país del que defendería el régimen hasta lo insostenible, como tantos. Un padre metido en el régimen, del partido, cuya familia perdió todo en manos del bien y la propiedad comunitarios. Un padre intelectual, obligado a amar una estética que, por defender al hombre, se alejó de él hasta hacerse intocable. Inhumana.

Una estética que dice: Tú que eres el centro de la sociedad y el universo, no vales mucho. No vales casi nada, y el partido, que sí vale, te advierte eso, desde sus edificios lejanos y antipáticos. Desde bloques repetidos y grises sin publicidad ninguna, pesados y admonitorios. Desde monumentos de metal, de excelente factura, también, donde la gesta de los soldados del pueblo,

abnegados, graves, avanza sobre los heridos, llevando su gente al Olimpo donde se ha terminado la opresión y las corruptelas. Monumentos a Lenin, firme sobre sus piernas fuertes, señalando el camino.

Su padre se volvió pobre; jamás supo hacer un negocio, y terminó en la ciudad, en un departamento modesto donde lo visita la muchacha, y una novia joven, búlgara, como todos ellos.

El hombre observa las manos de la muchacha, que descansan sobre la mesa de la pastelería. Tiene deforme el dedo meñique de su mano izquierda. Levemente amputado.

¿Qué te pasó en ese dedo, pregunta el hombre.

La muchacha responde que fue un accidente. Tiene un incisivo apenas más corto, de borde inclinado. Un incisivo disonante como su nombre, algo que contribuye a seducir. También se le ha partido el diente.

La muchacha ha hablado de muerte.

Tal vez ésa fue la causa, pensará el hombre, no demasiado tiempo después.

Es búlgara, como todos los suyos. Un diente y el dedo meñique levemente amputados. Los Balcanes. La seducción de la muerte

No demasiado tiempo después, la muchacha le contará que tenía un tío, que dijo que quería comer mierda.

La muchacha le contará que se lo dijo a la madre, su abuela, después que ella le preguntase qué quería para el almuerzo. Su tío estaba allí, a la mesa grande y pesada del comedor donde nunca habían entrado los gitanos, todavía. El tío llevaba el cabello al rape y un jopo lacio que le caía sobre la frente cuadrada. Estaba sentado con la mirada fija en la pared, sin hablar.

¿Qué quieres comer para el almuerzo?

Mierda, rugió sordamente el tío, sentado a la mesa con los ojos fijos en la nada.

El plato se lo sirvieron la muchacha y su hermano. La consiguieron en un establo donde habían, quizás, dos o tres vacas. Caminaron en fila, la niña delante y su hermano detrás. Ella portaba el plato sosteniéndolo con ambas manos. Pasó la silla de su

tío gris y sentado, y lo depositó con ambas manos en la mesa del domingo, delante de él. Se alejó enseguida, sonriendo como el hombre jamás la verá hacerlo. Dijo: querías mierda tío, ahí tienes mierda.

Cuando la muchacha le cuente esto va a mirarlo como ahora, desde abajo.

No.

No como ahora, en que seduce desde la compasión. Esa vez va a mirarlo con la chispa de la malicia. Balcanes, se dirá el hombre, y van a reír juntos.

El hombre jamás la verá sonreír como esa vez a su tío. Implacable.

Será implacable una o dos veces, sin sonreír. Implacable como solamente se puede ser bajo el dolor riguroso. Pero volverá a ablandarse con el hombre, a ser cálida un día después, a comprender también, el dolor de los otros.

La muchacha tiene uno de sus meñiques y un diente deformados apenas por la amputación.

Tiene dos pechos generosos, enhiestos, apretados bajo la camisa.

Y el halo amarillo, tizado, que emana de su cuerpo. Un cuerpo que pelea contra la muerte. Un cuerpo cuyas manos delicadas se ven amarillas, igual que el cutis y los ojos oscuros, y sin embargo, detrás de esa suciedad, detrás de ese tizne, son bellas. Manos para tener entre las suyas, piensa el hombre que por primera vez siente deseos de tomarlas, de experimentar su peso, su cuerpo.

Tal vez esa fue la causa, pensará el hombre, no demasiado tiempo después. La pelea contra la muerte.

No.

La presencia de la muerte. El amor al fin. La seducción de lo fugaz, la captura de lo que ha de desaparecer. La muerte que convertiría a la muchacha en un recuerdo, la única manera de salvar esos dos días.

Tal vez eso es lo que no les permite separarse. Que no les permite separarse ahora.

El hombre siente el deseo de tomar la mano que observa yaciendo sobre la mesa con la uña del dedo meñique trunca y apenas presente.

No lo hace.

Veinte años atrás no se sabía bien cuál era la causa. Ahora sí y le han puesto la letra C.

Estás haciendo algún tratamiento, pregunta el hombre.

Pues claro.

¿Y cómo va eso?

Va bien.

Sigue un silencio que el hombre usa para reflexionar. Trata de entender cuál es la importancia de una enfermedad que no deja beber cerveza a una muchacha de veinte años, que provoca un pelo pajizo y una emanación amarilla y caliente como la carne cuando comienza a corromperse.

Una lucha. Un curso oscuro, necrótico contra el torrente de la seducción y la ternura. Y en medio, la implacable decisión de los Balcanes.

El hombre trata de comprender lo que ocurre dentro de la muchacha, que es todo lo que ocurre en esas calles, aunque mañana en un hotel van a suceder otras cosas, oscuras y necróticas como la enfermedad, sin ningún torrente de seducción y de ternura para oponérseles.

¿El tratamiento va bien, entonces?

Sí, va bien.

¿Y qué provoca esa enfermedad?

Cáncer o cirrosis.

El pañuelo es de seda, muy claro, casi blanco. Da una vuelta alrededor del cuello, de la muchacha cuyos cabellos se ven más claros que anoche. Los tiradores se abren a la altura de los pechos realzándolos. Los ojos oscuros le dan tiempo para que comprenda. Veinte años, seducción, aura amarilla para decir cáncer o cirrosis.

Tenía unos cuatro cuando estaba en el patio de la clínica, en Alemania, mirando la pared como si necesitara estar consigo, en soledad, y hacía, al igual que en el rincón del recreo, diseños con los dedos. Su meñique estaba intacto. Entonces giró cuando escuchó que la llamaban.

Florcita.

Ese nombre en la voz con resonancia del médico, Franz, peinado con fijador, no muy alto pero fornido, en el vano de la

puerta junto a su madre, morena, pequeña. La voz de Franz que iría a escuchar tantas veces después. La alegría de Franz comiendo copiosamente en las celebraciones, su humor inexpugnable.

¿Quieres comer un helado?, dijo el doctor, Franz, cuando ella se acercó.

Ella hizo su mohín, echando mano a lo mejor que tenía para ser aceptada, la sugestión de sus ojos. Y la entrega.

Un gesto que perfeccionaría con los años, que formaría parte de ella, y la férrea convicción de que las cosas, aún las más simples, se ganan con el esfuerzo de cada instante, como las esculturas de bronce llevando al pueblo a su Olimpo; un Olimpo de más y más sacrificios.

Bulgaria.

El hombre, que una mañana en Sofía, deseando reponerse y poder salir del país, cotejaba sus fuerzas desplazándose por la habitación donde había sudado dos días sin parar, se ha acostumbrado a evaluar las circunstancias. A establecer la ecuación de la que puedan surgir las probabilidades, a convertir las acciones en una función de las matemáticas. Pero ha tenido fiebre más veces. La tercera fue peor. Y también ha ido a parar a un hospital, a varios hospitales, unos detrás de otro por algo que no recuerda y que no volverá a recordar nunca.

¿Podés sanarte de esa enfermedad?

Sí.

¿Y cuál es la probabilidad?

Treinta por ciento.

Treinta por ciento de morir.

Treinta por ciento de sanar.

Es muy baja, dice el hombre.

Ahora es mucho mejor, antes era diez por ciento, dice la muchacha en la actitud de revelar algo, de enseñarle.

El hombre procura hacerse a la idea de que esa muchacha va a morir siendo eso, una muchacha, pero le es imposible. Ella está allí, corriente contra corriente, y sus ojos lo miran.

Ahora no va a morir.

El hombre habla, pero no va a decir algo que merezca ser recordado. Una afirmación de la mentira. Una quimera expresada

con la sobriedad de la impostura. El hombre, en su fuero íntimo, sigue el decreto de la ecuación matemática, de la probabilidad que juega en contra de que ella sobreviva, pero expresa lo contrario, y la muchacha asiente.

Tiempo después pensará que la muchacha de apenas veinte años, con un conocimiento tal vez profundo de la vecindad de la muerte, se dio cuenta de que él no entendía de lo que estaban hablando; se dio cuenta de su falsedad necesaria, pero supo excusarlo, acostumbrada como estaba a quedarse sola en los recreos de la escuela, haciendo diseños con sus manos, menos amarillas que en ese momento.

Ahora.

Siempre ahora, debería decirse el hombre que calle abajo, va dentro de la humedad, el frío y la luz difusa. El hombre cuyos ojos están afuera del tiempo, y que sabe más de su futuro que de su pasado.

Tenés razón. ¿Querés ir al cine?

Sí. Tal vez es una buena idea. Hay una película paquistaní, “El juego”, que quiero ver. Ven, vamos que chequearemos los horarios, no queda lejos.

Otra vez la calle con su acera estrecha. Otra vez las casas que no llegan a definir un estilo en la ciudad, aún a pesar de los palacios magníficos. El Hofburg, en medio del centro, y los otros en las afueras, imperiales, barrocos, pero con el oriente pujando, como puja en la muchacha la voluntad de la seducción y la ternura.

Las casas van variando sus fachadas hasta hacerse ordinarias, grises, caminadas como aquellas de la montaña, con veintiún años, en busca de otra muchacha rubia, de piernas cortas, informe como las fachadas. Como la mañana en que va calle abajo hacia el centro.

Va junto a ella hasta un pequeño y pobre complejo donde hay salas con diferentes películas. Ya no dan “El juego”.

Ha pasado el horario, dice la muchacha.

El hombre sabe que no va a separarse de la muchacha. Y tal vez sea eso: la presencia de la muerte, el amor al fin. La seducción de lo fugaz, la efímera captura de lo que ha de desaparecer. La muerte que convertiría a la muchacha en un recuerdo, quizás la única manera de salvar esos dos días.

Entre el momento de chequear los horarios del complejo y la llegada de la noche se establecerá un hueco, un vacío, donde lo único que recordará es su invitación a cenar. Hay un vacío como el que provoca un accidente, un desmayo, la pérdida de la conciencia y los recuerdos por efecto del trauma.

Él sabe de eso, sabe de esos huecos. Y a este hueco lo llena un hombre que camina calle abajo, enfundado en una campera azul, con botas de descarné que promueven la evocación del frío.

A este hueco lo llena un hombre y una muchacha que han de haber andado por las calles imprecisas de esa ciudad que no supo definir una arquitectura, a pesar de los palacios donde se emuló el occidente hasta que su propia grandeza los hizo olvidar que su vida era eso, una emulación.

Han de haber andado siguiendo la vereda, tal vez brumosa, gris de olvido, entre la visita a un modesto complejo de cines y la nocturna entrada a un comedor que, en cambio, quedará grabado en la mente de un hombre que vive el momento sin comprender qué pasa. Un hombre seducido por lo fortuito como no fue seducido jamás.

Un hombre que, sin embargo, sabe de todas estas cosas de un modo informe cuando camina calle bajo, hacia el centro de la ciudad, hacia San Esteban y su explanada turística. De un modo vago, pero cierto de melancolía y pérdida. De destrucción que quiere imponerse, de estupidez necesaria para que se exprese la condición humana. Un hombre que ya no expresará su rabia y su dolor con un rugido, o con la violencia de su cuerpo resuelta en un cuello formidable, expandido, listo para el daño, como sus brazos tensos. Un hombre que intentará decir que no, que dirá que no, mañana a la tarde en el salón ridículo de un hotel de lujo, donde otros hombres jugarán el juego seguro de no saber a dónde están yendo. Donde otros hombres, estarán yendo en pos de la destrucción, del catabolismo imprescindible.

Kali.

El hombre y la muchacha bajan a un sótano medioeval donde hay comida expuesta y un gordo, vestido de blanco, en perfecta armonía con el lugar: rudo, tosco, acogedor.

Ese gordo se replicará en un puesto donde venden salchichas a noctámbulos, borrachos y pordioseros, listas para desbaratar el frío, no lejos del Hilton, en la misma calle, y aún volverá a replicarse otras veces, cuando vuelva a pisar el suelo de Viena, cuando vuelva a caminar por sus veredas tratando de exorcizarse del recuerdo indeleble de la muchacha por la que los sollozos lo harán doblarse en una estación de trenes, en medio de la multitud.

El hombre gordo escucha los pedidos para después cursarlos a las mesas, alineadas contra el muro, debajo del arco de piedras encastradas que sostiene un peso infinito, donde hay casas, habitaciones, gente hablando, limpiando o vistiéndose. Esa estructura de piedras con esos arcos que siempre habrán de impresionarlo por no desplomarse, y por hacerse tanto más fuertes cuanto más peso soportan.

Allí debajo, donde el invierno, a pesar de la tibieza, no se queda afuera, comen los dos. Ella, tal vez, algún pimiento relleno, él un trozo de cerdo ahumado con el vino de la casa. Un vino casi rosado, joven, del que la muchacha, esta vez, bebe un poco.

El hombre bebe abundantemente. Dos o tres copas más rápido de lo usual, buscando los efectos del alcohol. Buscando lo que jamás ha conseguido del todo: olvidar.

Ya no hay vuelta atrás. Ya ha pasado todo un mediodía y una larga tarde con un hueco entre la visita al complejo de cines y el ingreso al comedor en el sótano de un edificio medioeval, lleno de bloques de piedra encastrados soportando el peso gris y húmedo de los años, estableciendo un refugio sin poder dejar el invierno afuera, aun a pesar del olor a comida, del vino ordinario, de la lumbre amarilla, de la calidez de la cocina y los cuerpos. ¶



No hay vuelta atrás. Después de la cena en que la muchacha bebe unos sorbos del vino rosado y joven, van hacia la larga escalera que sube hasta la superficie donde el hombre ubica a la muchacha en un peldaño superior para besarla, y sellar, con ese beso ajeno, frío pero dispuesto, que ya no va a ser un caballero tratando con elegancia y suave cortesía a una muchacha que en un momento no parecía tener más de quince años.

Al pie de la escalera es el beso, y el hombre se da cuenta de que no hay sorpresa. Confirma que el gesto de hacerla ascender un peldaño para nivelar la altura de las bocas no sorprende a la muchacha. Confirma, eso cree, que es el momento de convertir la relación en otra y, levemente, intuye la extensión del dolor.

Hay una molestia durante el acto del beso, la premonición del dolor que sentirá no mucho después, cuando haga lo que nunca terminó de decidir.

Lívido.

Así lo verá un amigo, acodado en una mesita redonda y elevada, en un bar, frente al vodka con limón, en el invierno del sur, que sigue al del norte. El hombre beberá su vodka como si fuera agua, sin que logre afectarlo como él quisiera.

Su amigo encontrará al hombre lívido, enfundado en una campera azul de paño marino, con el color ceniciento de los enfermos de muerte, con la piel más hundida que de costumbre sobre los huesos de la cara.

Apenas intercambiarán algún saludo. No habrá más lugar. El dolor del hombre parecerá ocuparlo todo. Ocupará hasta su sensibilidad al alcohol que parecerá no extinguir su angustia.

Habrá adelgazado mucho y se notará en su cuerpo, aún vigoroso, que querrá ocultarse detrás del cuello alto de la campera marinera desde donde emanará el olor acre de la ingesta alcohólica.

Habrá ido de invierno a invierno, y apenas si habrá comido algo durante el día. En ese bar, como en el sótano con su peldaño y con su beso, el invierno tampoco se habrá quedado afuera.

El hombre y la muchacha suben hasta la puerta tomados de la mano y así se sostienen hasta salir a la calle casi vacía de la medianoche. Comienzan a caminar por las peatonales, en busca de más tiempo juntos. Las guirnaldas de luces, que han quedado desde la navidad, adornan la calle desierta y hacen brillar la humedad del frío sobre las piedras de los cordones y los muros viejos.

En la bocacalle hay un puesto al paso que vende salchichas. El hombre no encuentra a un hombre gordo y rosado sino a una mujer delgada y negra, de pie, esperando clientes, y a un hombre sentado que escucha una radio, también negro.

La muchacha camina llevándolo de la mano, buscando un lugar donde él pueda beber un trago.

Encuentra un bar donde se apiña gente joven, quizás no tanto como ella. Gente joven que bebe y canta, que ha venido para festejar quién sabe qué.

Se sientan en un rincón, no lejos del grupo, porque no hay espacio. Cuando se acerca una camarera que ha salido de detrás de la barra, él pide más alcohol.

Se besan de nuevo, pero ahora con la brizna del deseo, de las ganas de amar.

Se escucha la exclamación contenida, los silbidos. A medio camino entre la simpatía y la amonestación y la envidia. Todos contenidos en las expresiones del grupo cuando ellos se besan. Todos por la *discordancia*.

¿Es por nosotros?, pregunta el hombre con gesto de asombro y picardía. La muchacha sonrío con su mirada cómplice.

La discordancia.

Un hombre y una muchacha que se besan íntimamente mientras los demás gritan, ríen y beben. Un hombre hosco echado sobre la delicadeza de una muchacha, ganada por la lucha contra la enfermedad amarilla, hollada por dos amputaciones menudas, pero delicada al fin.

La discordancia en la ropa mustia de la muchacha, en su nombre de inicio tosco y final alado. La discordancia con la que la muchacha jugará, en medio de su enfermedad, en otro café al borde de un monumento antiguo, en Roma, cuando un padre y una hija que hablarán alemán irán a escandalizarse por la mirada seductora de la muchacha frente al hombre, que podría ser su padre, que no entenderá bien el alemán, menos aún el de la mesa contigua.

La discordancia entre el muchacho que camina ensimismado de luz gris, de bruma, en busca de una chica, tal vez rubia y de piernas cortas, que conoció la noche anterior en una discoteca en la montaña italiana, y el hombre que traspasó el colchón con su fiebre en un raído hotel de Sofía, cuando pronunciaba el nombre de esa manera, cuando ya en un día, había terminado lo que había tenido que hacer, y por dos días bebió solamente el agua calcárea del grifo con gusto a plomo.

La discordancia encaramada en él, ¿solamente en él?, cuando en un salón del Hilton, no de los más grandes, otro grupo, todos hombres, mitad orientales y mitad occidentales simularán ponerse de acuerdo.

Se pondrán de acuerdo sobre puntos que al hombre le parecerán perversos, no tanto por sus efectos sino por ridículos. Ridículos como veinte hombres adultos, mitad orientales, mitad occidentales, que se juntan detrás de la ridiculez, en pos de la perversidad necesaria para la destrucción nuestra de cada día. Y él debería hacer algo al respecto, él debería participar de las acciones. *Schedule.*

Detrás de las palabras, inocuas, asépticas, las acciones. Él conoce esas acciones, es de los más experimentados (lo será todavía más) y se pregunta si el hecho de usar esos términos, inocuos, asépticos, reduce la tragedia cotidiana cuando se los pone en práctica.

Fuego amigo. Daños colaterales.

Schedule.

Siempre estuvo transido por la discordancia. Es su modo de entender cada cosa, de abordarla. Desde adelante y desde atrás, estableciendo el divorcio irreductible entre las espaldas y el frente. Por eso le parece no haber estado allí, donde ocurrieron las cosas. A lo sumo puede imaginar una foto con quien ejerce de él en medio de las acciones de las que jamás termina de formar parte.

Así, una vez tras otra, hasta sentir la capa de frío sobre su piel bajo una campera de fibra azul mientras va calle abajo dejando subir las aceras hacia sus espaldas. Se pregunta qué diferencia tendrán sus espaldas y su frente. Una diferencia irreconciliable, se dice, e imagina sus hombros anchos, su cuello escondido, tenso, dentro del torso, y sus piernas que llevan siempre un paso apurado, un paso de querer irse.

Él es ése, el que va calle abajo, entre veredas difusas, aquí en Viena, o en Cortina D'amezzo, después de haber tocado el timbre, o en cualquier vereda.

Él es el que se va.

Y también el que traspasó el colchón con su fiebre en Sofía. Y después en Pyongyang, intoxicado con antibióticos y analgésicos, controlado por orientales flacos y hostiles. Él es el que trató de ordenar sus mente cuando no sabía bien dónde estaba después de estrellarse con su moto contra la grises escarpaduras de una isla en Grecia.

Las acciones de las que fue responsable están compuestas de imágenes, de fotografías donde el que ejerce de él está allí, concentrado, sin sonrisa alguna, cumpliendo con su parte en el mecanismo, haciendo lo que tiene que hacer.

Schedule.

Y ahora acaba de besar a la muchacha y escucha los silbidos de un grupo de idiotas que no tienen cómo divertirse a pesar de los tragos y los gritos.

Todavía el hombre no se ha preguntado qué pasa dentro de la muchacha. No se ha detenido a pensar qué la llevó a refugiarse, quizás a elegirlo, cuando lloraba bajo el arco que dividía en dos salones a la discoteca. Pero lo hará.

El hombre, acostumbrado como está a las ecuaciones de probabilidad, intentará comprender el mecanismo: qué movió, qué mueve a la muchacha hacia él, hacia su lejana rudeza.

Pronto sabrá que tiene un padre rubio, que ha perdido buena parte del cabello. Un padre sin cana alguna que vive en un departamento del centro de la ciudad, en la Seidengasse, detrás de un portón de metal y en un terreno donde se erigen tres edificios parecidos.

El padre vive en un departamento con muchas alfombras. Un lugar que no parece pulcro, que tiene el aire de la ropa usada. El padre se desplaza descalzo dentro de su casa, y escucha música de los Balcanes.

Baila con su novia búlgara y joven dentro del departamento, y no sale casi nunca. Envía regularmente sus notas a un diario de Sofía porque hace de corresponsal en Austria. El padre sabe de números y se amarga sordamente por lo que ha perdido su familia en manos del régimen por el que trabajó tanto apenas egresado de la universidad, y que vio desmoronarse en medio de la tristeza y de gente mal vestida procurando subir a un autobús ajeno, detrás de unos billetes verdes que valían cuatro veces más que lo que decían las autoridades.

Mi padre no es bueno para hacer negocios, le dirá la muchacha al hombre.

Tú no pareces así, creará el hombre que la muchacha piensa, cuando le hable de su padre.

El mecanismo que mueve a la muchacha hacia él.

Lo mejor sería preguntárselo, pero aún no ha de hacerlo. Hace catorce horas que están juntos, desde el mediodía joven y luminoso en el Prückel.

La muchacha nunca ha dicho de volver a su casa. Se ha quedado con él. El hombre comienza a preguntarse hasta cuándo seguirán juntos. Él no quiere separarse de ella bajo ningún aspecto. Y no es la perspectiva de acostarse con ella, es el deseo de que ella no desaparezca.

Y la certeza de que terminará haciéndolo, cuando camina calle abajo antes de conocerla. Todo desaparece, menos el pensamiento. La confirmación de que todo desaparece desde el pensamiento, que no desaparece salvo con la muerte y el sueño. Pensamiento y ser, la misma cosa. Aburrido.

Boring.

Y frío, porque siempre va estar caminando calle abajo entre brumas, con la piel separada de la ropa y los pies que apenas se acuerdan de que están casi helados. Y la respiración junto a los huesos que comienzan a tener identidad propia, a separarse de la carne, a dibujar un esqueleto.

Osatura.

La muchacha no puede darle una respuesta porque aún no ha de saberlo. O tal vez sí, como él imagina que sabe una mujer, con la sensación. La muchacha ha de tener la sensación de agrado, el gusto de permanecer allí, con él, sin referirse a su vuelta a casa.

No es suficiente. Hay más. Él es el hombre que ha bajado, que sigue bajando por el frío de una calle, cerca de la Ringstrasse, compuesto por sus pensamientos y marcado por sus acciones, en las que, dirán, ha sido eficaz.

Hay más. Tal vez la comprensión de que todo desaparece, metida como debe estar, también, en cada acto de la muchacha, enferma, amarilla, seductora, con treinta por ciento de probabilidad de sobrevida. Menos, mucho menos que la de él en cualquiera de sus actos en las que, dirán, ha sido eficaz.

Tal vez los surcos de su piel y el protagonismo de sus huesos. Su eficacia, diferente a la de su padre rubio, soñador, que nunca ha sabido hacer un buen negocio.

No están lejos del Hilton.

Cinco estrellas. Impersonal y competente como el que se ocupa de ser él, cuando se le ha encomendado algo.

Si querés vayamos al lobby del hotel, porque esto ya va a cerrar. Allí podemos seguir hablando.

No hay ninguna respuesta. Como si fuera lo mismo. Cualquiera lugar es igual para seguir juntos. La muchacha caminará hasta el Hilton con naturalidad, con tranquila convicción.

La muchacha y él van por la acera, mucho después de la medianoche, ella dibujando su paso felino que no llega a ser

elegante, que exhibe lo mismo que su ropa y su nombre, una disonancia. Algo que malogra la armonía, que aleja la belleza, que la aleja, no que la suprime. Al contrario: algo que acrecienta el deseo de descubrirla, de apreciarla en una plenitud imposible, siempre en fuga, como está en la muchacha.

Él va con ella, con el elocuente silencio de su voluntad de protegerla. El hombre emite un vínculo que lo unirá a la muchacha mucho tiempo, tal vez todo su tiempo, y seguramente ella lo acepta, por eso no habla del retorno a su casa.

Cuál será su casa, se pregunta el hombre. Tal vez no tenga ninguna, se responde. Pero no hay aprensión en su pensamiento. Hay desafío. Él quiere seguir a su lado.

Van por la acera oscura y *no se toman de la mano*. Caminan separados. Ella se ve pequeña frente a la talla del hombre.



El lobby es extraordinariamente grande y en el centro hay una depresión circular que aloja grandes sillones donde se sientan a hablar.

Se quedan allí por no separarse, algo a lo que tarde o temprano, están condenados, como todos. En especial el hombre, porque lo sabe. Puede que la muchacha también.

Una comunicación telefónica bastará, tres meses después. Bastará escuchar solamente la manera de decir su nombre. No su nombre, sino su apodo, simple y vulgar. Él la llamará por su apodo, tres meses después y la muchacha entenderá.

No hay otras opciones, no con él. Mucho más de la mitad del futuro de la muchacha, más de la mitad de sus deseos, serán truncados con la simple articulación de las dos vocales fuertes que componen su apodo. Eso pensará el hombre. Las dos sílabas, con que algunos la nombran, sonarán simples y vulgares. Así las sentirá la muchacha cuando él las diga con su voz cavernosa y lúgubre.

Ése es el futuro del que el hombre sabe mucho más que del pasado. Una comunicación entre dos teléfonos móviles, y una sentencia contenida en un sobrenombre corto y familiar.

Separarse.

El hombre y la muchacha conversan en el lobby. Están solos en medio del gran salón mientras el único conserje permanece de pie con la actitud de un soldado haciendo guardia, sopor-tando su cuerpo y, seguramente, haciendo saltar el pensamiento a lugares gratos y fugaces.

No hay invierno en el lobby del hotel. Allí es siempre la misma estación enlatada. El invierno se ha quedado afuera, a media cuadra, donde hay un gordo replicado que sirve salchichas con cincuenta por ciento de grasa, aptas para vagabundos de olor acre, y para el hombre, mañana a la noche, después de una reunión en la que se habrá comprometido a medias a hacer algo similar a lo que sabe. Un carro atendido por un gordo, apto para el frío del silencio, para el anonimato, imprescindible, cuando ha de decidir lo que va a hacer a continuación, en lo que va su futuro, el de alguien que ya conoce todo.

Es tarde, alrededor de las cuatro de la mañana, y el hombre sabe que debe retirarse a dormir porque de eso han dependido sus acciones: de un descanso reglado. De su disciplina, especialmente para el sueño. El hombre duerme siempre siete horas, respetando los horarios todo lo que puede. Su sueño es liviano pero sostenido, de a dos horas. No usa despertador, siempre se despierta poco antes de la hora requerida, aún cuando cambia de continente. Su organismo ha perdido el registro del jetlag. Lo ha sufrido muy pocas veces, hace ya mucho tiempo.

Es necesario que duerma. Si querés venite a mi dormitorio.

Está bien, me quedo contigo.

Hay otro, un abogado con el que comparto la habitación.

No hay problema.

El abogado duerme profundamente. Ronca. El hombre piensa en los cuarenta cigarrillos que ha calculado que fuma el abogado. El abogado es moreno, de elegancia casual, flaco y entrador, como tantos en su lugar.

Lomas de Zamora.

Alguna vez se ha dado cuenta de ese nombre y de lo que significa en su gente. Ha pensado en esquinas mugrientas, en yuyo, en cigarrillos, y en escapes corrompiendo el aire con su hollín enfermo. Ruido de motores y bocinas.

Desdén.

Ruido de motores y bocina, hollín y desdén repetidos donde la pobreza le abre las puertas a la mugre y su ancho dominio maloliente.

Zamora.

El nombre de unas colinas por donde se trepa un tren en el que va un joven, de duro bigote negro, que ya conoce, que ya ha empaado un colchón de lana en Sofía, y que volverá a hacerlo, minado por la fiebre en otro lugar, en la capital de la locura, el arquetipo de la estupidez necesaria para la destrucción imprescindible, rodeado de orientales cetrinos y adversos, cerca de un falo monstruoso y vacío al que apenas le encienden las luces en el medio de la ciudad por no poder afrontar el costo de ese aquellarre de la jactancia. En Corea del Norte.

El tren llega a Zamora, entre colinas duras y grises, extendidas, y valles por donde pasa un río en el que comerá bajo los árboles pan y salame, esperando el momento para salir en busca de un apellido compuesto y dos hombres, uno extrañamente espigado, y otro bajo y ancho como tantos por allí, que apenas volverá a ver una vez más.

Zamora y una provincia de España que repite su nombre en un lugar de Argentina donde no hay lomas, pero sí yuyo, colectivos, ropa opaca, actividad febril y desdén. Lomas de Zamora, un nombre conocido, dicho hasta el infinito sin ninguna conciencia de su origen y de su mentor, quizás en una tierra seca y montañosa, donde él cumplió con su cometido, encontrando otros dos hombres de doble apellido, uno curiosamente espigado y sagaz, el otro como la mayoría de los hombres del lugar.

El abogado que duerme, que lo invitó a una discoteca donde él encontró una muchacha con lágrimas, bella y amarilla, es de Lomas de Zamora, y ronca. Es delgado, moreno, irónico, entrador y buscavidas, como tantos allí.

Ronca,

El hombre se pregunta qué sentirá la muchacha en un dormitorio del Hilton entre dos hombres maduros, uno que ronca y otro dispuesto a dormir con ella, esperando su contacto físico. Se pregunta qué relación hay entre lo que la muchacha escoge y su enfermedad.

El hombre se lava en el baño y se mete a la cama donde ya está la muchacha que no perfuma el ámbito, que no lo influye, sino apenas con un olor apagado, levemente picante, tal vez

como el de un hombre. Sin embargo él la besa con toda su boca, liberando sus labios y su lengua, dejándose llevar por el deseo.

Ella responde.

Mucho después, el hombre se preguntará qué experimenta una mujer tan joven, casi una niña, invadida por la boca de un hombre maduro, de un hombre casi viejo aunque tenga cuarenta años, y se dirá que el amor no se ve bien en los viejos, cuando la carne se separa del esqueleto.

Osatura.

Pero ahora no.

El hombre la besa copiosamente y ella responde como responden el sexo del hombre y el de ella, curiosamente muy húmedo.

Tú estás loco.

En la misma habitación duerme un abogado que ya no ronca, que tal vez se haya percatado de lo que pasa en la otra cama, separada de la de él por un espacio grande, unos tres metros. Tiene que hacer silencio, darse vuelta, no prestar atención a lo que ocurre en la otra cama, que ocupa un hombre extraño, abierto e impenetrable a la vez, que parece negarse a lo que debe hacer. Un hombre que quizás, de alguna manera, le ha inspirado cierta compasión ~~por lo que debe afrontar~~. Un hombre fuerte, muy fuerte, que muestra síntomas de vejez prematura y un surco vertical en la frente que semeja una cicatriz larga, pero que no puede asegurar que lo sea. Sí lo es otra hendidura que le cruza el cuero cabelludo, desde el final de la frente hasta la coronilla, una huella profunda que no se ve, tapada como está por el cabello cuya humedad disimula las canas que, hace años, han comenzado a avanzar. Un corte que significó un charco de sangre y los gritos de la gente que lo encontró, especialmente las mujeres, hasta que otro hombre joven se atrevió a acercarse y a decirle que la herida se veía muy mal, pero que el cráneo no estaba abierto.

No sintió dolor, nada. El dolor se siente después, cuando el cuerpo ya ha hecho el gasto más grande y procura recomponerse con pasos lentos y ademanes vacilantes. Tampoco sentía dolor cuando estaba en una camilla en la isla. Sentía incertidumbre y necesidad de quedarse solo, tal vez de morir, pero en silencio, sin la molestia de no entender qué hacían cuatro médicos sobre él, dos mujeres y dos hombres. Y lo logró: pasó la noche en soledad,

con crisis de frío y de calor, como cuando iba en el tren, desde Estambul a Sofía.

Pensó que podría ser la última, pero enseguida supo que no, que habría otro día y una semana de pasos lentos y ademanes vacilantes. Siete u ocho días en que permitió hacerse conocer por la gente del pueblo y conversar con varios que nunca se atrevieron a preguntarle qué hacía en la isla, y que, más bien, prefirieron darle un estatus inofensivo y refugiarse en la comodidad de los pensamientos benignos.

Recuerda, también, el corte y los gritos de la gente, todos allí, a unos metros, sin valentía para acercarse, observando la escena con horror. No recuerda el momento de chocar. Recuerda la mancha de sangre en el suelo cuando volvió en sí, redonda, amplia; y el muchacho que vino hasta él y le pidió que no se moviera, que no hiciera nada, que ya venían para llevarlo donde pudieran atenderlo. No le dolía nada y le pareció que sangraba menos y que tal vez el cráneo no estuviera abierto, tal como le decía el muchacho. Controló sus sensaciones y le pareció que las tenía, que había vuelto completamente en sí, con un charco de sangre alrededor, pero en completo dominio de sus funciones, salvo por la debilidad. Quiso incorporarse y sintió el grito del muchacho que lo amenazó diciéndole que si se paraba, que si no permanecía quieto, él se iba, lo dejaba solo. El hombre se quedó con él esperando, no por obedecerle, sino porque le daba pena contrariarlo. Quería que el muchacho terminara su faena con éxito, que fuera el héroe del día frente al horror que comenzaba a disiparse en la cara de la gente. Recuerda a las mujeres, el miedo de las mujeres. Está seguro de que había hombres pero recuerda solo a las mujeres.

Nadie vino. Ni ambulancia, ni camillas.

Con mucha suavidad le dijo al muchacho que él debía incorporarse y buscar algún lugar donde pudiera ser atendido. Le dijo que podía hacerlo, que por favor lo acompañara, que lo llevaran en el mismo autobús, y que era mejor así porque nadie vendría a buscarlo. Le dijo que tenía frío y que había perdido bastante sangre, que podía llegar, que lo acompañara.

Llegaron a la enfermería y lo pusieron en una camilla. Ya no perdía sangre, y los médicos se dedicaban a otro herido que estaba

en la camilla contigua. Supo que solamente le restaba esperar, que no había otra cosa que hacer. Y esperó a que le suturaran al modo antiguo, pasando los puntos alrededor de una gaza que seguía como una corona ridícula la línea quebrada de la hendidura, la futura cicatriz que le cruza el cuero cabelludo desde el comienzo de la frente hasta la coronilla, ahora tapada por el pelo que muestra canas, pero que sale oscuro en las fotos, todavía. Allí estaban los cuatro médicos, dos muchachos y dos muchachas, observando cada tanto los aparatos a los que había sido conectado, sin comprender qué hacía ese hombre allí y por qué había sucedido eso.

El abogado que duerme, tal vez, en la cama contigua, que conoce otro surco vertical en la frente del hombre, pasará el resto de la noche sin roncar, casi ausente del dormitorio hasta la hora del desayuno, que será en la planta baja del hotel, en un salón que no es grande y que mira a la calle, hacia los canales, con el bienestar de la atmósfera controlada, de olor artificial.

El abogado desayunará con ellos, después de la noche en que la muchacha dijo lo que quizás escuchó: tú estás loco.

Acompañará al hombre y a la muchacha con los que sorteó la noche. Lo hará con la simpatía cómplice que abunda allí de donde viene: un lugar abierto, tiznado de hollín, de urgencia pobre, de desdén privado que se olvida inmediatamente al contacto íntimo con otro.

El abogado moreno, delgado, fumador y malicioso, los acompañará. Sabe, como saben los de su lugar, lo que significa hacer compañía y la hace, mostrándose condescendiente, con el hombre tan duro que hasta ayer lo había movido a cierta compasión, y con la muchacha que permanece en silencio, sonriente y observándolo con interés.

Lomas de Zamora.

Allí saben moverse, tal vez piense la muchacha; más que en los Balcanes, mucho más que en este país, donde, aún así, hay una búsqueda del sol y la música, donde se inventó el vals para que se encuentren, cortésmente, la ternura y la alegría.

La muchacha observa cómo se mueve el abogado que asiente benigno y pícaro lo que se dice en la mesa y muestra el realce brillante de sus dientes muy blancos, a pesar de la nicotina.

Seguramente ha visto ese tipo de hombre. O ha leído una descripción en alguna novela de españoles y colonia.

Alguna vez se lo dirá al hombre.

Argentinos. Ellos creen que no, pero se parecen: el hombre con el que ha pasado todo el día, y este abogado al que, probablemente, no le importe demasiado lo que han venido a hacer, y que ha aprendido que nada debe preocuparlo demasiado, porque no vale la pena, salvo mantener la capacidad de sonreír y hacer compañía, de la que esta gente sabe mucho, más que en los Balcanes, mucho más que aquí.

El hombre habla poco. Observa, trata de ver lo que ocurre en la mesa, y aún a pesar de su experiencia, no alcanza a evaluar lo que ha pasado desde el mediodía anterior cuando llegó la muchacha al café donde había folletos de encuentros literarios y musicales. No puede sustraerse a lo que cambió en un instante determinado, entre la pastelería en donde descubrió la mano de la muchacha reposando sobre la mesa, amarilla, con el meñique apenas amputado, mostrando el esbozo de una uña, y su dentadura donde el incisivo exhibía una fractura homóloga, y el momento de comprobar que ya no daban la película paquistaní en el complejo pobre.

En ese lapso de tiempo que no recordará en el futuro, ocurrió el cambio de actitud, y comenzó a dejarse llevar por los acontecimientos sin voluntad alguna para oponerse, para ordenarlos. No pudo otra cosa que seguir las horas sin rumbo fijo, en compañía de la seducción posible de la juventud, el desamparo, el misterio, y la muerte.

No es la primera vez, pero esta experiencia es infrecuente. Casi nunca ha sido arrastrado por los sucesos, nunca se ha dejado llevar por la corriente sin ejercer, aún dentro del torbellino de los hechos, algún tipo de control. Pero ahora no lo ha logrado, o no ha querido. Vio, desde el mediodía, cómo se incrementaba el halo amarillento en la muchacha, cómo se oponía la seducción de vivir al trabajo de la marea enferma.

Es una mañana agradable. El aire acondicionado corrompe la atmósfera pero, sin embargo, se respira con soltura. Su propia piel está fresca. El hombre, en algún momento, trata de recordar si la piel de la muchacha se había refrescado durante

la noche, si el descanso posible, si el abrazo, la habían sustraído del caliente encono entre la seducción de vivir y el trabajo de la marea enferma.

No recuerda, le parece que sí, que así fue, pero no tiene certeza. Sí recuerda el sexo muy húmedo de la muchacha y de su frase: Tú está loco. Y de las que vinieron después.

Es una mañana agradable luego de una noche de hotel donde la atmósfera controlada ha dejado el invierno en otro lugar, en un sitio llamado clima, un proceso que ocurre fuera.

El abogado realza con su sonrisa la comodidad y hace lo que sabe: compañía. Tal vez le quede alguna compasión por el hombre vigoroso del surco en la frente que parece ablandarse frente a la muchacha con la que ha dormido, con la que han dormido.

El hombre muestra celos. Sabe que la muchacha tiene que estar con él, lo sabe desde el momento en que deseó tomar su mano amarilla. No hay lugar para que el abogado no le deje el camino completamente libre, porque el hombre no tiene límite en esta certidumbre. Porque él, y solamente él, en esa mesa, se va a hacer cargo de lo que está ocurriendo, y el abogado no podrá pasar de lo que es, de lo que sabe y tiene que hacer: compañía.

Han dormido en el mismo cuarto, los tres, pero ahora, durante el desayuno es como si lo hubieran hecho en habitaciones separadas. Hablan con jovialidad, igual que los amantes secretos cuando ya han dejado de serlo. El abogado conduce la conversación al abrigo de su sonrisa casi constante y el hombre imagina una sombrilla que intercepta la luz del sol. Él participa menos, dedicado a lo que ha devenido en un acto reflejo.

El abogado y muchos más ya lo saben. Han observado cómo sus ojos saltan de un lugar a otro en el registro ávido de cada espacio, y cómo escucha las palabras de sus interlocutores, con muda ferocidad, concentrando la mirada sobre ellos. Ese modo de acechar, tan evidente, ha incomodado a otros, pero el abogado ya ha aprendido a aceptarlo y sabe que forma parte de la personalidad del hombre. Hay algo de dolor, algo de pronta huida, un miedo íntimo y profundo al desconocimiento, a la pérdida del control.

El abogado se dirige a la muchacha que también sonríe y contesta en voz baja, echando mano de su oficio seductor, aunque lo

hace como una mujer que *ya pertenece a otro*. El hombre deja que el dialogo continúe sin intervenir, salvo cuando el abogado lo invita con algún comentario.

Me alegra que *la* pasen bien, me alegra compartir este encuentro, dice el abogado situándose a medio camino entre el reconocimiento de que la muchacha ya tiene un dueño y el enigma resuelto en su sonrisa amena y maliciosa.

La muchacha parece aceptar con gusto el modo de ser de este hombre delgado, de ojos grandes y oscuros, como tantos de la América española, de la Argentina.

El hombre comparte y espera. No sabe qué, ahora.

Sí lo sabe desde que camina calle abajo hacia el corazón de la ciudad invernal bajo la luz lechosa de la niebla, o va hacia una plaza con estatuas de hielo, después de tocar un timbre dos veces y media sin que nadie atienda.

El hombre sabe cómo van a ser las cosas. Y eso ha velado sus ojos con una pátina verde y translúcida que aleja su alma de todo lo que hay delante de su mirada. Salvo a veces, como ahora, que una mujer puede hacerlo olvidar de que detrás de cada acto se esconde una traición. Porque aunque sea mínima, el hombre siente que bajo la ropa de los gestos, siempre hay una traición, incomprensible, dolorosa, que lo aleja de todo y cubre sus ojos de una pátina, verde y amoral, como la de los lagartos.

Ahora comparte y espera. Este desayuno habrá de quedar registrado en la consciencia del hombre, que en una mañana infinita, baja por la calle mientras la ciudad sube.

Ese desayuno, y otra bajada, diferente, más abrupta y luminosa, cuando vayan con esa misma muchacha, no mucho después, también calle abajo pero hacia el mar azul de la mínima playa, en el pueblo costero de Italia al que habrán viajado juntos cuando ella esté todavía más amarilla e inapetente que ahora.

Y la figura desnuda de la muchacha en ese mismo lugar, donde hubo pescadores y ahora quizás solamente turistas; de espaldas, con las manos apoyadas sobre el borde de la ventana, contemplando el luminoso abismo azul extendido desde debajo del dormitorio hasta el horizonte, después del agrio amor de los preservativos, antes de vestirse para bajar con él hacia la mínima playa, donde la muchacha tratará de comer una berenjena gratinada en

el restaurante medio vacío y acogedor con un mozo que preguntará en italiano.

Allí estará ella, desnuda en la foto que le pidió que le sacara. De espaldas, de pie, dividiendo el horizonte azul del mar y el cielo, enmarcada por la ventana.

Sácame una foto desnuda, quiero comprobar cómo está mi cuerpo. Y el hombre lo hará, enamorado de las formas rudas y delgadas de la muchacha, dentro de la piel que, por esa vez, se verá más bien gris, con ambas manos apoyadas en el marco.

Tú estás loco.

Él habrá conducido un auto pequeño hacia el pueblo donde hubo pescadores y ahora turistas, y pasará por la misma sensación que en este momento, cuando se ha esfumado la pátina amoral y verde de sus ojos y espera a que languidezca la conversación entre el abogado, puesto a amenizar la mañana e ignorando lo que pasó esa misma noche.

El hombre, cuya mirada brilla detrás de la sonrisa, dirá puta. Lo dirá en búlgaro pero no lo sabrá.

Escrutará atónito la carcajada de la muchacha en el auto, a su lado, cuando estén cerca del pueblo costero. Habrá cambiado la fonética sin darse cuenta, habrá dicho puta en lugar de flor. Y la muchacha, que le sirvió mierda a un tío sentado y amargo, de cabeza poderosa y sombrero, soltará una carcajada abierta, tal como puede haberle escuchado, alguna vez, ese mismo tío.

La muchacha amarilla, inapetente, se desvanecerá tras una carcajada, dando lugar a la fuerza, ignorando la fiebre y la ropa gastada.

Bonheur.

El hombre conduce el pequeño auto por detrás de las montañas para llegar a la costa desde el sur y después seguir, hacia el norte, las curvas sobre el mar que separan terrazas con parras, con malvones y vasijas.

Hay sol. Hace más de una hora que el hombre ha dicho puta, y pronto llegarán a un hotel, de ventana contra el mar y el horizonte, en la que la muchacha posará de espaldas, para él y para ella misma, como ocurre casi siempre, y no se verá amarilla, sino apagada, gris, sin fiebre.

Bonheur.

El hombre, alguna vez, va a pensar, solitario, en un cuarto de hotel esperando a restablecerse, qué pudo haber de parecido entre la muchacha y Juliette Greco que canta un vals con primera y amantes que comienzan.

Eso: un comienzo, estampado en varias imágenes, como una muchacha con lágrimas bajo el arco que separa dos salones de una discoteca, un cuerpo desnudo frente al espacio, una carcajada, una escupida con ruido en otra ciudad, todo dentro de un tiempo corto: el tiempo de la enfermedad y el de su propia decisión.

Y también este desayuno en el Hilton con tres personas: un abogado frente a una muchacha y un hombre, junto a ella, que participa en silencio hasta que la conversación languidece, hasta el momento de tomarla de la mano.

Tomar a alguien de la mano, una idea extraña para el hombre porque él apenas puede intimar con la situación de su cuerpo,

con la individualidad de su esqueleto que comienza a separarse de la carne como se separa su piel de la ropa por medio de una capa de frío, con sus pies que apenas se dan cuenta de que están helados. El hombre, que baja calle abajo en soledad, siente que el único concepto de cuerpo es el propio, así, sin el ruido del peso de otro cuerpo empujando, rozando, pesando, oliendo, ocupando, hasta hacerlo perder lo que lo acompaña siempre, como ahora: la precisa evaluación de lo que pasa.

Sin embargo el hombre la toma de la mano, a diferencia de la noche precedente cuando caminaban hacia el Hilton para no hacer absolutamente nada, salvo seguir juntos.

Acompañame al aeropuerto, que necesito averiguar algo.

¿Al aeropuerto?

La muchacha no agrega palabras, basta su mirada, su ademán que pide una explicación mínima. Lo hace con seriedad. La sonrisa que ofrecía se ha disipado, y espera una explicación.

Acompañame que quiero ver si puedo retrasar el pasaje de vuelta.

La muchacha sigue sin sonreír pero cambia la intensidad de su mirada y se parece a la del hombre cuando inquiere, cuando ensaya descifrar hasta el último detalle en las intenciones de su interlocutor, y en la realidad que hay detrás de la traición de las palabras.

Es el momento de tomarla de la mano. Es la primera vez, salvo aquella, fugaz y obligatoria, cuando salían de un sótano donde el invierno permanecía a pesar de los cuerpos, los bloques inalterablemente mudos de la Edad Media, y la comida rústica de Viena.

Él ha de llevarla hasta un aeropuerto que le parecerá diferente al de su llegada, cuando lo esperaban los mismos hombres que verá con desagrado esta misma noche: hombres adversos, fáciles de neutralizar, *si quisiera*.

Hay un autobús contra la vereda que aguarda para salir. *Shuttle*.

El hombre y la muchacha suben sin equipaje alguno, jugando a irse, en el límite justo para que el conductor no pregunte nada. Se sientan en medio de la nave y el hombre echa su peso sobre la muchacha, respondiendo al deseo de los cuerpos: tocarse.

Había un niño extraño, nervioso, distante, que no soportaba que lo tocasen, que odiaba que lo alzasen. Un niño que empleaba toda su fuerza para liberarse de los brazos del otro, una fuerza tan llena de nervio que parecía desproporcionada, urgente, inhumana.

Un niño que siempre recordará estar en brazos de un tío joven, en el gran living de la casa donde le tocó nacer, atrapado por los brazos de ese tío joven y desesperándose por el abismo que lo separaba del suelo, como si del aire para respirar se tratara.

Un niño que se asfixiaba al contacto con el tío, altísimo, que lo aprisionaba entre los brazos. Un niño que revolviéndose como un pez, atrapado, fuera del agua, se soltó y cayó, rebotando en el suelo, imposibilitado del llanto por el mismo aire que no acudía a su cuerpo. Un niño amoratado, que no pudo respirar hasta que, con un chillido, por fin irrumpió el llanto a sus pulmones, liberándolo del terrible dolor de sentirse atrapado.

Ese niño, aprendió despacio a aceptar que lo tocaran, ligera y fugazmente, como está convenido en los encuentros donde no hay amor. Aprendió a estar mugriento y cansado los domingos, cuando todo le parecía sofocarse bajo el lerdo peso de la rutina. No prestó atención a las niñas hasta sus catorce años, y escuchó, tratando de creerles, a los curas dominicales que hablaban en otro idioma, y con otro timbre de voz, realzando una magia que jamás percibió, por falsa, y que terminó odiando cuando comenzó a cansarse de sí mismo, a los veinte años.

Recién a los veinte años descubrió la belleza inefable de una muchacha desnuda y yaciente en el asiento reclinado de un automóvil. Y jamás pudo hacer corresponder esa belleza que irradiaba el aire de mórbido placer y de emoción, con el idioma y el timbre de voz de alguien puesto en un púlpito para hacer el bien.

El muchacho de veinte años fue entrenado con una dureza que solamente él podía soportar y que buscaba, tal vez como un legionario, o como su leyenda. El muchacho de veinte años quiso salirse de los límites de su cuerpo fiel, llevándolo a esfuerzos casi inhumanos. Alguna vez tardó mucho en reponerse y, quizás, haya lastimado su corazón para siempre.

Ese muchacho llegó a ser capaz de recostarse en el suave y sostenido contacto de lo único que pudo sustraerlo a su manejo implacable del tiempo: una mujer.

Una mujer dentro de una muchacha.

El hombre echa su peso sobre la muchacha porque su cuerpo necesita más. Aún no se ha satisfecho de lo ocurrido cuando ella lo acarició hasta estallar, allí en el dormitorio de una noche de a tres.

El autobús cruza un tramo de la ciudad, que siempre es otra, al salir. Entra a la autopista, fría, gris, orlada con el cemento de las fábricas y los garajes, acompañado por el rebaño del tedio: los automóviles de la mañana que van en el mismo sentido.

Un traslado al aeropuerto

Shuttle

Expeditivo, igual que sus salidas del país. Como un lanzamiento, un tren que comienza a desentumecer sus palancas y sus giros y va a seguir la bitácora, recta y regularmente.

El hombre sonrío, Tiene conciencia de ser observado, pero no le importa. Solamente le importa esa muchacha que también sonrío bajo su peso, apretada contra la ventanilla, aplicando sus ojos maliciosos y oscuros, dejándose llevar por el juego.

Tú estás loco.

Eso le dijo esa misma noche, cuando después de volver del baño, el hombre se sorprendió de la humedad de su sexo y del cambio de tono en sus besos, que se volvieron morosos y ciertos de deseo.

Tú está loco, repitió la muchacha cuando el hombre llevó su sexo tenso hacia el de ella, que se había ablandado con alivio, con el alivio que llega cuando la sed comienza a ser calmada.

Tú estás loco, susurró la muchacha en un dormitorio en el que un abogado había dejado de roncar y todavía permanecía en la cama contigua.

Si lo haces, puedes contagiarte, y lo peor no es eso, lo peor es que puedes destruirme con algo que tengas tú. La muchacha abrió nítidamente sus ojos oscuros y aplicó una razón tan incuestionable como cuando hablaba de posibilidades de sobrevida.

Ya no tengo defensas.

La muchacha que yacía en su mismo lecho, del lado opuesto al del abogado, se escondió bajo el cobertor dirigiéndose hacia

el sexo del hombre que se dejó hacer en silencio. Él acarició el cabello rudo de la muchacha, imposibilitado de besarla como estaba. La muchacha tampoco besó su sexo, aunque, tal vez, quería. No podía hacerlo, pero sus manos portaban el amor suficiente para que, paso a paso, él fuera subiendo hasta la cumbre del gozo y se derramara después de una contracción contenida y poderosa.

La muchacha soltó el sexo del hombre y se encaramó hacia su pecho para recibir el abrazo. Después durmió tranquila, allí en el cuarto del Hilton, entre dos hombres.



Ya no tengo defensas.

Y, sin embargo, sí las tenía. La muchacha jamás perdió sus defensas elaboradas durante los recreos solitarios de la escuela, en un patio de una clínica, o bajo un arco donde dejó caer sus lágrimas.

Sí las tiene. Alguna vez, cuando hayan pasado algunos meses, el hombre llegará a ver la cruel frialdad en la mirada de la muchacha que no querrá satisfacer lo que él habrá ido a pedirle en esa oportunidad. La verá en sus ojos helados, en su modo de mirarlo, en la fijeza de su cara, como si no vacilase nada en transferirle su conocimiento del dolor y las defensas que se necesitan para soportarlo. Lo contemplará con la crueldad de aquél que no tiene margen para hacer otra cosa, como un fanático. Así también, puede ser esta muchacha, pero el hombre aún no lo sabe.

La “*interferona*”, dijo la muchacha.

El hombre ha pensado en esa palabra, con su peso femenino y su diferencia con cualquier otra medicina. La muchacha está sujeta a una cura, con treinta por ciento de posibilidades de éxito, a base de “*interferona*”.

Ya no tengo defensas, dijo anoche, y después tomó el sexo del hombre y lo acarició con una dulzura sincera, con el apego del cariño. Entró así, en la profundidad del corazón de él que ya había decidido no separarse de ella. Entró en su alma excluida de las cosas de cada día, que sabe cómo serán, desde que camina siempre calle abajo en el frío gris y urbano, o vuelve hacia una plazuela donde hay estatuas de hielo.

Las caricias se sucedieron acompasadas sobre la delicia del hombre entregado a tanta blandura y tanto alivio en una muchacha de veinte años que defiende y respeta la vida, y que ya sabe de hombres, y también de mujeres. El estallido sucedió con naturalidad, algo hecho para él, por ella.

Ese estallido también fue para la muchacha porque, como pocas veces, él jamás perdió la conciencia de estar con ella, que sabe de hombres y de caricias.

No será la última vez que haga eso. Con las defensas se ha ido casi todo el deseo, y sólo podrá experimentar placer dándolo, sin que su cuerpo alcance a registrarlo.

“Interferona”.

Dos píldoras cada noche y el permiso del médico para que haga un viaje a Italia, para que olvide los análisis que hablan de un hígado agotado, y que, sin embargo, sigue luchando en la ternura de los ojos, en la demanda de la sonrisa. Y su desnudez dividiendo la foto, en la costa italiana, de espaldas, enmarcada por la ventana, para ver cómo está la belleza de su cuerpo.

Allí, en el primer día de un viaje, iluminado y azul, después del amor de los preservativos, pasarán la tarde donde todo estará en su lugar, aún con el deseo extinguido, con la piel y el pelo mustios. Allí esperarán la noche sentados en la pequeña terraza del hotelito afable, respirando la luz rubia que irá menguando como la respiración de una mujer cuando se duerme.

Después bajarán por el camino sinuoso hacia la playa exigua, hacia la marina, en la que hay algún arco como el del restaurante en el centro de Viena, y otro lugar para comer donde el camarero les hablará en italiano, y ella pedirá, quizás, una berenjena gratinada.

Y a la mañana siguiente irán a la isla, con sus muros de piedra, *con sus recuerdos*, con sus calles tortuosas y floridas bajo el abismado aire del mar en invierno. Verán los jardines con sus terrazas, las plantas delicadamente cerriles, y más tarde, llegarán a la larga calle curva de Anacapri, con sus frutos desecados en la plaza.

A gli buses.

Otra carcajada de la muchacha.

Y el hombre que la mirará sin comprender, en la plaza donde están los mínimos autobuses que van hasta Anacapri.

A gli buses, repetirá la muchacha risueña bajo sus anteojos y el sol del mediodía.

Ugly.

Tendremos que subirnos a uno de los autobuses asquerosos, dirá la muchacha sin parar de reírse.

El hombre prestará atención al ripio en la pronunciación de “asqueroso” con su trabajosa ere, y su fonética trabajosa. Algo duro que también realza la delicadeza leve de la muchacha, como su carcajada.

El hombre recordará el ingenio esa misma tarde, cuando sonrían bebiendo el *lemoncello*. Los Balcanes, su humor; la brutal lección cuando le sirvieron mierda a un tío amargo.

Recordará el ingenio mucho después, en soledad, cuando, con una foto en la mano, alcance a descubrir el cartelito que dice: “A gli buses”, en la explanada. Con esa foto entenderá que ya no hay vuelta atrás, y se preguntará qué hacen los espectros de los que amaron, de los que viven. Allí estará ella, para siempre, enfundada en unos pantalones color acero, con sus piernas arqueadas y elásticas sobre los tacones gruesos y la risa cómplice con el cartel detrás, dos minutos antes de subirse a los minibuses que van por el precipicio abierto, a la vera del mar, hasta Anacapri.

Su mente se posará en una selección de hechos que le parecerán tristes, pero bellos, que le permitirán paladearlos porque traerán algo parecido a una dicha añeja y segura. Sabrá que no quiere, ni puede, reflotar otros espectros donde le ha tocado terminar con lo que quedaba de vida en ellos.



La muchacha y el hombre van en ~~otro~~ autobús y aún no conocen esos otros, pequeños y “asquerosos”, que salen de la explanada hacia las calles paisanas y la fruta seca de Anacapri.

Van hacia el aeropuerto.

Un aeropuerto que nada tiene que ver con el de hace dos días, cuando en el ocaso llegaron dos orientales de traje azul, impecable, y fingieron una cortesía que llevó sus valijas hasta el baúl del auto deportivo. Dos hombres jóvenes que verá esta misma tarde, cuando se junte el grupo, mitad orientales, mitad occidentales, con un pizarrón, una bandera repetida, y un logotipo que conoce de memoria y que admite como bello e inexorablemente ajeno. Nunca consiguió enamorarse de ese logotipo y siempre se ha preguntado qué es lo que hay en él que provoca tal grado de sumisión, de obediencia.

El aeropuerto es luminoso, primaveral en la media mañana, casi provinciano en los salones donde están los negocios.

Ha venido para cambiar su pasaje y quedarse un día o, tal vez, dos.

Pero el hombre sabe cómo van a ser las cosas, y cuando se acerca al mostrador de la línea aérea, comienza a desistir.

La muchacha observa su humor. Parece comprender y prefiere alejarse sin escuchar el diálogo del hombre y la agente.

No es fácil pero es posible. Habrá un vuelo en tres días y la multa no es cara. El hombre considera la posibilidad de quedarse allí un poco más.

Pero no.

De nada ha de servir que se quede para estar cerca de la muchacha como le ha propuesto esa misma mañana. Y ella parece entenderlo porque se ha alejado. Se ha ido como al acaso, hacia los escaparates de una librería.

Lo pensaré, le dice el hombre a la agente, pero ya sabe que ha de partir mañana. Y que tendrá que volver otra vez a esa ciudad para terminar con lo que van a encomendarle, eso tan necesario para la destrucción nuestra de cada día.

Ya ha aprendido de la necesidad de la destrucción. Kali con su burla, su lengua afuera y sus múltiples brazos, bailando en el caos.

La oscuridad, la noche necesaria, los insectos saprófagos terminando con un cuerpo, con lo que alguna vez se organizó en un ser con su destino.

Calcuta, la destrucción, el caos, las larvas sobre un cuerpo, en la montaña de basura. Calcuta, la ciudad de Kali, fermentándose en el río, en las calles, en un cadáver en medio del basural, o en el hollín sobre un hombre completamente desnudo, con su sexo turgente, moreno. Un hombre desmayado en la acera, que no puede esperar nada.

Las corrientes opuestas, destrucción y construcción, como la enfermedad y los diques para contenerla, para dejarla fuera. La corriente de ida y vuelta, interminable, bulliciosa, mísera y peregrina, en el Howrah bridge de Calcuta, la ciudad de Kali.

Y él, que sabe desde siempre, desde su paseo matinal de hace dos días por la calle del invierno, que su función muchas veces ha sido esa: participar de la destrucción, y que, quizás, ya no tenga margen para cambiar.

Pero, esta vez, puede que no participe. Y lo va a decir. Lo dirá transido de fatiga, desde la anestesia del dolor viejo. Se lo dirá a dos personas: el abogado y el jefe, del que pocas veces ha podido vislumbrar sus pensamientos.

Lo dirá en su última noche en la ciudad fría, antes de volver a este mismo lugar, el aeropuerto, aunque nada tenga que ver con su talante de hoy, envuelto en la luz joven, hambrienta, de la mañana con su muchacha.

La muchacha no pregunta. Lo toma de la mano y lo conduce hacia donde ofrecen elementos de tocador; champús, cremas y jabones. Recorre con él y espera.

El hombre le pregunta si quiere algo. Le dice que él desea regalarle alguna cosa. La muchacha sonríe como una mujer madura, distante, que gusta del halago. Elige una caja con jabones, amarillos y frescos.

La muchacha necesita eso, frescura en su cuerpo afiebrado, y limpieza. Algo que remueva el tizne de la enfermedad.

El hombre compra la caja con los jabones y no termina de comprender por qué, y si tiene algún sentido.

Ella no pregunta. Reconoce los hechos como reconocer a la pérdida definitiva en el modo con que él va a pronunciar su sobrenombre, tres meses después. Esas dos sílabas que elevar an un muro infranqueable para que no puedan estar juntos.

La muchacha lleva la caja en su cartera cuando salen del aeropuerto al que han pisado para comprar apenas jabones, y para jugar con un proyecto tan difícil de concretar. Vuelven juntos, pero también, sutil e inapelablemente, comienzan a separarse. Van hacia otro autobús que los llevar a de vuelta hacia la ciudad. El aeropuerto, su alegoría, queda atrás. Resta un viaje corto al centro, para que cada uno retome su camino.

Separación. Ella sabe de eso, desde niña. Y de cuando empezaba a ser una muchacha, y se fue a La India con su novio.

Nadie pudo detenerla, ni su propia madre que ya había dejado de querer a su esposo, el hombre rubio, preso de las tradiciones b ulgaras y de un proyecto de vida que terminó con la fortuna de su familia, y con sus sueños de hombre de la revolución. No hay salida para Bulgaria dirá alguna vez, con su amargura asumida en un departamento en el que todo el mundo debe andar descalzo. Lo dirá bajo un par de cuadros pintados por la mujer que ya ha dejado de ser su esposa, que ya ha decidido legitimar su relación con el médico rubio, de pelo con fijador, que alguna vez estuvo parado junto a ella en la clínica, en el umbral de la puerta llamando a la niña para que comiera un helado, si era de su gusto.

Alguna vez, también, el médico y el padre serán amigos, trabajarán juntos en la granja de las afueras, unidos por el amor a una mujer, de la que uno de ellos, el padre, no saldrá jams .

El padre nunca dejó de ser el esposo de la madre de la muchacha y nunca pudo alejarse de ella, aún con su novia, la delgada

rubia de ojos verdes, tenue, sujeta a los deseos de él, ejerciendo un silencio parecido a su importancia en el departamento donde se anda descalzo.

El médico y la madre de la muchacha, los dos, habrán de aceptar la tristeza desamparada de un hombre extraordinariamente culto e inteligente que no podrá dejar de querer a la que alguna vez aceptó ser su esposa.

Separación.

La muchacha de quince años partió a La India con su novio para que, quizás, las aguas del Ganges sagrado pudieran purificarla de lo que seguía avanzando en su sangre y en la erosión de su hígado. O por alguna medicina que pusiera la enfermedad en otro lugar.

Nada de eso sucedió, y hubo más de lo mismo.

Siete días en Dashashwamed bajando los ghats para meterse al agua donde las lavanderas siguen golpeando y golpeando las ropas oscuras. Siete días de abluciones durante la mañana y la tarde para limpiarse. Un muchachito del que no pudo enamorarse y que adoraba verla mojada bajo las telas, y el efecto irremediable del calor amarillo trabajando sobre su piel.

No consigo enamorarme de ti, le dijo al muchachito cuando ya habían vuelto a Delhi, sentada en un banco de la ciudad a oscuras, caliente y peligrosa, cerca de la estación vieja de trenes. Y toda la mugre de Old Dehli con su vaho espeso, y su indiferencia, proyectaron, hasta el infinito, al alma de la muchacha de quince años que no había conseguido enamorarse, y que comenzaba a intuir lo que significaba que una mujer, su madre, se alejase de su esposo para estar con la alegría de un hombre jovial, peinado con fijador, que hacía años le dejó comer su helado en la clínica de patio cuadrangular y juego de manos frente al muro alto.

Separación.

El hombre lo sabe, sabe cómo es eso, desde que camina por la niebla de la ciudad y por la del pueblo de montaña, muchos años antes. No se trata de soledad. Se trata de separación. La soledad no existe sin la separación. La soledad requiere de otro, de otros, para catalizarse, para desencadenar su efecto.

Y la niebla es la *verdad*, mucho más que las palabras, que la proposición de las palabras que fallan, que se equivocan como

la muchacha cuando le dijo, “no consigo enamorarme de ti” a un muchacho que fue su novio y que tenía dieciocho años.

Solamente la bruma no se equivoca, ni el paso del hombre, calle abajo en la ciudad que ha olvidado el río entre muros ajenos de cemento, edificios nuevos y convenciones.

Eso sabe el hombre, calle abajo o en el mostrador del aeropuerto, donde una mujer le explicó cuáles son las condiciones y el costo de cambiar un pasaje para que él pueda quedarse uno o dos días más con la muchacha, y dejarse llevar por el deseo del deseo de enamorarse, y de estar juntos.

Él, aunque ya comienzan a hacerlo, no va a separarse de la muchacha, nunca en su vida. Pero no va a quedarse allí, uno o dos días más.

Te amo, le dirá subido al estribo de otro autobús.

Te amo.

Ven conmigo a Vietnam, le gritará desde el estribo, y la muchacha sonreirá en silencio, para que, después de algunos días, dude, se ilusione y se desilusione con un viaje a Italia sujeto a su enfermedad y a su sospecha de que, tal vez, lo mejor será separarse de una fantasía imposible.

Ya lo han hecho cuando vuelven del aeropuerto, ella con sus jabones y él con su humor remoto.

Te llamaré, dice, quizás, el hombre, cuando la ve salir del autobús en una parada anterior al hotel, donde a ella le conviene bajarse.

El hotel.

El hombre no piensa en lo que le va a tocar decidir esa misma noche, en el salón, más bien pequeño, del Hilton. Piensa en que la muchacha ya se ha retirado a su vida de cada día, que ya está más en sus cosas que en la fantasía a la que han jugado cuando subieron al autobús para ir al aeropuerto con la ilusión de permanecer juntos más tiempo.

El hombre ha apurado la separación, ha querido que la muchacha se vaya, que vuelva a su vida para que él también pueda hacerlo. Para poder reconocerse cómo es, distante, duro e inflexiblemente dispuesto a cumplir con su cometido.

En Ho Chi Minh, dentro de unos días.

El hombre la ve partir, y no dice que no hay manera de que pueda quedarse con ella. La muchacha permanece en silencio, con una sonrisa en los labios. Casi la misma de mañana, frente a otro autobús al que él ascenderá solo, para ir de nuevo al aeropuerto y dejar la ciudad

Te amo.

Ho Chi Minh.

Ven por mí, mi amor.

Cada día recibirá un correo de ella con frases que hablan de su espera. Tal vez con el tenor de las viejas cartas que tardaban meses en llegar a destino, con el tono de los amores épicos.


El hombre irá cada día a un ciber diferente donde chequeará, en viejas computadoras, sus correos. Siempre encontrará uno de la muchacha, hablando de su amor y de sus análisis. A veces alguno lleno de desazón porque las cosas no están bien con su sangre, con sus ganas de amar, con sus ganas de viajar dónde el hombre: ese país de casas delgadas y veredas en las que aún se lava y se cocina. Esa ciudad de grandes avenidas que la separan de los chinos de Cho-Lon, y que bordean la embajada desde donde partieron los últimos norteamericanos con sus amigos, donde pasan infinidad de *scooters*, tocando incesantemente sus bocinas bajo el calor de la tarde temprana.

Ven por mí, mi amor.

Y el hombre, mientras haga sus ejercicios en los cuartos de hotel, pensará en otro aeropuerto: el que lo llevará a Roma, dentro de pocos días, cuando el médico le haya dicho a la muchacha “está bien, tómate unas vacaciones y disfruta de la alegría y del sol italianos. Tus análisis están bastante bien y puedes irte y olvidarte un poco del tratamiento”

El hombre habrá cumplido la primera parte de su misión, la más fácil, la que no implica compromiso y que le permitiría

cambiar de rumbo, la que le abriría la puerta a un retiro que no ocurrirá por muchos años.

Así pasarán los días de Ho Chi Minh, en la inacción adrede, esperando saber. Dejando correr el tiempo junto al río de inconmensurable susurro y luna de vidrio. Disfrutando de la fantasía de un encuentro inminente con la muchacha en Italia. Así habrá llegado al aeropuerto de Bangkok para tomar el avión a Roma. 

El hombre está solo en la sala de espera de su puerta y observa a un grupo de italianos que se disponen a volver a sus lugares. Un hombre joven, de elegancia casual, pantalón caqui, y suecos a la manera de los médicos, llama con su teléfono móvil y repite la hora de arribo con certeza y tranquilidad. Parece saber que llegarán a horario. Dice que todo ha ido bien en las vacaciones y que es tiempo de volver a sus cosas.

Sus cosas.

El hombre se pregunta cuánto hace que no da aviso de un horario de arribo. Casi desde los primeros tiempos, cuando todavía se preocupaba por la elegancia casual, y las llegadas.

El hombre se pregunta cuánto hace que no llega.

Él, solamente, va.

Va con los italianos a Roma y comparará su pantalón cargo, también caqui, y el del italiano alto, de elegancia fácil, que ha acomodado su vida a unas vacaciones y una llegada. El hombre sabe que en su pantalón está él, están sus movimientos económicos, su cálculo del tiempo, su agenda de cada día.

Schedule.

Rompe su agenda. Esa agenda que parece estar inscrita en sus pantalones cargo, sin elegancia alguna, con los bolsillos que siempre llevan los pasaportes y los que llevan los plásticos con los que ha aprendido a manejarse.

El hombre rompe su agenda y va hacia Roma, donde, por primera vez desde hace mucho tiempo, alguien lo espera: la muchacha que le ha repetido en cada correo “ven por mí, mi amor”.

El hombre llegará al aeropuerto de Fiumicino y apenas recoja su equipaje, irá hasta el baño para cambiarse el pantalón por otro, de color azul, sin bolsillos laterales. En el baño se mirará al espejo. Volverá a encontrar a ése que se fatiga alrededor de sus gestos calculados, y también, detrás de la figura severa de sus ojos, a otro que nunca termina de abandonar, un hombre que camina en las brumas de la ciudad, en la mañana de invierno, y un muchacho que vuelve de una cita trunca. Dos que saben cómo van a ser las cosas porque no podrán torcerlas jamás.

Quizás por eso el hombre se doblará bajo el llanto, cinco días después, entre el gentío, y en la misma estación de trenes a la que habrá llegado luego de trece horas de vuelo, desde Bangkok.

En el café Ciao, que ya conoce de tantas veces.

El hombre sube al tren que une Fiumicino con Termini y se pregunta cuántas veces ha hecho ese trayecto. Recuerda la última vez, cuando se encontró con otro operario de la organización, alguien muy parecido a él que llegaba de Tel Aviv. Curiosamente, ambos se dieron la oportunidad de conversar de otras cosas: de mujeres y de paisajes. Recuerda haber bajado las escalinatas del pueblo de mar, hacia el que decidieron ir, con ese hombre alto y más bien discreto, sólido, y haber comido la pasta juntos y bebido copiosamente. Aquél hombre se estaba retirando. Fue, sin que ninguno de los dos lo supiera, su canto de cisne, su último encuentro como tales. Siempre recordará a ese agente distinto, sobrio y seguro, que supo elegir “la vida tranquila”.

Tal vez por eso el hombre invitará a la muchacha a ese mismo pueblo de mar. Un pueblo bello, muy bello, pero, más que nada, humano. Tan humano para que un mozo atienda con una sonrisa el pedido de la muchacha: unas berenjenas gratinadas.

Café Ciao.

Subiendo las escaleras.

El hombre ha recorrido el trayecto Fiumicino-Termini y se ha bajado en el último andén, que le parece más largo que nunca. Va por la vereda del andén mirando de soslayo las oficinas y los depósitos, viejos al modo italianos, de vejez casual, soleada, suelta, como el turista del aeropuerto con su pantalón caqui y la tranquilidad al programar su llegada.

Aspira el olor de la estación que conoce y que le parece a medio camino entre las estaciones ricas del norte y las más pobres del sur.

Termini.

Recuerda, también, a aquel otro extraño argentino, morrudo, de piernas cortas y pecho poderoso, de su misma ciudad, que solamente sabía hablar de bicicletas, y su ilusión de volver definitivamente a su barrio, cerca de su madre anciana. Aquí, entre las calles desaparejas de Termini, cuando tres niñas trataban de robarles algo, hablaban él y ese argentino, un poco grotesco, que parecía enamorado. Fue su penúltima vez en Termini. Tal vez el argentino lunático esté en su ciudad, en Argentina, retirado, como su compañero de “trabajo”, el hombre alto, adusto, con el que compartió unos días en el pueblo de mar.

Termini, que, desde ahora en adelante, será una estación de trenes dividida en tres imágenes, la de los dos salones inmensos y las máquinas expendedoras, a medio camino entre la riqueza y lo precario, el largo andén que acaba de recorrer por completo, pegado a las oficinas y los depósitos, y un café, escaleras arriba, donde va a sentir el peso del aire.

Lo sentirá como en una canción que va a conocer tiempo después, poco antes de dejar, definitivamente, las fatigas de su vida.

“Te sentiré por la materia que me une a ti”, dirá la canción, y, ahora, el aire se volverá así, espeso, palpable, cuando acabe de subir las escaleras y registre el café en toda su profundidad.

El hombre sube las escaleras y llega al salón de la cafetería. Allí, al fondo, la ve.

Está sentada en su mesa con un libro en las manos y con los anteojos que se quedarán en varias fotos que él le va a tomar.

Tiene los muslos cruzados, y el pie derecho vuelve a calzarse detrás de la pierna izquierda. Sostiene el libro con ambas manos, y lo lee de soslayo, dándole una atención parcial. Levanta la vista un instante después de que él la ha descubierto. Él la está observando, inmóvil, a la salida de la escalera.

La muchacha se pone de pie y él avanza hacia ella. Ella también se acerca y se encuentran. Es un beso largo, en medio de todas las mesas de esa mañana. Es un beso dado más con el pecho

que con la boca, un beso que se sitúa en los sentimientos y se aleja de la sensualidad del juego de los labios.

Bonheur.

Rima con *peur*, se dirá el hombre al recordar esos momentos; ese momento y su relación con el otro, pocos días después, cuando los sollozos lo doblen en el medio de la gente y los andenes.

Vuelve a parecerle extraordinariamente joven, pero con la disposición de las pequeñas damas, lista para asumir su condición de pareja de un hombre maduro. Está vestida muy formalmente, como la secretaria de un estudio, poniendo la falsificada distancia de la etiqueta. Es, quizás, un resabio de su modo búlgaro, el modo de la burocracia que llegó a extenuar las voluntades, a provocar un silencio amargo en las calles donde circulaba el infrecuente transporte público, los graves autos soviéticos, y donde crecían pocos árboles. También lo es su modo de estar parada, con los pies juntos, como en formación, pero sabiendo que en ella es muy seductor, muy de gata subalterna, capaz de dar placer.

Interferona.

Los medicamentos me han retirado el deseo, le dirá al hombre, entre tantas cosas. Se lo dirá varias veces. Y será otra melancolía relacionada con su mal, con la presencia ubicua de su enfermedad, evidente en su color amarillo, en la selección de sus comidas, en la disociación entre lo que quieren su alma y su cuerpo. Porque ella, seguramente, desea estar en los brazos del hombre, experimentar el placer que le está vedado por la invasión de drogas en el cuerpo maltrecho desde niña.

El hombre guardará un libro de poemas ilustrados con ese cuerpo, semidesnudo o desnudo, donde se la ve en el agua o cerca de ella, muy blanca, sin fiebre, y fotografiada por una amiga que la hará dudar de sus inclinaciones sexuales.

La amiga escribió los poemas y quiso ilustrarlos con ella y el agua. Todo cabalmente femenino: agua, fotógrafa y sujeto.

La muchacha dirá que ha buscado el placer que su cuerpo le niega, y ha entrevisto una posibilidad en los líquidas caricias de su amiga. Sin embargo ahora está con él, y en su oportunidad sabrá decirle de las cenizas de su deseo apagado por las drogas, y también de sus experiencias con mujeres, como sometándolo a su juicio, porque tampoco allí ha encontrado lo que busca.

Por eso ha venido hasta Roma, a “buscar lo que busca”. El hombre sabrá que eso no existe, que ella deberá conformarse con lo que pasa, con el amor de los preservativos, con el camino hacia un orgasmo que no ha de llegar. Y lo peor, con dos sílabas que conformarán su sobrenombre y que portarán la clausura de su ilusión.

Y sin embargo el aire se ha vuelto palpable.

“Te sentiré por la materia que me une a ti”

Se han besado en el café Ciao, entre las mesas, elevándose como en una terraza sobre el vestíbulo, muy grande, de la estación.

A dónde quieres ir, pregunta el hombre con la presión de la dicha dentro de su pecho y su semblante estirado, con la piel tensa de emoción contenida.

A dónde tú quieras, mi amor, responde ella.

Y, apenas una hora después, saldrán con el autito de la misma estación, hacia el sur, hacia Nápoles. Se detendrán en un parador donde él comprará pastillas de regaliz, como hace siempre que ha terminado con algo desagradable y quiere festejarse. Y después seguirán hasta el pie de las montañas que los separan de la costa.

Él dirá puta en búlgaro queriendo decir flor, y ella se reirá con su carcajada bárbara, llena y desmandada. Le mostrará lo que hace la pronunciación con los significados. El volverá a decir puta, aún queriendo decir flor, y ella volverá a reírse con la misma rusticidad.

Después, en un hotel con balcón hacia el mar y ventana, él comenzará a desnudarla y ella se dejará hacer, más con voluntad que con entrega. El hombre se colocará el preservativo y se afanará en un encuentro que nunca terminará de darse. Sentirá un chillido sobre el final, una efusión más relacionada con la impotencia que con la descarga del placer. Será su primera vez y habrán sellado algo entre sí, sobre todo él, que nunca ~~no~~ podrá olvidarla.

~~El hombre ha encontrado a la muchacha sembrada de muerte en un momento especial de su vida: en el momento en que ya no puede acceder a cumplir con sus misiones.~~


Estarán allí, en el dormitorio que olerá a sol y a mar discreto, vistiéndose, preparándose para bajar el camino sinuoso que copia la bahía profunda hacia la pequeña playa.

Una vez abajo, subirán hacia el primer piso del negocio donde funciona el restaurante y esperarán al mozo.

Ella se verá más pequeña, tan niña como en el Prückel, o en la foto donde lleva un gorro árabe, amparada por la presencia del hombre que parece ocuparse de cuidarla. El hombre pedirá su pasta, ella su berenjena. Estarán solos y juntos, es decir doblemente juntos, con sus soledades silenciadas en la mesa. El hombre, y tal vez ella también, comprenderán la plenitud y su inexorable nervio.

Eso multiplicará el dolor en el hombre cuando la vea ~~verá~~ partir, dentro de cuatro días, desde Termini, en un tren que la llevará de nuevo a su Viena.

Entenderá.

Sentirá, de una manera muy dramática, de qué se trata, y al ver al tren partir desde uno de los andenes del medio, no podrá evitar doblarse sobre su vientre y sollozar, delante de los muchos o pocos que podrán notar el espasmo. 



Habrá sido otra separaci3n. Más amarga, más dolorosa que la de ahora, cuando la muchacha se baja del autobús que los trae del aeropuerto donde él le ha comprado jabones y champú. Habrá sido una separaci3n de tristeza ins3lita, pero tan genuina como la de ahora, sencilla, en que ella se aleja hacia el centro. Ambas prefiguradas en su pasaje calle abajo en la mañana brumosa de Viena, y en el abandono de una direcci3n en Cortina D'Ampezzo, ~~despu s de tocar el timbre dos veces y media.~~

La mira alejarse desde la ventana del autobús, de espaldas, habiéndose transformado en alguien ajeno, una mujer desconocida que se va a una casa que él aún no conoce, o a los brazos de otro hombre que no va a conocer nunca.

Pero no le importa. Porque ya ha caminado calle abajo por la bruma. Porque sabe c3mo van a ser las cosas.

Porque la ha elegido y siente la convicci3n de la inconsciencia. Va a pujar por ella con toda su voluntad y todo su dolor. Tanta voluntad que no entenderá una mirada futura, implacable de la muchacha que sabe de dolores, dentro de un autom3vil, negándose a hacer lo que él quiere, negándose a pertenecerle, como él desea.

La ve alejarse por la vereda hacia el centro de la ciudad, con el accidente agudo de la torre de la catedral, amputada, contrahecha, con su mu n3n extravagante.

El dedo meñique de la muchacha. La rusticidad. Bulgaria. La pobreza en la ropa opaca de los transeúntes en la avenida desolada de Sofía. Las luces que se apagaban a las nueve de la noche, los edificios elegantes y empobrecidos, las frazadas grises.

Y el contraste del timbre de voz de la muchacha, delicado, bajo, con la carcajada tosca de campesina.

La muchacha se va por la vereda hacia el centro, compacto, apretado, donde al Hofburg le cuesta acomodar su tamaño.

Él sigue hasta el hotel.

Ese Hilton cerca de la Ringstrasse, de sala, no muy grande, para un encuentro y una misión que ha de cumplirse por fases.

Meeting.

Ha percibido el placer con que otros dicen la palabra, soslayando la verdadera importancia que pudiera tener.

Meeting.

Un encuentro de voluntades que jamás terminan de comprender de qué se trata, pero que se disponen al producto de ese encuentro. Porque la destrucción necesaria de cada día no necesita razones, porque ocurre como el amanecer y el crepúsculo. Porque se lleva mal con la bruma, que sí sabe de esas cosas.

Debe pasar una tarde, todavía.

Será una tarde olvidada cuyo decurso se centrará en una cama y en un televisor encendido, en el que los canales se sucederán sin posarse en la pantalla. Serán largas horas en que los dolores en los costados y el cuello recrudecerán por permanecer en la cama.

Horas para seguir aceptando los dolores que empezaron después del accidente en la isla, cuando olvidó dónde estaba, y que lo obligan a dormir por tramos para reacomodarse hasta que arreece el próximo.

Será una tarde en que a la plenitud prefigurada en los ojos de la muchacha se opondrá la ácida perspectiva de un encuentro con dos y más orientales, con occidentales, todos bajo el efecto de la idiotez infinita de la maldad, necesaria para que las cosas sucedan.

Conversará con el hombre de Lomas de Zamora, donde no hay lomas, ni ríos de sierra, ni gente baja de boina, ni apellidos dobles. Se reirá con los comentarios de ese abogado, moreno y pillito, hecho a acompañar, a ejercer de cómplice, precedido por una sonrisa blanquísima, a pesar de la nicotina y el alquitrán, y seguida por un cuerpo delgado, de distinción fácil, pero no al modo de un futuro italiano que estará volviendo a Roma. Notará otra vez el curioso efecto de ~~la disonancia en~~ la elegancia cómoda, arrogante y chabacana de hombre del gran Buenos Aires.

Reirán juntos bajo la picardía y la ternura tendidas por el abogado, frente a lo único capaz de justificar los actos: una mujer; esa mujer: la muchacha.

Se verán distendidos en la tarde larga y vacía que se preparará para su ácido corolario en la reunión. Y esas facciones, en algún momento, mutarán al gesto grave, lacónico de los que no se reúnen para la construcción, sino para la lucha contra el adversario.

Ese cambio ocurrirá de golpe, cuando la memoria entrenada del hombre, haga sonar la alarma de que ya deben comenzar las acciones y que los dos deben prepararse para la masculina reunión.

Meeting.

Todavía habrá tenido tiempo de sentarse en la cafetería del hotel, junto al jefe, al que conoce desde hace tantos años, y a otros hombres que harán silencio por no saber de qué se trata, y que sin embargo estarán ahí, porque es importante.

Importante.

Habrá creído saber, de un modo velado pero cierto, que lo importante es aquello que no se comprende. Y que por esa razón, esos hombres habrán de estar, allí, en la mesa con ellos: porque no comprenden.

Habrá recordado la gravedad con que se toman decisiones sobre asuntos que no se comprenden, como si esa misma gravedad provocara unas conclusiones adecuadas y precisas.

Y él, tal vez, habrá recordado lo que siempre ha sabido: que él mismo ha continuado con esas acciones porque tampoco ha comprendido bien de qué se trataba, y que eso es lo importante.



Pero ahora sabe. Ha visto.

Más que admiración o intriga siente desprecio.

Se ha reunido al final de la tarde con el jefe y los otros, que esperan extraer algo de las expresiones pomposas, equívocas.

Dead line.

Hay un uruguayo de pelo largo, de rulos apretados, silencioso y atento, que representa a los otros. Está allí, a la mesa redonda en la cafetería, donde una pareja presta atención a la reunión de hombres reportándose a los dos que parecen explicar algo. Quizás pertenezcan a alguna empresa que se ha reunido para presentar un nuevo producto. Lo extraño es que estén así, tan serios, como si se tratara de un asunto grave.

El uruguayo, de boca carnosa y parpados caídos, trata de interpretar lo que los más experimentados, como el hombre, ya no se preocupan de comprender. Todo es mera acción, y de esa acción han de surgir los efectos a los que deberán abocarse. Eso es lo que importa: la acción, cualquiera sea, porque implica necesidad de tiempo, y al tiempo hay que ocuparlo de algún modo. Hay que evitar las tardes frente a un televisor y a los espejos.

Me doy asco.

El hombre siente un apagado desprecio por todos, y alguna compasión por el jefe, con quien compartió las acciones infinitas de veces. Se apena cuando confirma que el jefe no puede salir de su propia red, que apila acciones sobre acciones para ocupar el tiempo, y para vengarse.

El jefe quiere vengarse de su destino profundizando la amargura, sabotando su propio éxito. Y no puede escapar de la red que se ha tejido.

Hace años, alrededor de diez, el jefe se sentó encima de su portafolio de metal en medio de un aeropuerto. Elevó la mirada hacia el hombre y repasó su agenda. Era invierno y alquilaría un automóvil para viajar hasta Quebec.

Más de setecientos kilómetros, dijo. Después hizo una pausa, miró al hombre y por fin preguntó: ¿yo estoy hecho mierda, no es cierto?

Ahora habla en la mesa de la cafetería del hotel y va consignando el programa de la reunión que se va a llevar a cabo esa misma noche, en una sala, nada grande, que han pedido.

~~El hombre siente casi el mismo disgusto, pero está entrenado. Sabe cómo soportar y olvidarlo, aportando su veteranía. Es de los más experimentados, y físicamente duro.~~

El uruguayo escucha con cara de idiota. Tiene los ojos velados y una actitud linfática, inusual, que contrasta en el ambiente de tipos nerviosos. Es incapaz de agregar nada. Solamente se atiene a prestar atención para no comprender. Ha comenzado su entrenamiento.

El abogado conoce al jefe. También tiene compasión por él. Probablemente lo estime más que el hombre, que no dudaría en salvarlo, pero que no sentiría ninguna tristeza si el jefe muriera. El jefe está hastiado.

A veces ríe. La mayoría, como un parásito oscuro, parece nutrirse de su propio cansancio y difundirlo. Tiene una capacidad de trabajo inhumana.

¿Yo estoy hecho mierda, no es cierto?

Es delgado, y le cuesta seleccionar su comida. Hay pocas cosas que su digestión puede soportar después de haberse alimentado en restaurantes y cafés durante casi toda su vida. Después de haber tenido hambre de niño y de pasar una noche durmiendo a la intemperie en un lecho grande, vencido por la fatiga de haber saltado sin descanso sobre ese mismo lecho con sus dos hermanitos, como en una cama elástica.

Y, sin embargo, el hombre recuerda haberlo visto entregarse a la carcajada. Muy pocas veces, pero las suficientes como para

saber que dentro de su hastío desencadenado queda todavía una brizna de humor, y de juego.

El juego es siempre el mismo. Consiste en acciones prepotentes que deberían provocar un gran efecto, no importa cuál, porque en todo caso, se podrá reaccionar a ese efecto. Se podrá actuar.

El hombre sabe que, esta vez, no va actuar como se espera de él. ~~Lo sabe desde que camina calle abajo, hace dos días, durante la mañana de niebla, y desde que abandona una casa de alto en Cortina D'Ampezzo, con ventanas grises y frías, y se dirige a confirmar que las estatuas de hielo están allí, para no verlas nunca más, porque duran apenas un invierno.~~

El hombre escucha atentamente al jefe en el café y espera a que solicite su aprobación. Él es alguien experimentado, ~~tal vez el más experimentado, porque es duro, y sabe de qué se trata, siempre.~~

De nada.

Más ahora, que tras el silencio del hombre, tras sus frases de compromiso, seguras, revestidas de eficacia, hay una muchacha. Una muchacha bien capaz de hacerlo doblar por la pérdida en una estación de trenes, dentro de treinta días. Una muchacha con la que se encerrará en un departamento de Döblinger Gürtel, dentro de tres meses, poco después de haberse enterado de que no hacía falta eliminar a nadie. Que ése ya estaba anulado por su muerte inminente.

Me doy asco, le había dicho el jefe, con un rictus de desagrado, cuando el hombre le preguntó qué experimentaba cuando se veía en un video o se miraba al espejo.

El hombre, aún, no puede sentarse frente a los espejos. Evita reflejarse en ellos porque sabe bien que son capaces de multiplicarlo. En cambio, dentro de tres meses, le gustará ver a la muchacha maquillarse frente al espejo del baño de Döblinger Gürtel, después de haber hecho el amor. Le gustará ese esmero circunspecto con que pondrá rímel en sus párpados, echada hacia adelante con sus piernas separadas, apoyando sus muslos sobre el lavabo. Reparará en el gesto fácil, sin pensamiento, puesto a embellecer un rostro que se habrá escindido de ella, que le pertenecerá como si se tratase de un objeto amado, tal vez, pero que no será ella.

Joie.

Después la muchacha girará hacia él para que la vea, para que examine su belleza, detrás de su sonrisa satisfecha. Será un instante que consistirá en dos piernas, todavía delgadas, largas desde la rodilla hacia abajo, y un rostro excepcionalmente blanco con ojos realzados por la pintura y por un dejo de rudeza. Balcanes, se repetirá el hombre, y sonreirá por el recuerdo de un domingo, de un tío soez, y de un almuerzo en familia.

Esa misma noche, dentro de tres meses, irán hasta el centro en tranvía. El mismo que deberán tomar una mañana, la siguiente, para que él vaya a buscar los resultados del segundo análisis. La muchacha usará los mismos anteojos que en Capri, la isla que ya los habrá reunido frente a los buses asquerosos y a la fruta desecada de Anacapri.

Esa misma noche, dentro de tres meses, la muchacha dormirá bien, habrá llegado a su orgasmo y no habrá olvidado tomar las píldoras de cada día que hoy parecen producir análisis de título negativo.

Me doy asco, le dijo, hace mucho tiempo el jefe, cuando al lado del canal, en San Petersburgo, con la catedral de San Isaac de fondo, se sentaron a beber vino.

Y ahora está aquí, en la mesa de la cafetería del hotel, aguardando a que el hombre apruebe la consigna, la agenda falsa, como la cortesía de los dos orientales que volverá a encontrar dentro de un rato en la sala del hotel. El hombre asiente, agrega los detalles, la justificación.

Él sabe que no tiene mayor importancia porque de acción se trata. Y de entrenar al uruguayo linfático y a los otros en la incompreensión, en la falta de voluntad propia.

El jefe ha pedido café y leche fría aparte. Siempre se toma un buen tiempo antes de ordenar. Reflexiona observando al mozo y decide último, esperando a los demás, como si evaluara a cada quién por su pedido.

Y es así. Ha exprimido el tiempo tratando de transformar su vida de niño débil que dejaron en la calle, sobre una cama grande en la que dio saltos con algunos de sus ocho hermanos hasta extenuarse y dormirse en el abandono de la vereda oscura.

El vehículo ha sido conocer a los demás, descubrir su punto lábil y aprovecharlo en lo que él ha querido.

Me doy asco le dijo al hombre junto al canal, con la catedral de San Isaac de fondo.

El jefe ha pasado su tiempo usufructuando la debilidad de los otros para lo que buscaba. Y en elegir su comida y su bebida, sin encontrar nada que lo haya fortalecido.

Cuando me enfrente a la muerte te voy a llamar, le dijo una vez, en otro café, al hombre, porque sos el único que comprende de qué se trata.

El hombre sabe que estará ahí, y que, por una vez, quizás tenga alguna contemplación por ese cuerpo muerto y no lo deje abandonado, desentendiéndose, como se hace con una fotografía dramática de algo que ocurre en otro lugar.

Está ahí, en la mesa donde hay seis agentes, cuatro que escuchan y dos que hablan de consignas y de justificación.

Me doy asco.

Estará ahí hasta dentro de una hora y algo más en que, por fin, el jefe ha de levantarse para conducirlos hasta la sala donde, en silencio, hará preparar la mesa larga, tapándola con un mantel con el logotipo hermoso, azul y oro, y un panel plástico detrás, en el que no hará diseños una fibra negra. En ese salón se demostrará la necesidad de anular a alguien por el bien del grupo y sus objetivos.▲



Daño quirúrgico.

Rostros graves.

Son unas doce personas. Está el abogado que participa, que ha aprendido a conocer la intimidad del grupo, más por curiosidad que por interés de actuar. Es amigo del jefe y ha comprendido al hombre. Y por eso, después de la última noche, ha sabido situarse en una posición de respeto y distancia.

La muchacha es hermosa, pasaron la noche juntos, seguramente se han mirado; pero también, ha visto la resolución en los ojos del hombre, esa misma mañana, en el desayuno. Lo conoce, sabe hasta dónde puede llegar, y sabe que hay situaciones en las que es imposible que se eche atrás.

Están el uruguayo, lerdo y expectante; un chileno, un brasileño de origen japonés, munido de una sonrisa indeleble que parece burlarse de todo porque lo ha interpretado perfectamente. Se ha mantenido leal al jefe y expresa reconocimiento al hombre. Su posición en el grupo es similar a la de la mayoría, pero parece saber de qué se trata, y las pocas veces que se han requerido sus servicios, fue frío y capaz.

Están los dos orientales, estúpidamente herméticos, guardando un secreto que no existe, como los guardaespaldas. Llevan trajes azules y anteojos oscuros, como ellos. Y, como ellos, apenas sirven para impresionar a los más nuevos y para fatigar aún más al hombre y, quizás, al jefe también.

Hay un alemán delgado, de unos cincuenta años, con anteojos de montura metálica que oscila entre un apoyo completo

a las decisiones y una impunidad completa para la deserción. Dos o tres palabras intercambiadas con él serán suficientes para que el hombre sepa a qué atenerse.

Hay otro alemán, más joven y robusto, del tipo de aquel médico que le permitió a una niña con el hígado ruinoso, tomarse un helado. Alguna vez el hombre trabajó con él. Hablaron poco y cada uno se ocupó de su parte para que los efectos fueran los esperados.

Han aprendido a respetarse y, por eso, se consideran adversarios potenciales.

Ese mismo alemán, al final de la reunión donde se decidirá la necesidad de anular al fundador, estrechará expresivamente la mano del hombre y lo mirará a la cara con intensidad.

Habrà escuchado en silencio las deliberaciones, las palabras altisonantes y vacías.

El hombre entenderá.

El alemán habrá tomado su decisión, y ese apretón de manos será su manera de expresar el respeto que siente por él, de desearle una suerte que espera que no tenga, y de avisar que acaba de convertirse en un adversario. No se dirán nada. Tal vez ya sepan que nunca más van a encontrarse del mismo lado.

La asamblea comienza cuando el director entra en el recinto. Lo hace un cuarto de hora después de que se han reunido.

Está todo en orden, pero a pesar de la experiencia del jefe para dar formalidad a lo improvisado, es imposible ocultar lo precario de esa asamblea, la falta de cohesión del grupo y la estupidez ingenua de la mayoría.

Teatral.

El director lleva traje azul, algo más elegante que el de los dos orientales que no se quitan los anteojos. Camina con paso enérgico seguido de un canadiense rapado, muy blanco.

No hay vuelta atrás. El director es musculoso y lo suficientemente ancho como para sospechar un aporte de sangre occidental en sus genes. Además peina una onda artificiosa en su cabello, al modo de los galanes de los años cincuenta.

Todavía se lo ve sano y poderoso. Lleno de convicción. La convicción oscura que le ha dado el dolor, tan próximo al

odio. El director conserva un aire de aristocracia en los gestos, en el timbre de vos, en su inglés fluido y cultivado.

Bien podría ser un cantante japonés que imita el modo americano, como sucede todavía en algunos clubes y hoteles.

Conservará su elegante orgullo apenas unos años más, hasta que los estragos del alcohol lo dejen doblado frente a aquéllos que seguirán siendo leales.

El hombre llegará a verlo herido por los efectos del alcohol. Verá la postura del director frente a los que seguirán siendo leales, inclinado, echando el peso sobre una pierna adelantada, teniendo que soportar el disgusto de seguir con su papel, de estar atrapado, de tener que ser quien es porque no ha sabido ser otra cosa.

Es la misma enfermedad sobre diferentes seres, provocando hastío y necesidad imperiosa de alcohol en el director, asco en el jefe, deslealtad en el hombre.

Pero ahora el director mantiene su porte arrogante, la potencia de su cuerpo impetuoso y pequeño, curiosamente más ancho que los de su raza. Y camina hacia la mesa cubierta por un mantel negro, con el logotipo que abarca a ese grupo de hombres, listos para comprender que lo ridículo es posible. Y que, para ellos, es absolutamente necesario.

El director habla de pie, detrás de la mesa, impostando, apenas, el timbre de su voz, dándole la resonancia que pretenden los oradores, y trata de seducir con palabras escogidas. No utiliza en absoluto la pizarra en donde debería esquematizar las acciones, porque no tienen sentido. Mantiene un discurso que nadie será capaz de recordar, pero cuyo mensaje quedará lo suficientemente claro.

Anular.

El objetivo último, es anular al adversario.

Habrá que anular al fundador, que se ha vuelto un adversario.

El hombre sabe, desde hace tiempo, que todo se desbarataría si no hubiese un adversario, y cuando parece faltar, la organización se siente huérfana, vacilante, próxima a desaparecer.

El hombre sabe que la ausencia del rival es como un espejo que hace evidente el sinsentido de ese grupo, de esa organización caótica que no para de reconstituirse sobre un mismo patrón: el afán del poder.

Hay que evitar la ausencia de un oponente, o, en su defecto, entregarse al alcohol.

El enemigo, esta vez, es el más poderoso de todos, y, hasta ahora, nadie se había atrevido a desafiarlo, salvo aquél a quien ha provocado un dolor insoportable: su hijo.

El alemán musculoso escucha en silencio, como los demás. El jefe avala con comentarios y falsas tácticas al director. El silencio del alemán no es el mismo que el del resto. Lo que dice el director sirve para reafirmar su decisión: seguir del lado del adversario.

El hombre, que otras veces ha participado de los discursos, permanece callado. Se aboca a los detalles: la poca gente, la inexperiencia de los sudamericanos; la incomprensión del otro alemán de anteojos de montura metálica, y el poco valor de su presencia allí.

El hombre asiste al esfuerzo del jefe por darle aval a las acciones que se llevarán a cabo. Lo hace con su convicción incansable, la que sólo en medio de las acciones encuentra sustento para seguir; para obtener sus pequeñas victorias que aumentan la acumulación de hastío.

Yo estoy hecho mierda, ¿no es cierto?

Se da cuenta de lo que pasa en el alemán musculoso y en silencio. Lo va a confirmar con el último gesto de respeto por parte de él: saludarlo sosteniendo la mirada cuando todo termine, dentro de una media hora.

Pero, antes de eso, quedará claro que no hay otro camino que anular al adversario, algo que, necesariamente, nunca ha ocurrido.

Y el adversario a eliminar ahora es el viejo que organizó todo, al que el director, de cuerpo todavía enérgico y porte arrogante, querrá cobrarle el dolor que le ha causado su condición de hijo.

Matar al padre, *literalmente*.

Antes de eso habrá que seguir sus pasos. El hombre está acostumbrado y, en unos días, aterrizará en Ho Chi Minh. Entonces solamente dará valor a los correos de una muchacha que tratará de estar bien para encontrarse con él en Roma, cuando vuelva de una misión que no va a cumplir.

Dos veces por día controlará sus correos y casi siempre encontrará una frase de la muchacha consignando su estado de salud y alentándolo a buscarla.

Búscame mi amor, que te estoy esperando.

El hombre mirará el correo en un ciber al aire libre bajo el cielo del Mekong, con una luna de vidrio, casi transparente, con el gorgoteo de la navegación lenta de los camalotes, y la energía volcada sobre el agua por los habitantes del delta.

No sonreirá.

Se preguntará si no es de adolescentes, jugando al amor.

Ésa, que escribirá como una adolescente, es la muchacha que ha hablado de posibilidades de sobrevida y le ha exhibido un cabello pajizo y revuelto que parece haberse secado por efecto de los químicos.

Búscame mi amor.

Poco quedará de esos registros porque el hombre borra cada correo después de leerlo.

El hombre habrá viajado a Ho Chi Minh a pesar de lo que le haya dicho al jefe después de la reunión en el salón pequeño del Hilton.

No puedo garantizarte que voy a apoyar esto. Lo voy a pensar y te contesto más adelante. El jefe guardará silencio, sabe cómo es el hombre. No ha faltado a su palabra nunca y sus compromisos han sido profundos. Está cansado y lo peor es que cualquier cosa que logren no valdrá más que lo opuesto.

El jefe sabe que el hombre es capaz de poner a todos en evidencia. Pero no lo ha hecho, salvo alguna vez, cuando era más joven y todavía enfrentaba al hastío.

No lo hace porque también se ha dedicado al juego del poder donde la herramienta es el engaño..

Pero está cansado.

El hombre está cansado de comprobar cómo se desvanecen las líneas que podrían definir una realidad, una certidumbre; y camina calle abajo en la ciudad de los grandes palacios apretados, bajo la misma bruma que entrevió veinte años antes, en un pueblo italiano de montaña con casas grises y ventanas cerradas, con estatuas de hielo que seguirá sin ver, tal vez para siempre.

...



No puedo garantizarte que voy a apoyar esto.

El jefe hace silencio. Comprende. Pero él, ~~seguramente~~, no tiene opción, y ha de quedarse operando como hasta ahora, incansable, tratando de salir de una cama echada a la calle donde saltó ~~con algunos de sus hermanos antes de quedar exhausto y dormirse a la intemperie~~ con la ilusión infantil de poseer la noche.

Tal vez ya ha arruinado su estómago.

El hombre, en cambio, aún se mantiene fuerte, y sus manos grandes siguen imponiendo un respeto que supo ganarse cuando provocaban miedo.

Puede que los dos orientales, que se quedaron de pie y en el fondo de la sala, hayan temido al hombre. Es seguro que sintieron su desprecio y reaccionaron manteniéndose distantes, inmóviles, y listos.

El hombre sale del dormitorio del jefe y se para en el hall donde pasan los ascensores. Ha hecho eso, regularmente, durante los últimos quince años y conoce el silencio de la espera, esa soledad transitoria donde las cosas son más claras, donde es capaz de reconocerse.

Ha hablado con el jefe, en privado, después de volver a la cafetería con algunos, cuando la reunión hubo terminado. Hace más de una hora que se ha ido el alemán musculoso, que ha estrechado su mano advirtiéndole que serán oponentes, y que, de alguna manera, lo lamenta. Ya se han hecho los comentarios

del caso en la cafetería, tan vacíos como el discurso del director, pero necesarios para relajarse, para poner las cosas en su lugar y tratar de habituarse a la nueva realidad.

Y ha subido al cuarto del jefe para las últimas reflexiones que han sincerado la situación, por lo menos hasta un punto más honesto.

Ya le ha advertido que, tal vez, no tome parte de las acciones, que ha de pensarlo; y espera el ascensor en el hall donde es casi tan capaz de verse como cuando camina en la mañana vienesada de bruma y frío que se mete entre su campera y su piel gris.

Tot es gris.

Trata de recordar la melodía de la canción, su lírica y su ingenuidad. Tiene tiempo para preguntarse si la poesía es ingenuidad. Se dice que sí, absolutamente, aún hasta las que hablan de sangre y guerras.

Tot es gris, repite mientras llega el ascensor y se prepara para tener que decidir.

Te amo, va a decir al día siguiente. Lo dirá al pie de un autobús que ha de llevarlo hasta el aeropuerto donde esta mañana ha comprado jabones para una muchacha amarilla que no lo será cuando él la vea en un libro de poemas, ilustrado con su cuerpo bajo el agua, y escrito por una amiga, con la que esa muchacha ha buscado el placer que sus sentidos contaminados le niegan.

Tot es gris, dice aquella canción de Barcelona. La poesía y su ingenuidad son imprescindibles. Y tan verdaderas como el mal aliento de la mañana. Como diez, veinte hombres reunidos y feos, en un salón de hotel, sin más motivo que la destrucción necesaria de cada día, ahora convergentes en un hombre pequeño, de cuerpo receloso y siniestro, como un cuervo.

Un padre.

Hay que anularlo porque ha extraviado el camino, y se ha acogido a la voluntad recelosa y siniestra de un país comunista.

El hombre conoce ese país.

En él sudó su peor fiebre. Recuperó el sentido en dos días, y se encontró sobre el colchón empapado frente a un televisor, donde solamente se podían ver películas de guerra, teleteatros, y un único noticiero oficial.

A su lado estaba el gordo. Era capaz de destrozar con sus manos cualquier objeto de madera. Le cebó un mate sin temor a contagiarse, y después entonó para él un aria con su voz de contralto y su cuerpo gigantesco.

El hombre jamás le temió. Él también era capaz de destrozar cualquier objeto de madera con sus manos.

El gordo consiguió los pasaportes y la posibilidad de abandonar el país en la primera clase de un avión, tan grande como el aeropuerto. Recuerda la única pista frente al edificio con los carteles en coreano y el retrato del líder pintado, al modo de los viejos letristas, en medio del barandal de la terraza.

Un país azul y apagado.

Flaco. Amenazante, como los tornos gigantes y las usinas desafortunadas en medio de la escasez; lleno de pinos redondeados, nunca agudos. Pinos de un verde algo pálido, y troncos retorcidos y modestos. Graves y aristocráticos, como alguna vez leyó, pero de una nobleza huraña, hecha a compartir el dolor de un pueblo.

Un país pérfido y fingido, como la abundancia tramposa en las mesas del parque donde había manzanas y una bebida dulce con dejo a manzanas. Como los juegos comunitarios o los desfiles desmesurados donde quería exhibirse un edén y el poder para defenderlo. Pyongyang.

El hombre recuerda el juego. Debía correr con su pierna derecha atada a la pierna izquierda de una muchacha en busca de alguna prenda que quedaba lejos. Recuerda los pasos descoordinados, las vacilaciones de la carrera y los ojos de la muchacha.

Desamparo.

Un desamparo puesto a cumplir con el objetivo: simulación. Y puesto a escapar.

El hombre no simuló su sonrisa. Se rió de la impotencia frente al grotesco.

Avenidas sin autos donde otra muchacha franqueaba e impedía el tránsito de nadie, con gestos destinados a convertirla en una caricatura.

Simulación hasta que ya no lo es. Hasta que deviene en una verdad de vida, como cualquier otra. Como el trabajo de la organización, justificado por los actos, no importa cuáles.

Pasaron diez días antes de poder salir. Largos días en los que el gordo logró intimar con uno de sus agentes y convencerlo de que era hora de que los dejaran partir. ~~Bebieron con él~~ el licor amarillo de la botella donde oscilaba una víbora muerta y macerándose.

Era asqueroso. Con una dulzura tan amarga como las jornadas vanas. Fueron largos días de horas muertas. Había un partido de fútbol cada tarde que jugaban con los guardias y otros, con los que no hablaban, y que estaban para controlar. Había una muchacha vestida con pollera y blazer azules, con camisa y soquetes blancos, zapatos de tacos, un pin con la imagen del líder en la solapa, una sonrisa capaz de disimular su fealdad, y ropa interior que el hombre nunca vio.

Su sonrisa, y la manera de pararse, idéntica a la de su muchacha, eran poesía, como en el libro de poemas ilustrado donde, después de algunos meses, verá a su muchacha, en bikini, bajo el agua, con la piel fresca y retratada por la autora del libro, con quien buscó placer.

Impotencia.

Allí, en el juego de la impotencia, la del cuerpo contaminado por los medicamentos, la de dominar la enfermedad de ella, y tener que asistir pasivamente a la evolución de su hígado, a la expectación de retirar los resultados cada mes para que la palabra negativo se convierta en su contrario: la esperanza de que, finalmente, el cuerpo amarillo de la muchacha se impondrá sobre el mal, y su mirada y sus ademanes terminarán seduciendo a la vida; allí, en ese juego de imposibilidades, quizás radique su amor por ella.

Te amo, le dirá al pie del estribo del autobús, mañana a la mañana, cuando se dirija hacia el aeropuerto desde el que retornará a su casa, después de, apenas, un fin de semana, en el están contenidos los hechos de toda su vida, resueltos en la caminata brumosa, calle abajo, y otra, joven y también brumosa.

Te amo, le dirá con una fuerza inusual, avivada por la impotencia, como la misma vida.

La muchacha lo contemplará con una media sonrisa y un probable análisis de lo que está ocurriendo con ese hombre. Lo verá subir al autobús desde unos metros. Ese hombre podría suplantar la debilidad de su padre y acompañarla, aceptarla así,

enferma y condenada, seductora y escasa, como el tiempo que tiene asignado.

Después de que el hombre haya partido en su autobús desde el hotel, ella se irá hacia el centro, siguiendo, tal vez, el canal, o en el metro de amplias galerías y andenes compartidos, para encontrarse con otro hombre, también sudamericano, que hace dos noches le provocó lágrimas en una discoteca de dos salones, separados por un arco, donde el hombre la vio, donde ambos se vieron.

El hombre no volverá a aquel país siniestro y receloso, Corea del Norte, donde jugaba al fútbol cada tarde y conoció a una agente, de blazer azul y soquetes blancos, que se paraba igual que la muchacha.

Volverá a su casa por apenas cinco días para, después, subirse a un avión que lo llevará a Ho Chi Minh, donde verá de nuevo lo poco que quedó de aquella Indochina que le hubiera gustado conocer.

Estará en la ciudad, en la discoteca, mirando las bellas putas leves con sus teléfonos móviles. Beberá cerveza cerca de un gordo pelirrojo que simulará estar a gusto, como si manejara el ambiente con solvencia. Lo verá retirarse con una de las mujeres, no de las más jóvenes, y acomodar un rollo con dólares. Él conversará con otra, hermosa, vestida con una chaqueta china de seda verde que jugará con su teléfono móvil. Se irá más tarde, no con ella, sino con una mujer nada joven, por una cerveza en un bar del barrio.

Mince.

No encuentra la palabra.

Verá la condición infinidad de veces en las mujeres de la ciudad, siempre etéreas, casi mudas, y de sonrisa amplia.

Siempre delgadas, y de mucho más edad de lo que parecen. Igual que los hombres. Pero a él le gustará detenerse en las combas ligeras de los costados, en la delgadez de los torsos.

Mince, como la muchacha que conducía la canoa por los canales del Vietcong y se volvió para mirarlo con una sonrisa llena.

Mince, como no es, ni será su muchacha, aún a pesar de la flacura que su alimentación discriminada le provoca.

No hay una palabra en castellano. No hay mujeres así en occidente.

No hay nada así, en una reunión de hombres con pánico inconsciente al aburrimiento, que se alinean detrás de un objetivo tan grotesco, como la agente en medio de la avenida de Pyongyang, dirigiendo, con movimientos de robot, un tráfico inexistente.



El hombre pasará menos de una semana en la ciudad que alguna vez fue de los franceses, tomando café cerca del ayuntamiento o bebiendo cerveza en la discoteca, junto con otros occidentales, especialmente americanos, a los que nadie parece odiar.

No hará nada de lo que debía hacer. Dirá, después, que era imposible, que no hay que precipitarse, y que hay que esperar la oportunidad.

Aikido, le dirá alguna vez al jefe, jugando sutilmente con su inteligencia.

Aikido.

Lograr que el propio poder del rival se vuelva contra sí mismo.

La oportunidad llegará, y el hombre eludirá anular al viejo. Habrá logrado su cometido: no hacer lo que estaba previsto, esta vez no.

Y eso mismo lo retendrá, quizás para toda su vida, atado a lo que ya desprecia: una serie de imágenes y sensaciones del grotesco que también se resumen en una, dos caminatas brumosas y frías.

En Ho Chi Minh pasará casi una semana, bebiendo café y cerveza, y pensando en su próximo viaje a Roma, donde se esfumará por cuatro días en un pueblo de mar que, al final, lo dejarán doblado en Termini, frente a la indiferencia de la mayoría de los pasajeros, y la distancia de alguno que pueda haber reparado en su sollozo.

El hombre revisará los correos cortos de la muchacha, antes de su viaje a Italia, con su demanda repetida.

Búscame mi amor.

Verá la noche de Can Tho, frente al Mekong, ancho y chato como ningún otro rio, parecido al Paraná, pero más aplastado y estático. Verá la luna en el cielo y sentirá el aire cálido y fluvial en la ciudad, donde pulula gente oscura y silenciosa. Aceptará el hotel caliente y pobre, y el bar de abajo donde beberá la última cerveza, caliente y pobre.

Será una semana de inacción, que terminará en el aeropuerto donde un italiano elegante avisará la hora del arribo. Una semana que lo llevará a Roma y después al pueblo de la costa, donde caminará una tarde de playa y fresca con su muchacha, antes de tomar el barco para Capri.

Todo irá hacia otra tarde, ya de vuelta, de nuevo en Roma, en donde la muchacha tirará sus monedas a la Fontana di Trevi, antes de partir sola en el tren para volver a Viena.

La muchacha viste pantalón marrón y suéter negro, ambos ajustados y siguiendo las curvas netas de su cuerpo flaco y el arco sutil de las piernas largas. Eleva su brazo con el dorso de la mano hacia arriba, con el pulgar y el índice sosteniendo una moneda abajo que, por fin, suelta en el agua. Pide sus deseos y el hombre observa su delgadez que no oculta las curvas pronunciadas, la cintura estrecha, las caderas llenas, los pechos generosos.

La muchacha suelta la moneda que queda bajo el agua playa, y que no volverá a tocar nunca más. Se separa de la moneda que lleva sus deseos hacia otros confines, a un reino de agua e intenciones.

El hombre suelta la mano de la muchacha en Termini, y ella camina por el andén hasta encontrar su vagón que no está cerca. El hombre le da la espalda y se va, siguiendo su rutina de no sostener las despedidas, pero cuando llega al final, donde yace la locomotora que trajo al tren, se vuelve. La muchacha ya ha subido.



El brazo bajo el apretado suéter negro, elevándose. La mano, con el dorso hacia arriba y la muñeca quebrada, que suelta la moneda en la fuente. El gesto.

La muchacha sonrío con agreste dicha, y deja caer la moneda al agua. El hombre se da cuenta de lo que ve en ese gesto.

Desapego.

Saber separarse.

Eso es lo que el hombre ve. Él ha pasado su vida preparándose para eso.

Unas horas después llega hasta el final del andén y se vuelve.

La muchacha ya no está allí y ocurre lo que, tal vez, nunca haya ocurrido antes. El hombre se toma el vientre y se dobla, soltando sollozos secos como espasmos.

Es una separación inexorable que el hombre no logra aceptar, ahora.

El hombre también volverá a Viena, muy poco después, no tanto por cumplir una misión idiota que conducirá a una muerte, sino por estar con la muchacha en un departamento pequeño, cerca de Döblinger Gürtel, esperando los resultados de los análisis mensuales, seis en total, para saber si vale la pena tener el pelo seco e indócil, la piel amarilla y el deseo sexual hibernando o desaparecido.

Esta vez dejará correr los días en el pequeño departamento cerca del parque Währinger, acompañando a la muchacha, subiendo a los tranvías con ella, yendo al Hawelka, donde una mujer gorda, parecida, quizás, a la del café primero, el de su

caminata calle abajo, se hará cómplice de la muchacha que está con un hombre mucho mayor que ella, buen mozo, apetecible como la torta que ella misma traerá y que la muchacha probará apenas.

Esperará el trabajo de las pastillas que estarán en la mesa de luz, sospechando que la muchacha no piensa solamente en él, porque siempre existirá el sudamericano que le provocó lágrimas en la discoteca.

Pasará los días esperándola, casi sin actuar, caminando por el barrio laborioso y apagado, muy lejos del Hilton, donde ahora se ultiman los detalles para emprender las acciones que deberían terminar con el poder de quién lo ejerció siempre: el padre del director.



Ha observado al director durante la reunión. Ha visto su energía, su pretensión contenida, su firmeza.

Desde ahora en adelante, será testigo de una decadencia tenaz, emanada de la angustia, de la intransigencia, y del influjo de un padre, receloso, repentino y despiadado, como una iguana.

Siempre recordará la elegancia del director, su preocupación por la imagen, el dejo occidental en los modos, como suele suceder en los países de oriente donde cundieron los americanos. El director todavía pone atención a las maneras, y exhibe la pretendida distancia de la aristocracia. Suele ir acompañado de su mujer y de sus dos hijas.

Una princesa.

Ella es elegante, de belleza leve y sin vacilaciones, con la seguridad del despojo y una femineidad consumada en el modo de moverse. No hay forma de que el director esté mejor acompañado que con su mujer, inabordable y ligera, bien capaz de modificar los ambientes.

El hombre no recuerda su voz. La ha escuchado, pero no se la puede representar en absoluto. Ni siquiera recuerda haber mantenido una conversación con ella, aplicado como estaba, a los intercambios de oficio, tratando de ocultar el deseo de conocerla y de seducirla, de que esa belleza fuera accesible, contradiciendo lo evidente: no lo era, y además, el riesgo hubiera sido insostenible.

Dommage.

El hombre verá, año tras año, en cada encuentro, cómo el director irá decayendo a un ritmo singular, en especial durante

las reuniones en la isla, cuando ya parecerá no importarle nada. Estará allí, frente al gran edificio, rodeado por sus custodios, echado hacia adelante, con la mirada turbia y la mandíbula tensa, mostrando más aborrecimiento que furia. Su cabeza resaltará frente al cuerpo minado, como la de un bisonte, pero sin tono, sin voluntad.

Pareces un sapo.

En pocos años será un hombre vencido, inclinado por el peso, consumido por el vino y los cigarrillos, con sus cajas de pulmones cancerosos que él no se preocupa en ocultar. Porque esa mujer lo dejará, agotada de su angustia y su ineptitud para llevar una vida.

El director se quedará sin mujer, en un departamento del piso veinte, frente al gran lago, en Ontario, ocupado en el ensueño alcohólico y en la necesidad de ir a orinar cada media hora.

Voy al baño cada media hora le dirá al hombre alguna vez en la suite de un hotel, como haciéndose cargo de lo que le está causando a su cuerpo. Tendrá largas conversaciones por teléfono, sin importarle el horario, con el jefe y otros, siempre aproximadamente de lo mismo. Se le apagará el rostro, y algunas manchas se instalarán sobre su piel opaca. Seguirá vistiendo muy correctamente su traje negro de excelente factura.

Habrà episodios de recuperación, donde aflorará alguna chispa de su antigua fuerza, y todavía se dará la oportunidad de exhibir su sonrisa, que siempre pretendió ser señorial, y que comenzará a verse morada y amarillenta.

Pareces un sapo, le dirá su mujer, que es una princesa, apiadada de su abandono y de su decisión de no estar nunca más con ninguna otra. Lo tratará como a un niño que debe ser cuidado por alguien que se haga cargo. Cosa de mujeres, pensará el hombre, aún de princesas.

Pareces un sapo, tienes que hacer algo con esa quijada que avanza sobre toda tu cara, le dirá su ex mujer, conmovida por su abandono, y porque habrá renunciado a cualquier otra compañera. ...

Ha observado.

En la noche del Hilton, hay alguien que parece inmune al tizne de un grupo de hombres puestos al sinsentido de las acciones agresivas.

El abogado.

Se quedó detrás, entre los últimos asientos del salón, y cuando lo nombraron, acotó lo que le fue requerido sin parecer ajeno.

Sin embargo mantuvo una distancia higiénica. Pudo vérselo en su rostro moreno, tranquilo, que tiene, como tantos de su lugar, la certidumbre mansa de que siempre es otra cosa lo que sucede, de que la apariencia es mentira.

Cuando el hombre sale del ascensor, después de hablar con el jefe, lo ve. Va hacia la puerta del hotel para encender su cigarrillo en la noche fría, y dedicarse a fumarlo, dispuesto a su caricia, sabiendo qué es lo que importa.

Está allí, flaco, presto para la sonrisa, retirado de la presión inútil, del desamparo.

El hombre le hace una seña desde el pasillo y se acerca.

El abogado sabe de estar, y de no estar. No como los demás. El hombre recuerda algo parecido en su manera de conducirse durante los primeros años, pero la organización, en especial el jefe, ha tenido tiempo de reclutarlo hasta hacerlo olvidar de aquella libertad.

Fuman.

Hay un acuerdo tácito de no hablar de la muchacha. Pasó la noche con ambos. El abogado sabe, y en la paz de su cigarrillo, se retira de la partida.

Es un encuentro lento entre los dos. Aún a pesar del desprecio natural que se siente por lo que es forastero, ellos, que vienen de cunas y barrios distintos, tienden a encontrarse, a comprender por qué a cada uno le ha tocado ser quien es.

Descubren, paso a paso, qué es lo que los une, qué los llevó a compartir una habitación, y, de alguna manera, una mujer que le corresponde solamente a uno.

Cariño.

Un cariño que se busca, que implica una admiración mutua, y un sentimiento compartido.

Libertad.

El jefe no habrá conocido libertad. Preso de sí mismo, de sus dolores incriptos, del juego amargo de saltar con sus hermanos sobre una cama grande y expulsada a la calle por una tía que ya no soportaba hacerse cargo de los hijos de su cuñado.

Los niños saltaban.

En la oscuridad de un barrio cualquiera, parecido a donde le tocó criarse al abogado, en el medio de la vereda, ante el asombro de ser abandonados en la nave de una cama en la calle, tres o cuatro niños saltaban sobre el elástico muelle, sobre las frazadas, que siempre podían cobijarlos.

Un juego. Algarabía.

Y una grieta, siniestra y árida, que empezó a crecer en el jefe hasta quitarle la libertad de elegir ser otro, pero no la de poder contarle esa historia al hombre, alguna vez, cuando la fatiga dio lugar a la confidencia.

Cariño.

Grieta.

El padre llegó del trabajo, tarde, como cada día. Encontró buena parte de sus hijos allí, sobre la cama nocturna, en la calle.

Entró y miró a su cuñada. No dijo palabra. Siguió hasta la casilla de su dormitorio de madera y apenas se llevó los documentos.

Después caminó con esa buena parte de sus hijos, casi la mitad, hasta una casa, tal vez a cinco cuadras, y tocó el timbre.

Si no me ayudás con los chicos, no me queda otra que ir hasta la vía y tirarlos, y después tirarme yo.

A los chicos dejalos aquí, vos hacé lo que quieras, dijo la mujer, todavía joven, que los chicos llamarían tía, después.

Hubo mate cocido, comida suficiente, y camas prestadas, como tantas de las que conocería el jefe durante el resto de su vida, hasta estos días brumosos, de invierno, en que acaba de escuchar al hombre decir que no puede comprometerse esta vez. Que no sabe.

El hombre oyó al jefe aquella tarde, hablando de la cama en la calle oscura, de las mudanzas, del mate cocido y del pan.

Entendió su humor de contarle que muchos años después, cuando ya era *el jefe*, le preguntó a su padre si lo que había escuchado esa noche era así, si no era producto de su imaginación de niño.

Fue así, tal cual, dijo su padre, que prestaba atención a un pájaro.

Y, de verdad, ¿te hubieras tirado debajo de un tren?

Y qué otra cosa podía hacer, si no tenía un cobre para comprarme un revólver.

El jefe hizo el alto necesario para ver al hombre reírse.



Grieta árida. Trabajando sobre un estómago que ya ha dejado de aceptar el alcohol y las salsas.

Nuestro destino es el del guerrero. Somos guerreros por nuestra incapacidad para el placer, le dijo el jefe al hombre.

El hombre hizo silencio.

¿Yo estoy hecho mierda, no? Esa vez el jefe salía desde Toronto hacia Quebec en auto, y estaba sentado sobre el maletín metálico en medio del aeropuerto. El hombre estaba de pie, a su lado. No había humor, era el reconocimiento de la certidumbre de siempre: el hastío.

Y las acciones necesarias para contrarrestarlo, cualesquiera que sean. No importaba lo que iba a hacer el jefe a Quebec, (el hombre apenas lo recuerda). Lo que importó fue que el jefe hizo el largo viaje en un auto rojo y que fue sorprendido por una tremenda tormenta de nieve que fue apagando lentamente el camino y la visión hasta obligarlo a detenerse al costado de la ruta, con el temor a ser embestido por algún vehículo que no lo viera, y otro peor, morir de frío dentro del auto.

Fueron diez largas horas donde la inacción de estar allí, detenido en la oscuridad blanca y ciega, lo hizo consciente de su fragilidad, algo que siempre despreció, y de la cual ha culpado a su destino de cama echada a la calle, de pan y mate cocido, y de incomprensión de lo que había a su alrededor. La quietud siniestra de esas diez horas compuso la acción de la tarde y la noche

donde la nieve parecía ocuparlo todo, blanca, lenta, inexorable, incapaz de notar un jefe en medio de su desmesura.

Aquéllos fueron los actos dispuestos contra el hastío, eficaces como tantos otros. Alguna vez el hombre pensará que para eso se han declarado las guerras. Son apenas batallas de una guerra general: la guerra contra el hastío.

El jefe exhibe el hastío en sus gestos, en su carácter donde una fuerza de voluntad feroz hasta la extenuación, sujeta el tormento de entender todo como una locura de la que no se puede salir.

Está completamente loco.

Y sin embargo se ha hecho tiempo para la risa. El hombre lo ha visto soltar alguna carcajada genuina, frente a hechos donde siempre hay un residuo de error y sufrimiento, donde alguien queda expuesto y sin recursos: ridículo. El jefe se ríe, a veces, del dolor ajeno, del desamparo, con sorna y a carcajadas.

Ridículo, como su delgadez, su incapacidad de digerir el alcohol y las salsas, pero más que nada, como su esfuerzo inagotable para que las acciones no decaigan.

Fueron carcajadas cabales, salidas desde el vientre, desencadenadas como las cataratas, y fugaces como un relumbre.

El abogado sabe de hastío, pero su acción es observarlo. Ponerlo en evidencia como un objeto, algo sin vida, sin voluntad propia, que pierde toda capacidad cuando se lo sitúa allí afuera. Por eso tal vez comprenda y haya aprendido a acompañar, especialmente al jefe, pero ahora también al hombre, con el que fuman juntos en la puerta vidriada del hotel, bajo el frío al que se le ha vedado la entrada a los salones huraños.

El abogado fuma mucho y tiene la dentadura muy blanca. Contrasta con su piel morena y sus rasgos filosos, a medio camino entre lo criollo y lo inmigrante.

Voy a ser el testigo de casamiento, le dice al hombre.

Ambos ríen.

¿Qué otro, más que yo, puede ser el testigo?

Ni hablar, sos el único que puede ser testigo.

La actitud del abogado es la misma de esa mañana cuando desayunaban juntos con la muchacha y establecían naturalmente la prioridad del hombre sobre ella, la total prioridad

justificada por un amor echado a andar con la fuerza sísmica de una locomotora.

Con esta me caso, ¿no es cierto?

Es piola la flaca, ¿por qué no?

El abogado no sabe que está enferma, que hay una o dos muertes rondándolos, pero da lo mismo.

Es piola la flaca.

Cool.

Las latas de cerveza que dentro de algunos días va a consumir el hombre en Vietnam, con esa pátina de rocío sobre el metal, cool, como la necesidad de serlo en las putitas tenues de la discoteca.

Fresca. Así se verá la muchacha en el libro de poemas, bajo el agua, sensual, con la piel blanca, captada por la cámara de su amiga que se ha enamorado de ella, como el hombre, como un sudamericano que le provoca lágrimas, y como podría haberse enamorado un médico alemán que la dejó comer crema helada en el patio de la clínica, si no se hubiera quedado con su madre, más morena, más asiática, y con las ganas de vivir que su padre nunca pudo satisfacer.

Está completamente loco.

Lo ha dicho el jefe infinitas veces. Era su frase. Ahora el tiempo parece haberla retirado de sus diálogos. Tal vez sean los años, que se ocupan de suavizar las asperezas.

El jefe ha visto el sinsentido, en especial en sus subalternos que deben seguir sus directivas. Y hasta en el abogado, que no debe, pero que lo acompaña siempre, apoyándolo como un amigo oficioso, capaz de intervenir con su profesión cuando es necesario.

Nunca lo es, en verdad. Sirve para mantener la apariencia de una lógica que conduce no importa a dónde, pero que conduce.

Anular al fundador.

Está completamente loco.

El jefe lo ha dicho del propio abogado, y hasta del gordo cuando le tocó destrozar placares por completo. Parecía disfrutar al verlo al gordo hacer eso. Esa alegoría abrupta, sin paliativo, de lo que termina pasando, le provocaba un goce oscuro y lo hacía reírse por dentro.

El gordo desguazaba el mobiliario rompiendo con precisión lo que hiciera falta, paso a paso.

El gordo es tan capaz de destrozar un mobiliario como incapaz de emprenderla contra otras cosas que ama. Se mueve como un bailarín entre la colección de estatuillas de cristal de su departamento, que exhibe siempre con alguna explicación de su origen o de sus características. Eso ama, y el canto, del cual cree hacer partícipe al hombre, a quién, a fin de cuentas, no le importa si lo hace bien o mal.

El hombre fomenta el canto del gordo y tiene paciencia porque sabe que eso le ha hecho ganar sus favores. Ha tomado mate con él, cuando el gordo lo ha querido, como aquella vez que despertó de la fiebre en la capital de Corea del Norte y se encontró frente a él, pava en mano y entonándole alguna canción clásica con su voz de contralto.

Está completamente loco.

Para el gordo, el hombre es casi sagrado, como los cristales, el canto, o el mate, aún más que el jefe. Por eso se retirará antes que todos, tal vez a tiempo.

Esta vez, el gordo no lo acompañará a Ho Chi Minh, donde el hombre pasará los días despreocupado de lo que debía hacer: conectarse con el alfil.

El hombre lo conoce. Estuvo con el alfil una tarde, encerrado en un cuarto de hotel, tal vez en Tesalónica. El alfil había salido de la prisión en su propio país. Estaba sentado en el gran sofá de su suite, con la puerta de la habitación abierta. Lo que ocurría allí estaba expuesto al que pasara.

Al hombre le pareció extraño. El alfil lo vio y lo invito a entrar. Al hombre no le quedó alternativa. Fue una conversación incoherente, sin un sentido estricto. El hombre estaba acostumbrado a los rodeos, era el modo de los orientales. No había meollo, más bien lo que parecía haber en esos encuentros, era una idea general de la meta y la conversación servía para conocer, reclutar, fascinar, asustar, según le pareciera al que la proponía, hasta llegar aproximadamente a su objetivo.

El alfil nunca llegó a ningún punto. Solamente hablaba de cosas diferentes e inconexas. El hombre esperó por más de una hora.

No le temía.

El rostro del alfil se había endurecido. Era normal después de cuatro años de prisión en la jungla. El mechón de pelo negro e indócil seguía cayéndole sobre la frente, conservándole parte de su viejo aire de niño.

Era inquieto y se había apurado con los negocios. Hizo la compra para Vietnam. La entrega nunca llegó. Ese país, su país, no se lo perdonó.

El alfil le dijo que su celda era un pozo húmedo, cerca de los arrozales, y que su único amigo había sido un sapo.

Dijo que el sapo lo venía a visitar, y fue, solamente, a ese animal a quién podía hablarle. Dijo que fueron esos diálogos los que lo habían salvado de la locura.

El hombre, con gesto impasible, le preguntó si le había puesto un nombre. “Si es que ya no tenía uno”, agregó enseguida con aire de sensatez.

Después se retiró con cierta extrañeza por no haber hablado de nada, aparte de la celda y del sapo. Se sintió incómodo al dejar la puerta abierta.

El alfil es una pieza importante y el director quiere saber de qué lado jugará, le dijo el jefe.

Seguro que para el del sapo, contestó el hombre.

El alfil siempre quiso jugar para el mejor postor, y para el que le diera mayor libertad. No son atributos del director, y el hombre sabe, casi desde el primer momento, dónde se situará el alfil. El alfil no es ni volverá a ser el mismo, después de la prisión en su propio país, por no cumplir con su parte del trato. No se preocupará en conectarlo en Ho Chin Minh. No querrá volver a hablar del encuentro entre un batracio y un humano cautivo en un pozo vietnamita.

Está completamente loco.

El hombre preferirá dedicarse a la cerveza fresca y los paseos por las avenidas de grandes árboles, y la costa empobrecida del río. Y a pensar en la muchacha de la que recibirá diariamente un correo que lo conmina a buscarla.

No hará contacto con el alfil. Dirá que no le ha parecido conveniente, que hay que tener paciencia. Que hay que hacer aikido.

El alfil, finalmente, va a jugar para el que le terminará dando más libertad y mejores utilidades. Tendrá poder. El jefe y el hombre se preguntarán hasta dónde llegará el poder del alfil, y se asombrarán de lo que puede alguien que ha sabido comunicarse con un sapo en un pozo enrejado y húmedo en la jungla.

El alfil que es ~~delgado~~, y de movimientos rápidos y nerviosos, tendrá poder o parecerá tenerlo. Se convertirá, con el tiempo, en la principal figura del adversario y terminará su vida sepultado bajo los escombros de su hotel, en Puerto Príncipe.

El jefe no se reirá de la noticia. No deberá reprimir una carcajada.

Demasiado cerca.

Él mismo ha acumulado poder y también, de alguna manera, jugará de alfil para el director. Pero sabrá dosificarlo y hacerse transferir ese poder lentamente, para que el juego del sinsentido se vaya afianzando hasta convertirse en algo por lo que valga la pena vivir.

Estaba completamente loco, llegará a decir con el tiempo del alfil. Y tenía que terminar así, bajo algunas toneladas de escombros, repetirá, mirando al gordo que habrá acabado de deshacer una cómoda para registrarla.

Tziganos.

El hombre piensa en el gordo y su manera de romper las cosas. Lo hace sin apuro, como siguiendo un ritual, que alterna esfuerzos concentrados para arrancar trozos, con otros, extendidos, para vencer la resistencia del objeto y desgajarlo. Todo siguiendo un método, como si pretendiera darle un valor adicional a esa parte de su trabajo. El gordo seguramente no gusta de otras funciones que debe cumplir. El hombre sabe que bajo el aspecto fiero del gordo se esconde alguien al que no le agrada lo que tiene que demostrar, y que prefiere rehuir las acciones, en las que el hombre se ha mostrado implacable.

Recuerda al gordo siendo vencido por alguien menos fuerte. Recuerda la actitud del gordo, su mirada después de caer al suelo. No era miedo, aunque podía parecerlo. Era desamparo. Un amargo desamparo por formar parte de algo desagradable, dañino. Los ojos del gordo contenían lo mismo que la muchacha

pobre de Pyongyang, aquella que corría con su pierna atada a la de él, en un edén más siniestro que ridículo.

Busco mi lugar en el mundo, le ha repetido muchas veces al hombre.

Por eso el gordo se retirará, tal vez a tiempo, y hablará de eso como de un recuerdo lejano, como experiencias que le han servido para ser quién ha llegado a ser.

El gordo puesto a destruir objetos parece intentar evitarlo. Procura darle a la destrucción un carácter necesario y ordenado, artesanal. El gordo utiliza y muestra su poder, pero desea otra cosa.

Hay algo profundamente femenino en el gordo, algo que el hombre ha visto y acepta.

El gordo se da cuenta que sabe y por eso se apoya en él, que es todo lo que puede conseguir. El hombre administra su carácter de imprescindible para el gordo, y no por eso se aprovecha de él.

Lo evita.

Porque no soporta el reclamo constante, ni el rito de la destrucción, aún a manos del gordo.

Tziganos.

La muchacha usa esa palabra. Él se pregunta por qué no lo dice en alemán. Los tziganos rompieron todo. Quedó hecha un desastre.

La muchacha dice tziganos y se ríe con una sonrisa que se vuelve renga por su incisivo mutilado. Hermosa.

Parece situarlos muy lejos de su tradición, de sus costumbres.

Mi abuela les prestó la casa para que la cuidaran mientras ella estaba en Sofía. Los tziganos no dejaron nada en pie. La casa estaba en el pueblo. Había un monte de ciruelos y manzanos que siempre daba fruta, y cuando fuimos a registrarlo estaba destruido. La mayoría de las plantas estaba seca o enferma, y no había nada de fruta.

Fue una buena idea de mi abuela. Una de las ideas geniales de mi familia paterna, darle la casa a los tziganos para que la cuiden.

La muchacha se ríe, mostrando su diente trunco y entornando los ojos. El hombre comienza a conocerla.

Apasionada. Capaz de reírse de los inquilinos gitanos y de servir mierda en un almuerzo.

El hombre empieza a comprender ese humor, ese olvido.

La muchacha se deja llevar por su ingenio. Tal vez también se esté enamorando del hombre y se quiera poner en los brazos que parecen fuertes, seguros. Hay tiempo. El sudamericano parece estar demasiado lejos como para ensombrecerle el rostro y volverla una niña que reclama.

Es el tiempo de los análisis. Hay lugar para las ocurrencias de la muchacha durante ese período en que esperan los resultados mensuales. Pasean por el barrio pobre de Viena, donde en cierta calle comienza el oriente.

La muchacha camina detrás del hombre, con actitud grave, como si no quisiera o no debiera hacerlo a su lado. Es el oriente.

Están algo cansados de andar. Ha pasado el mediodía. Hace un buen rato que no hablan y que la ausencia de conversación ha comenzado a pesar.

Ella se da cuenta.

La muchacha, al paso de las tiendas pobres de repuestos usados, en medio del ostensible silencio, hace gorgotear el moco con una poderosa inhalación. Después exhala tensando el abdomen, juntando el producto de esa inhalación, en la base de la garganta con otro gorgoteo corto y enérgico. Escupe ferocemente con los labios tensos y circulares, emulando el sonido de sacar un tapón.

Un asco.

El hombre atiende a la grosería y, al instante, escucha la carcajada de la muchacha detrás de él.

Ríe también.

Un buen “gallo”, dice casi enseguida.

¿Un gallo?

Eso mismo. Te echaste un buen gallo.

Tziganos.

Esa tarde comen en una plaza, después de cansarse paseando, el queso y el fiambre que la muchacha ha comprado en los negocios pobres.

El hombre ve cómo se va apagando, cómo se enfría el día junto a una muchacha que ha vuelto a ser silenciosa, que retira despacio su mirada a un lugar de sombras y de futuro casi extinguido.

El vino barato tiene el regusto ácido de la deshora, y de la búsqueda de algo que siempre ha sido fugaz y difícil: el olvido.

Después la muchacha lo acompaña hasta el pequeño departamento, y entra con él en lugar de volver a la casa de sus padres, como estaba previsto.

La muchacha lo lleva a la cama y le baja los pantalones con suave seguridad, concentrada, como desentendiéndose del hombre.

Comienza a acariciarle el sexo. Lo hace con convicción, lenta y acompasadamente. El hecho de observar a la muchacha y a su propio sexo lo excita. Ella eleva el rostro y lo mira con ojos remotos, y elocuentes.

El hombre sabe que no hay ocasión de ingresar a su cuerpo. Ella no lo desea. Se consagra al deseo de él, porque no puede exponer su cuerpo apagado.

El hombre llega a saciarse rápidamente, como aquella vez en el cuarto que le tocaba compartir con el abogado.

La muchacha puede con el hombre.

Después se irá, dejándolo, vacío y triste, entre las paredes grises y la humedad del invierno que parecerá haber entrado en el pequeño departamento.

Tziganos.

¿Cuán separada está ella, están los suyos de los gitanos? ¿Cómo habrán teñido los gitanos la cultura de los Balcanes?

Tendrán tiempo de bailar una noche, poco después de ese paseo, en la casa del padre de la muchacha, al son de los violines y las trompetas, la alegría ramplona y potente de la música de los Balcanes.

Será en el departamento mustio del padre poco aficionado a los negocios y cansado de haber soñado con una sociedad mejor.

La costumbre será ingresar descalzos para no ensuciar, pero el departamento siempre tendrá una pátina de polvo, de abandono.

El hombre conocerá al padre y su erudición en asuntos de equilibrio internacional. Será cortés y distante con el hombre. Él notará su desengaño por la revolución desbaratada a manos del poder y la desidia. Por su nueva pobreza de ingenuidad y malos negocios.

El hombre rubio y cansado tendrá que aceptar al amigo de su hija, apenas más joven que él. Serán dos parejas, la del padre y una mujer muy rubia, de acento difícil y ojos permanentemente sorprendidos; y la muchacha y el hombre. La novia del padre casi no hablará, y cuando lo haga, será en un tono monocorde y demorado, siempre con los ojos muy abiertos, como los perros que no terminan de comprender sus propias demandas.

Bailará bien, dejando curvar su delgadez con los movimientos corteses y sugerentes de sus largas piernas. El padre bailará ensimismado, sin vulgaridad, recordando que perteneció a una familia acomodada y fiel al régimen que debía instaurarse.

El hombre observará los pasos seductores de la muchacha, que operarán desde abajo, con un conocimiento cierto de cómo hay que actuar para complacer, para conseguir la atención y el deseo de un hombre.

Ambos se dispondrán al juego.

Ella sabrá hacerlo, danzará dispuesta y en su gesto estará la sugestión del misterio femenino, su poder y su necesidad.



Es piola la flaca.

El abogado y el hombre terminan sus cigarrillos en la puerta invernal del Hilton. Es la última noche del hombre en Viena.

El hombre decide salir a caminar para sentir la pureza del invierno, el aire frío que parece limpiarle los pulmones. Va en dirección contraria al centro y, enseguida, encuentra un puesto móvil donde hay salchichas y cerveza.

Clochard.

Lo atiende el gordo replicado que vende casi las mismas cosas en todos los negocios de comida rápida.

Clochard. El hombre se detiene junto al pordiosero que ordena la salchicha más barata, acompañada de chucrut y pan. Pide lo mismo que él y, mientras espera, observa como come el pordiosero. Ve la sección de la salchicha, mordida y gruesa, donde hay una veta blanca. Podría ser queso, fantasea, pero es grasa blanda. No importa, se dice, hoy me va a hacer bien. Hace frío, y a pesar de la muchacha, sabe siempre hacia dónde va desde que camina calle abajo, no lejos de allí, hace dos días.

Un Clochard: un eterno extranjero, aún en su propia ciudad, en sus calles y sus precarios refugios de invierno, que no dejan de cambiar. El hombre está junto al pordiosero, compartiendo con él una salchicha con cincuenta por ciento de grasa y repollo ácido. Cuando vuelve al hotel descubre la mirada atenta del uruguayo linfático, que sigue sentado en la cafetería, y que intenta comprender de qué se trata. El hombre percibe la avidez del

uruguayo que no se atreve a preguntar directamente, porque no sabría qué.

El uruguayo trabajará mucho tiempo para la organización, y el hombre aprende a aceptarlo como es desde ahora, lento e incapaz de tomar decisiones, pero confiable, especial para la retaguardia.

Más de una vez, el uruguayo querrá acercarse, trabar una amistad. El hombre se mostrará atento, pero no le permitirá pasar de un límite que le ha asegurado distancia y puertas abiertas. No será porque el hombre quiera comportarse así, sino porque, desde hace tiempo, no puede comportarse de otra manera.

Puertas abiertas.

El hombre se para frente a las compuertas del ascensor.

Siempre igual y, sin embargo, la repetida sensación de incertidumbre, de estar decidiendo cada instante.

Hace muy poco, dos horas, el hombre, también frente a las compuertas, trataba de hilvanar sus pensamientos antes de llegar a la habitación del jefe.

Se abrieron las dos placas gruesas de metal y el hombre entró con un paso. El trayecto en el ascensor no tuvo ninguna duración, porque ya no había nada que pensar, ya se estaba en la acción, la propia.

Mirá, no me puedo comprometer esta vez, no me gusta, creo que voy a ir a Vietnam para ver qué va a hacer, y si puedo, vencerlo, ya me conocés, voy a intentarlo, pero no me gusta, es una mentira, vamos a destruir un montón de trabajo, le dijo al jefe hace dos horas.

Puertas abiertas, como estaban en la habitación del alfil hace tiempo, atormentado por los años de entierro húmedo y selvático, que finalmente no se incorporará a las filas del director, y que acumulará un inesperado poder en el grupo que dirá haberse mantenido fiel al fundador: al padre.

El alfil, que acechaba a cada instante las puertas abiertas de su habitación, acumulará casi todo el poder del otro grupo, y en medio de ese clímax, quizás todavía perseguido por la opresión de su pozo y su amigo pardo y húmedo, morirá aplastado por la

montaña de escombros de su hotel desplomándose completo, en Puerto Príncipe.

Puertas abiertas, aunque no haya a dónde ir.

No siento que pueda hacerlo. No me gusta, disculpame, sé que debería jugar a fondo ahora, pero siento que estamos arruinando tanto esfuerzo. Y no le creo nada a nadie.

El hombre se dio cuenta de que en esa última frase había una grieta, un quiebre con el jefe, porque era claro que él estaba incluido. El hombre experimentó dolor, no podía complacer al jefe y puso en duda el sentido de todo su trabajo.

¿Yo estoy hecho mierda, no?

Perdoname, pero tengo que reflexionar y después veré lo que hago. Te lo voy a informar primero que a nadie, pero no puedo comprometerme a apoyarte. Es lo que quisiera, pero no puedo mentirte, ni mentirme.

Mintió.

Lo supo detrás del pensamiento, y se sintió encerrado, con la ilusión de dejar las puertas abiertas.

Por eso siempre se halla caminando bajo la bruma del invierno, calle abajo, con frío y vejez incipiente, con un cuerpo que da muestras de empezar a separarse de él. O vuelve de un desencuentro con una muchacha de figura difusa, tratando de confirmar unas estatuas extraordinarias, que podrían ser solamente fruto de su utopía.

Allí están, en la plaza irregular y pequeña, en la encrucijada de tres calles que vienen inclinadas, como vertiéndose en el dique de la plazuela; allí descansan los tres grupos escultóricos de hielo, de excelente acabado, que no son una fantasía, o tal vez sí

El jefe hizo silencio. El hombre esperó la voluntad negra del rechazo en su mirada. Ya la conoce. Ha visto, en su mirada, cómo sitúa el jefe a su adversario, cómo se dispone apagadamente a su destrucción. El jefe repudia al adversario de ese modo porque sabe qué es el dolor, y que el adversario es capaz de infligírselo.

No me jodas viejo, ¿es verdad que te ibas a tirar abajo del tren?

Y qué quieres que hiciera, si no tenía un cobre para comprarme un revólver.

El hombre esperó eso, no con miedo. Lo esperó con tristeza, porque en el fondo, siempre supo que siente afecto por él

y su noche de cama abandonada en la vereda. No es compasión, es conocimiento.

El jefe hizo silencio. No había fiereza en su mirada, había vacío, y apertura. El jefe no va a cambiar su modo de operar, ni su objetivo, cualquiera que fuere, pero tampoco va a situar al hombre del otro lado, el del enemigo.

Tal vez él también sienta afecto, y comprensión por la manera del hombre, de su andar solitario y su capacidad de destruir contenida por un cansancio que empezó temprano, que empezó a sentir frente a un edificio extemporáneo, con ventanas rectangulares y grises, en donde tocó el timbre en vano, dos veces y media.

El jefe, con gesto blando, en silencio, asintió. Y esperará, quizás con la certeza de que el hombre, finalmente, va a operar como él lo prevé, porque ya no hay forma de aprovechar las puertas abiertas.

El saludo fue difícil. Han sido tantas las ocasiones en las que el jefe ha tratado de retenerlo que el hombre está acostumbrado a obligarse y permanecer donde está. Siempre ha querido irse, aprovechar las puertas abiertas, pero la incapacidad lo ha superado la mayoría de las veces. Aún se revuelve contra la domesticación que impone el sistema, encarnada por la voluntad oscura del jefe, por la pérdida, en dosis, de la propia libertad. El hombre, alguna vez, observará a los perros cuando se acercan a un límite en el terreno que no deben rebasar y se detienen, como si allí hubiera algo real y cierto. Han aceptado esa valla psíquica, han sido domesticados.

El hombre, esta vez, no cumplirá con su misión, no hará falta. La muerte que opera siempre, se encargará de completar el circuito, de poner las cosas en el lugar pretendido, que, de cualquier manera, no producirá el efecto esperado.

Tiene razón. Mucho se perderá. Pero eso mismo impulsará a todos, especialmente al jefe, a aumentar la presión de las acciones, a operar indefinidamente, para darle sentido a una fantasía.

No verá más a los dos orientales, malignos e idiotas, que fueron a buscarlo. Apenas una o dos veces, todavía, al alemán de anteojos con montura de metal, que, quizás, se retirará a tiempo, como el gordo. Una vez más, al alemán de cuerpo musculoso,

eficiente e imperturbable, que lo saludó al final de la reunión con su inusual apretón de manos. Será en la Mariahilfer strasse, en compañía del grupo que quedará del otro lado, donde sobresale el holandés que dirigirá, cuando se precipiten los hechos, y que disputará el poder con el alfil, hasta que haya desaparecido bajo su montaña de escombros.

Habrán impostada camaradería. La necesaria para un encuentro de dos grupos en la calle compuestos por gente que ha trabajado junta, y que comienza a ser enemiga.

Puertas abiertas.

El hombre, por fin, decidió salir de la habitación del jefe. Andá, le dijo el jefe, hacé lo que sientas. Pareció sincero.▲



El hombre vuelve a su habitación a ducharse. Otra vez el ascensor y la mustia libertad de la noche que queda por delante, antes de partir de Viena.

Siempre ha sido cuidadoso con el gasto de agua. Forma parte de su genio. Esta vez la deja correr más que de costumbre, muy caliente, para que penetre la profundidad de su cuerpo.

Quiere olvidarse y ver a la muchacha. Es su última noche en la ciudad.

Te amo, le gritará muy pronto, a la mañana siguiente, desde el estribo del autobús que lo llevará de nuevo hasta el aeropuerto, donde hoy le ha comprado jabones.

Se van a encontrar en el centro.

Se van a encontrar lejos del departamento que ocuparán los próximos meses, cuando arrecie el tratamiento, después de su cita en Termini, donde el espectro de un beso en el café Ciao, sellará en la memoria del hombre, una juventud maquillada de mujer, imposible de relacionar con el mal que anda por su sangre, y que se ocupa de erosionar su hígado.

No será igual a ese encuentro, en el Ciao, que definirá el amor, después de tantos mensajes cortos recibidos en Vietnam, donde todo parecerá un vínculo adolescente para practicar la lengua y fomentar el juego. El hombre recibirá todos los mensajes en español y notará, apenas, cierta vacilación en las construcciones, que irán bien con la edad de la muchacha y la manera con que debería concebir el sentimiento.

Búscame, mi amor., dirán los mensajes de los próximos días de Ho Chi Minh, muchos bajo la luna de vidrio, cerca del río de aguas agotadas de tanto viaje que yacen espesas, antes de echarse al mar, fecundando los arrozales y las luces modestas de la gente que resuma en las orillas.▲

Ella está en la salida del metro, en Stefanplatz. La muchacha, ahora, se ve prematuramente cansada.

Se abrazan.

Qué querés hacer, pregunta él.

El hombre le propone volver a la discoteca donde hace dos noches se encontraron por primera vez, ella bajo una arcada, él con la que, creía, era su última cerveza.

La muchacha duda.

El hombre insiste. Tengo ganas de ver ese lugar de nuevo.

Está bien, pero antes déjame entrar sola. No quiero tener problemas, responde ella.

El hombre comienza a enterarse de la razón de aquella lágrima y el desamparo de la muchacha bajo el arco que separaba los salones. Es otro sudamericano que ha comenzado a *rechazarla*.

El hombre empieza a entender lo que significa eso para la muchacha, que fue niña solitaria de una escuela, en donde debía pasar la mayor parte del recreo sola, haciendo diseños con sus manos, o en un hospital alemán, frente al paredón severo del patio, antes de comer su primer helado y después de la ambulancia que la condujo medio muerta por la voluntad de su madre.

Ella, su madre, lo logró, y pudo verla jugar de nuevo con sus diseños, en compañía del médico que se convirtió en su hombre.

La muchacha se ha criado tratando de evitar ser rechazada, haciéndose seductora, y disponiéndose a cualquier sugerencia que signifique acelerar la vida.

Tal vez por eso viajó a La India cuando tenía apenas quince años, junto a su novio de entonces, que apenas recuerda ahora.

Y después a China donde una medicina milenaria podría tener una solución para su enfermedad.

El hombre se enterará de esos viajes por ella, e imaginará a la muchacha en Benarés, bajando a los gaths la primera mañana en compañía de un adolescente que poco entendía lo que pasaba.

La muchacha le referirá cómo entró al río donde se mueven las lavanderas azotando una y otra vez la ropa, donde caen los restos de los crematorios, donde navegan canoas y embarcaciones más grandes.

Luego, cómo se sumergió en el agua verdosa y translúcida, enfundada en una túnica que se le adhería a la piel, procurando frescura para los fuegos minúsculos que todavía la dejan amarilla.

La imaginará copiando las abluciones que hacen los hombres, apenas tapados, y bebiendo un trago del agua sagrada para facilitarle el acceso al interior de su cuerpo. Estaría concentrada, soportando el asco en silencio, buscando el mejor efecto del río sagrado, promiscuo, al que todo un pueblo dirige sus angustias.

La muchacha le relatará cómo resistió la natural aversión al agua donde cunden la mugre y los desechos, y que sin embargo, logra mantenerse casi transparente.

Y cómo, después, salió del agua, habiéndolo intentado, con la convicción de que el efecto no sería ninguno.

Cómo se disgustó con el novio que apenas aguardó a que ella hiciera lo que fue a hacer y que, seguramente, no comprendía.

El hombre imaginará que quizás el novio entró al agua para acompañarla o, eventualmente, purificarse también. Habrá sido un muchacho desorientado por la distancia que sabe imponer la muchacha, y que el hombre experimentará, tiempo después, en una disputa dentro de un auto, donde ella negará implacable, haciéndole notar al hombre qué es lo que importa, aunque él se desespere.

El novio de la muchacha solamente habrá servido para acompañarla a la India, para que alguien se ocupe de ella que salió del país ante la impotencia de sus padres.

Después fue a China, tenía diecinueve años.

Estaba sola. Caminaba por los amplísimos pasillos de la universidad. Se sorprendía del tamaño de los recintos. Todo le parecía desmesurado. Se preguntaba si podría encontrar algo en semejante espacio. Había asistido a los prácticos en el laboratorio, pero ninguno de los trabajos tenía relación con su problema. Sin embargo podría echar mano de su seducción, de su compostura de niña correcta que sabía pararse con los dos pies alineados y juntos. Trataría de relacionarse con esa gente atenta y ambigua. No era fácil, se dio cuenta de que no le alcanzaría el tiempo, pero no descartaba la capacidad de esa ciencia para ayudarla. No quería perder las esperanzas. Buscó en la biblioteca, pero solamente podía consultar libros occidentales, eran muy escasas las traducciones de libros chinos, y los que ella había encontrado, hablaban de generalidades

Hay muchas cosas que no sabemos, le dirá al hombre en medio de su relato mientras él imagina las escenas.

Es una medicina que funciona hace cinco o seis mil años; mucho más tiempo que la nuestra. Volveré a China para saber más

El de China fue un viaje corto, y el hombre recordará esos detalles, un poco entre brumas, como las de su fría caminata en la mañana de Viena, que no recuerda, sino que vive como una representación de lo que fue y será su propia vida.▲



Está bien, pero déjame entrar sola.

Es la última noche con ella y han llegado hasta la esquina de la discoteca. Es otra esquina gris y la luz de la calle le da un aspecto crepuscular, como si todavía no hubiera oscurecido del todo. Él comienza a perder el deseo de entrar.

La muchacha va para asegurarse de que alguien no esté allí y ellos puedan estar tranquilos.

El hombre no lo estaría en ningún caso. Entiende que hay quien puede provocarle lágrimas a la muchacha. Que no está solo alrededor de ella. Aún no entiende que ella es capaz de ser implacable y rechazarlo sin contemplaciones, haciéndole ver qué es lo que le importa. Lo hará dentro del automóvil, tiempo después, negándose a hacer lo que él le pedirá: que se vaya con él. Lo mirará con una dureza que el hombre no conoce, despreciará su angustia y lo dejará vacío, tratando de convencerse que la única salida a su dolor es el inconcebible olvido.

La muchacha vuelve con paso rápido.

Será mejor que no entremos, dice, con un léxico que suena impersonal.

El hombre percibe cómo la muchacha es capaz de escindirse y procurar armonía frente a la presencia de dos hombres alrededor de ella.

El hombre aísla el desagrado. No quiere reconocer la desazón que pueda causarle la muchacha, que pueda sentir él mismo, porque sigue *enamorándose*.

El hombre quiere poseer a la muchacha, que le pertenezca, que se entregue, como se entregó su mano huérfana sobre la mesa de la pastelería. No quiere otra mano que no sea la que tiene un meñique apenas trunco, con el esbozo de una uña.

Algo ha quedado dentro de la discoteca, un chileno, una sombra de cuerpo quizás alto y delgado, con el cabello largo y la actitud de un inmigrante obligatorio por culpa de los regímenes latinoamericanos. Tal vez un intelectual pretensioso, con el resentimiento natural del que ha tenido que huir de su país, volcado sobre una muchacha enferma, que, con sus lágrimas, se ha encontrado a otro hombre, duro, más viejo, con el aspecto de poder cuidar.

El hombre nunca sabrá, a ciencia cierta, cómo es quien ha quedado dentro de la discoteca.

Caminan un tramo en silencio. No te preocupes, no quería que pasáramos un mal momento. Es un idiota al que no le importa nada. Fue mi novio.

Las veredas se hacen largas. Finalmente el hombre le propone que vayan de nuevo al restaurante del sótano, en pleno centro de la ciudad. Ella accede, pero ninguno está con ánimo de comer y conversar. Son veredas que el hombre olvidará, grises y de invierno, pero, más que todo, vacías de contenido porque la muchacha, por el momento, se ha convertido en otra, aplomada y ajena.

Se sientan en una de las mesas que se alinean contra el largo muro de bloques de piedra caliza. Hay poco público y al hombre le parece diferente, como si no fuera el mismo lugar de apenas una noche atrás.

Él habla. De nuevo cree estar frente a una niña que se ha empequeñecido como un cachorro flaco arrollado sobre sí mismo. Ella atiende, buscando en el diálogo algo que la consuele, que la saque de la situación.

Apenas asiente. Él ensaya una energía que no surge genuina, y se ríe.

Por favor, llévame a tu hotel, dice con voz trémula la muchacha.

Pagan enseguida y salen a paso rápido. El hombre se da cuenta que lo único que necesitan es dormir juntos, estar bajo la tibieza del mismo lecho, abrazados y solos en el mundo, aunque

sea por esa noche, que es la última de un fin de semana. El fin de semana en el que ocurre la caminata donde se resume la vida de un hombre, que sabe cómo serán las cosas.

Llegan al hotel, que también parece otro, cuadrado y gris, y suben enseguida.

Ella va primero al baño. El hombre escucha el agua de los grifos fluyendo y espera. Se pregunta cuáles serán los actos de la muchacha allí adentro. Le gustaría saber, que ella le permitiera saber, y tal vez compartir esa intimidad, en la que una muchacha que se ha achicado tanto, se acomoda para pasar la noche con él. Ese que quizás puede hacer lo que no han hecho, o no han sabido hacer otros: ocuparse de ella, como un verdadero hombre.

La muchacha se ha quitado el maquillaje. Vuelve con la cara lavada y los labios pálidos, pero se ven carnosos y tentadores. Ella parece saberlo y, al acercarse a la cama, sonríe. No se ve amarilla, sino muy blanca, como si la fiebre se hubiera ido y el hecho de acostarse con él, la hubiera vuelto seductora y tranquila.

El hombre va al baño. Se cuida de hacer poco ruido y de disimularlo con la canilla abierta, al igual que la muchacha. Decide tomar una ducha rápida. Quiere estar agradable. Dar la sensación de pulcritud que le cuesta encontrar en ella, sujeta a la fiebre, y a su ropa, que se ve mustia, en su condición de pariente de aquella ropa que le tocó conocer en Sofía.

Ella era apenas una niña de dos o tres años.

Pasearía con sus padres por las calles soleadas y abiertas de la ciudad. Quizás el sol alegraría la tristeza que exhalaban los muros pardos y geométricos, los parques con sus flores rojas, excesivamente ordenadas y estáticas. Quizás el hombre haya cruzado esa familia joven cerca de San Esteban, en la avenida, y haya reparado en una niña de la que, convertida en mujer, se está enamorando ahora. Porque el hombre sigue el proceso de enamorarse, donde el tiempo pierde su magnitud, y pasa todo en derredor de una persona de la que no quiere o no puede separarse. Una muchacha que se ha metido en la cama de un hotel para esperarlo.

Tal vez, ese día, estuviera todavía sana, y aún no le habrían hecho la transfusión negligente que le contaminaría la sangre.

No A, no B. Quizás sería la primera mañana en la que el hombre se atrevió a abandonar su propio hotel, donde experimentó una fiebre que después recrudecería. Un sudor capaz de traspasar un colchón completo. Algo muy diferente a lo que sucede en la muchacha con el trabajo del desgaste crónico.

El hombre, bajo la ducha, piensa en ese encuentro. Esa idea volverá muchas veces, y el hombre llegará a dudar si fue verdadero o fruto del deseo puesto en una imaginación que le muestra a la niña que será una mujer de la que ahora se está enamorando.

Tal vez le haya sido dado verla, y ahora lo recuerda. Ella estaría allí, cerca de San Esteban, con su padre y su madre, correteando alrededor del cochecito de su hermano recién nacido, para después tomarse modosamente de la mano del padre, de cabello rubio, cortado al rape, y ya poco convencido de un sistema que mejoraría a su país y le daría un ejemplo al resto del mundo.

El hombre siempre ha pensado qué misterio entraña conocer a una niña que luego se convertirá en la mujer amada, sin saberlo. Le gustará establecer una relación entre aquélla, su fiebre aguda, que lo tendría inconsciente tiempo después, y la enfermedad de la muchacha, que lucha, con labios tenues, con cara lavada y con irresistible seducción, en el cuarto que van a compartir esta noche

El hombre siempre ha querido ver las fotos de infancia de las mujeres que le han interesado. Ha tratado de descubrir en la auténtica sencillez de una niña, aquellos rasgos que lo seducirían cuando ella se convirtiera en mujer. Lo ha propuesto y, curiosamente, pocas veces han accedido a mostrarle ese tipo de retratos. Bajo la ducha, el hombre se pregunta, qué descubriría si viera una foto de esos momentos.

Verá otras, en un libro de poemas escrito por la amiga que se ha enamorado de la muchacha, pero en esas fotografías se notará el nervio de una mujer que se reconoce como tal. Alguien que comprende su belleza. El hombre guardará una en la que la muchacha yace completamente desnuda, de espaldas, estirando un brazo donde apoya su cabeza de melena oscura. Y la deseará.

Ahora no desea estar dentro de ella, ha comprendido la imposibilidad de acceder a su cuerpo. Quiere compartir la cama y transmitirle ternura, la necesidad que tiene de su presencia.

El hombre vuelve a la cama, duchado, bajo el influjo de las imágenes de una niña que pasea con su familia por el sol de Sofía y cruza a un hombre joven, que hace apenas un día, ha salido de una fiebre que empezará a perseguirlo mucho tiempo más.

Tal vez nos hayamos visto en Sofía, vos serías una nenita, ni te habrás dado cuenta, le dice al llegar a la cama.

Si nos hubiéramos visto, seguro que me acordaría de un hombre tan guapo, responde ella, exhibiendo la picardía en su incisivo trunco y en sus párpados entornados. Un gesto muy parecido al que tendrá dentro de apenas un mes, cuando le señale el cartel de “A gli buses”, en Capri, poco después de haberse mostrado desnuda, enmarcada por la ventana frente al mar abismado y profundamente azul.

El hombre se mete en la cama y la rodea con sus brazos y sus piernas, colocándola en el hueco que hace su pecho, apretándole la cara contra su cuello, como si quisiera metérsela adentro. La muchacha inhala profundamente en la piel del hombre, dos veces y después suspira.

Tienes un olor hermoso. Me encanta tu olor, dice, y vuelve a inhalar.

El hombre la deja hacer y después tracciona su cuerpo hasta poner su cara a la altura de la de él y la besa. Siente una frescura muelle en sus labios rosados y el beso se prolonga. Parece que está con una muchacha sana y fresca, y su cuerpo responde inmediatamente. Ella lo percibe acariciando con suavidad el sexo del hombre. Son unas caricias leves, inclinadas más a la ternura que a lo erótico. Él comprende, pero eso no hace más que aumentar su deseo. Ella abandona y se queda quieta.

El hombre canaliza su ansia en un abrazo poderoso que la muchacha acepta blandamente, sin agregar pasión.

Sabe que no irán hacia donde fueron anoche, aún sin la presencia del abogado, que no ha llegado al dormitorio.

El hombre vuelve a su boca, y se queda jugando con besos cortos que sirven para apagar su deseo. Finalmente le da uno más largo, a modo de saludo y se vuelve, tomándole una mano para que lo abrace.

Se pregunta qué hará cuando llegue el abogado. Puede que lo espere despierto, para advertirlo de la presencia de la

muchacha, para hacer notar que ella está con él, en su cama, y que allí va a quedarse.

No hará falta. El abogado ha comprendido su voluntad, su apego a la muchacha y cuando llegue, apenas se desvestirá sin ruido en el baño y se meterá a la cama sin decir nada.

El hombre trata de respirar pausadamente, en busca del sueño, pero le es imposible no prestar atención a la respiración de la muchacha. Se pregunta si estará lo suficientemente cómoda para dormirse. Se da cuenta de que ella también está pendiente. La llama por su nombre.

Dormite,....., con uno despierto es suficiente. Dormite que estoy con vos.

La pesadez comienza a vencerlo hasta que cae en un sueño profundo, de respiración densa, vacío.

No sabe cuánto tiempo después, quizás dos horas, percibe los movimientos del abogado. Presta atención a cómo se descambia en el baño y cómo se mete silenciosamente en la cama.

Estoy con....., le dice a modo de aviso.

Todo bien, responde suavemente, el abogado. Hasta mañana.

El hombre permanece inmóvil, escuchando la respiración del abogado, que es firme y clara. Piensa en los cigarrillos que fuma y le parece sorprendente. Le vienen a la memoria las noches en compañía del gordo, con sus ronquidos poderosos, bregando por el aire que su propio peso le impedía incorporar.

Cuando le parece sentir que la respiración del abogado se va aquietando en la inconsciencia del sueño, se vuelve hacia la muchacha y la obliga a darse vuelta a su vez, para abrazarla. La muchacha lo deja hacer dócilmente. Antes de abandonarse, el hombre palpa con suavidad uno de los pechos de la muchacha, siente su peso, su turgencia. Es un pecho grande, firme, seguro de su tamaño.

El hombre aspira el aroma del pelo de la muchacha. Casi no huele y recela de la presencia de la enfermedad en ese cabello, que aún es muy abundante, pero que luce sin brillo. Baja su nariz hasta el hueco del cuello de la muchacha y vuelve a besarla con levedad. Se queda allí cerca, ensayando entibiar esa parte con su respiración, hasta que decide separar su cabeza de la de ella, y se deja llevar por el aislamiento compartido de dormirse juntos.

Será una de las noches más calmas que les tocará pasar, tanto como las próximas, en Italia, cuando el hombre haya vuelto de Ho Chi Minh.

En Italia, donde el hombre entrará al cuerpo de la muchacha, poco después de ocupar el cuarto, más para concretar la relación que los une, que por el placer de la muchacha. Cuando hayan finalizado, antes de que caiga el sol, bajo el aroma a mar y hojas de la tarde, el hombre le preguntará si ha estado bien. Confiará en que sí, que ese encuentro pospuesto, ha sellado el vínculo.

La muchacha asentirá diciendo que podría haber estado mejor, que eso puede llegar con el tiempo. El hombre olvidará que está con alguien muy joven, casi una niña, para sentir que es una mujer experimentada la que habla, la que lo aconseja. Más todavía, cuando pose de espaldas en la ventana, con las dos manos apoyadas en el marco y le diga: hazme una foto, que quiero ver cómo sigue mi cuerpo.

El hombre duerme la última noche del Hilton, en el dormitorio que comparte con el abogado. Es el fin de semana que comienza y termina con él mismo caminando calle abajo en medio de la bruma, hasta llegar a la catedral y ver lo carruajes con sus conductores vestidos con ropas tradicionales, y aspirar el olor a estiércol de caballos, dulce y repelente a la vez.



Esa mañana se despiertan y advierten que el abogado ya no está, que ha tenido la elegancia de permitirles comenzar el día en la intimidad. La muchacha va al baño. El hombre le dice que si quiere puede usar su cepillo de dientes.

Eres loco, siempre llevo el mío, no te preocupes.

El hombre se da cuenta de que le cuesta reconocer como real lo que sucede dentro de la muchacha, de que después de haber pasado la noche juntos es casi inconcebible que la alegría pueda escurrirse.

Bajan a desayunar. Escogen la misma mesa que ayer. El abogado no está. Tal vez ha querido que sigan solos; sabe que el hombre parte esa misma mañana.

El hombre le pregunta a la muchacha si en su casa no se preocupan de que falte por la noche. Ella hace un gesto de desinterés, casi vulgar, y el hombre sonrío.

Tiene apenas veinte años, ha estado en la India con su novio, antes de salir de la adolescencia, se ha bañado en el Ganges. Quizás ya haya ensayado el sexo con otras mujeres, y está allí, frente a él, cómoda y segura, dispuesta contra una enfermedad en la que tiene treinta por ciento de posibilidades de sobrevivir.

El hombre siente una angustia repentina como un latigazo. Sus facciones se demudan y la muchacha lo nota. Ella reacciona con inquebrantable dureza, igual que en el automóvil donde se afirmará en decirle que no, que no hará lo que él quiere. El hombre intentará cambiar su gesto, pero esa sensación nueva en su vida, se prolongará cada vez que vaya al encuentro de este amor.

Todavía la sentirá en los aeropuertos cuando toque escaparse de sus compromisos para ir donde está ella. Fumará y beberá de más, tomará píldoras que le permitirán dormir livianamente, y se preguntará de qué vale tanta angustia y tanto secreto.

Esperame unos minutos que subo a despedirme, dice, levantándose de la mesa.

El ascensor y sus puertas.

Han servido para hacerlo cruzar hacia otra parte de su personalidad, la que le parece ajena a él mismo. Ésa que lo sorprende, la que lo ha llevado a la acción pura, donde siempre se ha mostrado veloz e implacable.

En la habitación está el jefe. Entra con confianza. El jefe le ha contado mucho de su niñez y de su fortaleza asentada sobre la desprotección y la debilidad. El jefe todavía tiene la certeza y la rabia de un herido.

Está en el baño, en calzoncillos, frente al espejo, colocándose gotas en los ojos. El hombre lo observa. ~~Se sorprende de lo que ha envejecido su cuerpo delgado.~~ Las nalgas se ven caídas, las piernas sin tono.

Cuando el jefe se vuelve, el hombre repara en su tez herida, cenicienta e hinchada por el sueño. El cabello largo y todavía renegrido, cae aplastado a ambos lados de la cabeza, que se ve más grande y menos elegante que de costumbre. Su mirada está vacía. Parece que hiciera mucho desde el diálogo de anoche, cuando el hombre le comunicaba su necesidad de reflexionar.

Se saludan con el tono afable de siempre. El hombre se da cuenta de que esta vez no hay alternativa, que el jefe se rehusará a dejarlo partir sin una respuesta concreta. El hombre quiere retirarse, pero también, como tantas veces, quisiera quedarse a aplacar al jefe, a satisfacer su necesidad de transferir su ardor a los otros.

El jefe parece un viejo. No es la primera vez, pero es la más intensa que recuerde. El hombre lo verá repuesto, al límite de la luminosidad, pero ahora es evidente que el malestar es profundo, y que lo mina por dentro obligándolo a sus comidas insípidas y simples.

El hombre dice que viene a despedirse porque su avión sale dentro de poco, y que comprende lo que le toca pasar.

El jefe espera.

Creo que lo voy a hacer, se ve obligado a decir el hombre. Es el único modo de terminar con ese encuentro. Si no dijera eso, el jefe lo retendría hasta el límite para quitarle voluntad y lograr su propósito. Es lo que ha hecho con muchos de sus asistentes, incapaces de tomar ninguna decisión que él no haya revisado.

El hombre se ha mantenido aparte, ha tenido su propia autonomía. Quizás por eso el jefe siente especial confianza en él.

El hombre lo ha traicionado. Apenas en dosis mínimas y necesarias para mantenerse al margen y poder caminar en soledad por la calle que baja hacia la catedral y su estiércol de carruajes.

Creo que lo voy a hacer.

Voy a ir la semana próxima a Ho Chi Minh para conectarme con él y ver si lo convengo de que trabaje para nosotros. No creo, pero lo voy a intentar.

El jefe accede en silencio. Es probable que sepa cuál es el humor del hombre y se conforme con esa frase. Es difícil que el hombre no se haga cargo de su palabra.

Se dan un abrazo muelle y se besan.

El hombre abandona la habitación con cierta liviandad, y procura alejarse rápidamente de ese cuarto que obra como una usina oscura, de la que nadie de la organización puede sustraerse, algunos hasta el límite de haberse convertido en autómatas grotescos, incapaces de actuar sin la consigna del jefe.

Y ha sido un hombre atractivo, reflexiona cuando piensa en el cuerpo casi desnudo del jefe donde se impone la decadencia y la falta de fuerza. Como el director y su pretendida frivolidad a la americana.

El hombre sonrío al recordar al director en una sala de karaoke cantando “A mi manera”, con su voz penetrante y engolada. Habían ido después de una agotadora cena con sashimi en la que las rodajas de pescado eran obscenamente grandes. Eran todos hombres y la conversación no salía de las formalidades. Frente a él había un hindú, con quien dialogaban cortésmente, ambos sin entender casi nada. Trataban de evaluarse, pero era un juego estúpido porque ninguno mostraba las cartas. Al hombre apenas le quedó la sensación de que era otro idiota más. Mucho músculo y nada de cerebro, pensó entonces. Acaso lo confirmaría poco después.

Soportar aquella mesa donde se hablaba infatigablemente sin que nadie dijese nada sustancioso era un juego demoledor. Tal vez una práctica oriental, hecha a quitar la voluntad. El director, debía disfrutarlo, tenía la inteligencia necesaria.

Repitieron el pedido, y enseguida llegaron las bandejas recargadas con las carnes palpitantes. El director tomó la palabra y se refirió, con solvencia, a una serie de certezas que el hombre jamás recordaría. Algún otro quizás sí, siempre y cuando las hubiese malinterpretado.

Por fin, luego de cuatro horas, terminaron, intempestivamente, como era costumbre en la organización. El director se levantó de golpe. Todos imitaron el gesto, esa ridícula parodia, ese aval a su poder.

El hombre sintió el alivio de retirarse a caminar la noche oscura de la ciudad, que era abierta, elegante y silenciosa. Ottawa. Se dirigió al auto donde lo esperaba su chofer. El director habrá advertido la intención del hombre.

Viene con nosotros, preguntó enseguida, antes de que el hombre pudiera partir. No había alternativa.

Los autos se dirigieron al barrio oriental, y se detuvieron en una casa con un pasillo en medio al que daban varias habitaciones. Los esperaba un coreano con mujeres jóvenes. Será el momento de las chicas, pensó el hombre. Todos entraron a uno de los cuartos. Había un gran televisor y los elementos necesarios para el karaoke. Llegaron las pequeñas botellas de vodka coreano, y después algunas canciones con esa cadencia infantil que el hombre había escuchado por primera vez en un comedor de Pyongyang, y que había vuelto a oír en alguna animación coreana. Alguien empuñó el micrófono y comenzó a seguir la letra en el televisor.

Nunca entró mujer alguna. Fue un cuarto de hombres abocados a beber. Casi todos cantaron, por turnos.

Hubo una aprobación silenciosa cuando le tocó al director. Estaba absolutamente identificado con su papel de cantante melódico. Posaba apoyado en una pierna, elevando su cara a las alturas cuando alargaba una nota. Parecía sentirse un profesional del escenario. Y habrá sido, por un momento, lo que quiso siempre. Alguna vez contó, enfundado en su irreprochable traje oscuro, que siendo joven se trepó a un tren con su guitarra,

dispuesto a echase a los caminos y llevar una vida de hippie. Eran los tiempos de Katmandú y la psicodelia. Después volvió y hubiera terminado siendo lo que su padre había proyectado, si no fuera por el alcohol, que lo lleva al baño cada media hora durante la noche. Si no fuera porque él mismo, junto con un grupo de hombres que nunca termina de comprender, porque no hay nada que comprender, hace muy poco, han decidido anular al viejo, es decir, matarlo.

Allí, en el karaoke, estaría su deseo: ser completamente él. Poder cantar como lo hace un profesional y ser amado por su público. La presencia del viejo se lo impidió, y ahora hay que suprimirlo.

El hombre sonríe al pensar en aquella escena, y en otra en la que el director se negó a entrar a una discoteca donde había prostitutas de alto nivel que pudieran divertirlo.

El director nunca habrá podido ser infiel a su mujer, bella y delicada como nadie, que aún sabe orlarlo con un halo de distinción inmejorable, pero que terminará agotada de él, y lo dejará en manos de la fealdad y el alcohol.

Pareces un sapo, así.

Esa misma mujer, terminará convirtiéndose en una prima preocupada por su ex esposo, devenido en primo, incurablemente débil frente a ella.

Pareces un sapo, con el mentón así adelantado, hazte alguna cirugía estética de una buena vez.

Las puertas del ascensor se abren y mientras se ríe, el hombre ve a la muchacha, sentada a la mesa, conversando con el abogado. Como si supiera que bajaba en ese momento, se vuelve hacia él y le sonríe saludándolo con la mano.

El hombre piensa que siempre habrá misterio alrededor de la muchacha. Aún cuando ella pase los meses junto a él, en el pequeño departamento de Döblinger Gürtel, estudiando medicina, y esperando los resultados mensuales de los análisis. Recordará de su alma, de su sentimiento íntimo.

Mandelöl.

De lejos la muchacha se ve saludable, sonriente como cualquier muchacha que comparte un desayuno entre hombres.

A medida que se acerca, el peso de la realidad se hace cargo. Los tres saben de qué se trata.

Ya te vas, no, pregunta el abogado.

Cuándo vuelves a Viena, agrega sin esperar la primera respuesta.

El hombre dice que si ella no viene a Vietnam con él, se verán en Roma a su vuelta. Agrega que confía en que ella lo acompañe a Ho Chi Minh. El abogado, aunque sabe de la misión, acota que Vietnam debe ser interesante de conocer, que allí pasaron muchas cosas. La muchacha asiente en silencio. Aprueba la conversación, ambos hombres se ocupan de lisonjearla. Ha vuelto a empequeñecerse, a sonreír igual que cuando, siendo una niña, le permitieron comer su helado después de un mes de transfusiones y fiebres.

El hombre percibe la pena y se pega a ella abrazándola y besándola en la frente. El abogado permanece en silencio. Dice que se va fumar un cigarrillo, y se levanta, dejándolos solos.

La muchacha se sigue apagando y su piel parece volver a la sequedad de las drogas.

Mandelöl.

Venite a Vietnam conmigo, dice el hombre, estaré menos de veinte días, venite que te va a gustar. La muchacha levanta la mirada hacia él. Es claro que lo desea, que no quiere separarse de ese hombre que la encontró primero, cuando otro hizo que llorara.

El autobús que lo llevará al aeropuerto va a pasar en media hora. Él aún no sabe que la separación no durará mucho. Está allí con ella, y pronto recibirá correos diarios donde le dirá que sigue esperándolo. No le asegurará su viaje a Italia hasta poco antes de verse en Termini, cuando los análisis hayan mejorado y el médico le diga, vete a Roma y olvídate de todo, disfruta de la alegría y el sol italianos.

Italia significará apenas unos días que pasarán rápido, en donde el hombre podrá observar los recursos de la muchacha para encontrar alojamiento cuando todo parezca lleno, cuando la dueña del albergue mire con cierta compasión una muchacha tan bonita que se mete a un hotel con un hombre maduro que, además, muestra rastros de una vida ruda.

Bella, dirá la mujer con una sonrisa, mostrándose dispuesta a estar cerca. La muchacha le seguirá el juego con sus ademanes modosos y tímidos. Jugará con ella como con ese padre y esa hija

alemanes que, algunos días después, estarán tomando un café, frente al Coliseo. Sabes que dicen, le preguntará la muchacha al hombre. Y luego le explicará que la chica le dice al padre que no puede creer cómo la muchacha de la mesa contigua mira al señor que está con ella, de ese modo tan provocativo, y que es una vergüenza.

Esa muchacha, que sabe comportarse con toda civilidad, que podrá conseguir un hotel cuando todos estén completos, es la misma que se divertirá con la hotelera, es la misma que se reirá con sordina de unos alemanes en Roma, y la misma que escupirá como un camionero cuando vaya detrás del hombre en la sección de Viena que corresponde al oriente.

Los días de Italia pasarán rápido, y significarán la concreción del amor de un hombre por una muchacha que volverá a estar débil, muy delgada, y con la piel opaca. El hombre guardará por mucho tiempo la foto que la muestra con un gorro musulmán y los ojos vueltos hacia la cámara, desayunando en el pueblo donde una italiana maternal se habrá mostrado compasiva.

El hombre, después de los días de Italia, la despedirá en la estación, Ese viaje también podrá resumirse en el encuentro del café Ciao, donde una muchacha de anteojos estará esperándolo para besarlo en medio del salón; y en esa despedida, unos días después, en que el hombre ensayará no mirar cuando la muchacha se aleje hacia su vagón. Pero se volverá y verá el andén vacío de ella y enseguida hará dos o tres pasos para doblarse en unos sollozos que no esperaba y que lo tomarán por sorpresa como una ola por la espalda.

El hombre volverá a Viena, después de esos sollozos. Habría debido prepararse para cumplir con su misión pero la ansiedad que le provocará su amor enfermo y emplazado, lo hará retornar al aeropuerto. Habrá pasado días de angustia desde la separación en Termini y la vuelta a su ciudad y, más que nunca, se preguntará qué es verdad, y qué es lo que vale la pena.

Antes de volver a Viena, en su ciudad, habrá ido cada día al mismo café, donde revisará los diarios, comerá su ensalada de frutas y beberá su cortado, para después fumar el primero de los cuatro cigarrillos que se permite al día. Pero los ritos no lo habrán sacado del desasosiego profundo.

Finalmente llegará al aeropuerto desde donde parte tantas veces, esperará en el hall central y se tomará una de sus píldoras tranquilizantes para morigerar la sensación de debilidad y el mareo que podría estar confundiéndolo. Sentirá de nuevo cómo su piel se separa de su carne, cómo el cuerpo se escinde en esqueleto, carne y piel, más aún que cuando camina en la mañana que ha definido su vida.

O quizás no.

Esta vez se quedará con ella seis meses, los necesarios para saber si el tratamiento se ha impuesto a la enfermedad. Estarán, al principio, en un departamento pequeño, en Döblinger Gürtel.

Mandelöl.

Será apenas más que un estudio, con un dormitorio mínimo, una cocina, y un baño con bañera, donde la muchacha se meterá cada día para refrescar su cuerpo.

El hombre aprende a untarla con aceite de almendras para conjurar la sequedad cenicienta de la piel. Siente la penetrante fragancia quemada y dulce. La muchacha se deja hacer, de espaldas sobre la cama y el hombre repasa con el aceite el largo de sus costillas. Cuando se detiene en los hombros, la muchacha suelta un gemido de niña. El hombre se sorprende, pero la excitación puede más. Sigue untándola. Va por la base de su espalda, por sus nalgas y por sus muslos. Le es imposible no llevar sus manos cerca del sexo de la muchacha. Ella vuelve a gemir. El hombre espera unos instantes. Nota la respiración profunda de la muchacha y un abandono que no le conocía. Sostiene un hombro por debajo y la ayuda a volverse. La muchacha lo observa con los ojos mansos. Ambos se miran un instante, como si nada urgiera. La muchacha extiende sus brazos y toma al hombre de los hombros, acercándolo y separando las piernas. Se besan con tensa suavidad y el hombre la penetra lentamente. Ella suelta otro gemido quedo y, por primera vez, comienzan a cabalgar ligados el contrapunto de placer. El hombre se mueve dentro de ella y percibe como responde su cadera, apretándose cada vez que él puja. Trata de retener su orgasmo porque siente que la muchacha no ha llegado a su punto, y cuando la tensión se suspende en todo el cuerpo de ella, libera sus espasmos con

un abrazo poderoso. La muchacha llega a un clímax extraño, manifestado con chillidos agudos, y enseguida se queda estática, debajo del hombre, quizás mirando el techo y tratando de evaluar qué es lo que pasa con su cuerpo.

El hombre se recupera y experimenta la dicha de haber abierto una puerta extraordinariamente difícil de abrir. Una puerta, al fin, que le permitirá acentuar su unión con la muchacha.

La muchacha no ha dicho nada. Se levanta para vestirse. Se pone una pollera estrecha que le llega hasta las rodillas y deja ver el resto de sus piernas largas y apenas arqueadas, que realza con unos zapatos de taco alto. Se calza una camisa clara y bordada, y un cárdigan de lana fina color verde agua. Después comienza a recogerse el pelo y a fijarlo con gel. Se dedica un buen rato a su pelo, como si acariciarlo, untarlo con el gel, pudiera darle el brillo que, alguna vez, seguramente tuvo. Se maquilla los ojos con sombra y rímel, y después se pinta los labios. El hombre ha visto en las esclavas, más que en otras mujeres, un gran apego al maquillaje y al uso de polleras. La muchacha sigue ese patrón y muestra una elegancia formal, y también paisana. Cuando termina, se vuelve hacia el hombre y se somete a su aprobación. El hombre la encuentra hermosa, mucho menos niña. Hay algo duro en sus facciones **más** expuestas por el pelo recogido. Algo masculino e impersonal que realza aún más su belleza, pero que otros no verían. Está muy diferente a la niña, **que** con sus anteojos puestos, elevaba su cara al cielo bajo el sol de Capri, riéndose de los autobuses asquerosos. La muchacha se ha convertido de golpe en una mujer experimentada, capaz de tomar decisiones. Se ha convertido en una mujer sana.

Esta noche cocinaré, dice. El hombre la observa, vestida así, como para salir de noche, de pie frente a la cocina, comenzando a preparar una de sus comidas con mucho proceso e ingredientes. Nunca falta la ensalada con yogur y los pimientos cocinados, piensa el hombre, para dar lugar al gusto complejo de la comida de los Balcanes, con su dejo ácido en las ensaladas y tostado en los cocidos. La muchacha sabe cocinar sin ensuciarse. Los tacos parecen no molestarle en absoluto. Trabaja sobre los muchos ingredientes con placer y apenas responde a las preguntas del hombre.

Él siente que comienzan a comprender de qué se trata, que su encuentro termina convirtiéndolos en un hombre y una mujer cualesquiera.

Los aromas invaden el pequeño departamento y a ella parece no preocuparle. Al contrario, se la ve segura y atenta, como si cocinar fuera lo suyo desde siempre.

Antes de servir la comida, ella rebusca hasta encontrar un candelero. Le pide al hombre que encienda la vela y que la coloque en medio de la mesita donde comerán. Cuando está hecho, recién entonces, abandona su puesto en la mínima cocina y acerca la fuente donde depositó el guisado. Lo hace con solemnidad, como si debiera desfilarse un largo recorrido exhibiendo su arte. Marcha apenas cuatro pasos, con los brazos extendidos, mostrando la bandeja, demorando cada pisada, hasta llegar a la mesita. El hombre lo advierte y la mira a los ojos. Una luz repentina brilla en la mirada de la muchacha. Ella estalla en una sonora carcajada.

Esa noche comen allí, en el pequeño departamento, y deciden no salir. Es el comienzo de una temporada de seis meses donde, en la fecha prevista, el hombre irá a buscar los resultados de los análisis que dan el tenor de virus en la sangre de la muchacha. El hombre se preguntará por qué la muchacha no lo acompaña a la clínica. Tal vez no se quiera someter al proceso de abrir un sobre en búsqueda de una u otra palabra sobre las que se asentará la proximidad o la lejanía de la muerte. Tal vez confíe en el hombre y, en uno u otro caso, quiera que él comparta el peso de la vida que ha tenido que soportar desde niña, con los diseños de sus manos, con su viaje a India, con novios precoces y con un sexo anestesiado y vacilante.

He soñado con nosotros, le dirá una mañana. Teníamos una casa grande, tal vez en tu ciudad, si es que tienes alguna. Yo cocinaba para ti y para una niña pequeña. Era tu hija pero en algún momento también era mía. O había dos niñas, una tuya y una de ambos. Yo sentía mucho amor por las dos y tú me decías que las naranjas ya no daban fruto, que era culpa de los gitanos. Yo era muy feliz, aún a pesar de los gitanos. Lamento haberme despertado, dirá sonriendo.

Ambos se reirán. En el hombre habrá un residuo de angustia, la misma que en los aeropuertos lo habrá llevado a los tranquilizantes.

Los días pasarán lerdos, invernales. Volverá la bruma muchas mañanas, cuando el hombre la acompañe hasta la parada del tranvía, o suba con ella para ir al centro de la ciudad. Estudiará con aplicación el trayecto hacia el centro, y los ritos de la mañana en esos rincones. Verá la misma panadería con su clientela comprando el pan y las facturas, tibios y fragantes; los dos hombres que esperan tras el mostrador de la ferretería, los operarios de la ciudad, trabajando junto a un pozo detrás de las vallas en una esquina, los parques enrejados donde una estatua identificada como Mozart posa para algún paseante y para oficiar de plataforma de palomas, hasta llegar al viejo edificio gris de la universidad pública, donde la muchacha entrará a una gran aula, llena de alumnos callados y distantes. Caminará las calles de Viena y, alguna vez, en un ciber, controlará sus correos. Uno, escueto, demandante, con palabras duras y un saludo cortés, le recordará qué es lo que debe hacer.

El hombre no sentirá miedo, sentirá desesperación. Se verá en la encrucijada de tener que decidir de una vez por todas, si ha de terminar con su vida pasada para quedarse con esa muchacha, que siempre lo mira con una lágrima bajo el arco que divide los salones de la discoteca, o seguir con lo que se resume en una caminata bajo la bruma, en el frío y el tiempo que han comenzado a separar la ropa de su piel.

Siente un zumbido que lo marea, que lo aísla de todo.

Esa mañana, después del ciber y su mensaje escueto, demandante, camina preso de la desesperación, por Mariahilfer strasse. Cree estar separado de las cosas, que lo que ocurre le pasa a otros, que tal vez no haya nadie en un aula gigante del edificio correcto de la universidad pública. Puede que ya no pueda continuar con mi oficio y tampoco estar con ella, piensa.

El hombre sabe que se avecina un tiempo signado por lo incierto, por la muerte posible, la del viejo, o la de la muchacha. El hombre experimenta la agresión del destino sobre su cuerpo, con un zumbido que lo marea a medias, que lo separa de los transeúntes de la avenida, del horario de la mañana, de una muchacha irreal que está sentada en su pupitre, tan silenciosa como los otros estudiantes, de su misión sin sentido y tan necesaria para pertenecer al mundo.

El hombre está aislado por ese zumbido. Quizás también los está la muchacha en su pupitre, observando un profesor que habla de la función de un órgano o una hormona, y pensando que ese profesor no le está diciendo nada a ella, que lo que dice forma parte de un mal sueño.

El hombre no puede centrarse en sus recuerdos, ni siquiera en los recientes de Italia. Se ve a sí mismo como ése que ha tomado un avión hace muy poco, bajo los efectos de un sedante que estuvo muy lejos de calmarlo.

Comienza a respirar profundamente. Se da cuenta que, de seguir así, algo grave va a pasarle. Nunca le importó demasiado

sufrir la muerte, pero la invalidez le es inaceptable. Respira tratando de recuperar la calle y su gente, la muchacha en su aula, aún su misión pospuesta indefinidamente. Necesitará más de dos horas para recuperarse de esa confusión. Sabrá que algo orgánico le ha pasado.

A la tarde el hombre espera en el departamento a que vuelva la muchacha. Los muebles se ven tan raídos como en la casa del padre de ella. Tal vez por efecto del invierno, y la falta de aireación. O por el diseño austriaco, con su juego que, aunque lo intente, no puede salir de la severidad.

El tiempo se estira. Lo percibe en el malestar de las costillas producto de permanecer acostado mucho tiempo en la pequeña cama donde se está acostumbrando a dormir con la muchacha. El aire se siente espeso y la tarde pasa como todas, siguiendo su circuito ajeno. No hay nada que hacer, ninguna acción que lo convierta en eso: la acción misma. Ni siquiera concentrarse en los procesos de su cuerpo puede entretenerlo. Ya hace tiempo que se está separando de ese equipo del que vino munido.

La muchacha llega en el horario de siempre. Se la ve cansada.

El hombre le pregunta si quiere que le dé su masaje con aceite de almendras. Ella dice que no tiene ganas. Es como si hubiera esperado esa pregunta y le fastidiara que él fuera tan predecible.

El hombre permanece en silencio, ya conoce la rudeza de la muchacha y qué es lo que más le importa: su dolor. No es solamente la enfermedad con la que está enfrentada, sino el hecho de necesitar un hombre en que apoyarse, con el que pueda convertirse en una mujer cabal. Por eso ama la cocina y por eso sueña con niños y con casas.

La muchacha se desviste en el baño y comienza a llenar la bañera. El hombre espera en el living que empieza a hacérsele opresivo, pequeño, y mustio, como todo en el invierno que tarda en irse. Escucha cómo ella se mete al agua. No se atreve a entrar en el baño. Le pregunta si quiere que vaya. Ven, responde la muchacha.

El hombre entra en el cuarto de baño y se desnuda. Se mete en la bañera y ambos se acomodan. Es una bañera amplia a pesar

del tamaño del departamento, como si ese lugar hubiera sobrado, y quién los construyó, hubiese decidido darle un toque de clase frente a tanto ahorro de espacio.

Ambos permanecen en silencio. Los pechos de la muchacha emergen apenas, y el hombre se sorprende de la ancha espalda que no se ajusta a su cuerpo delgado. Mueve un pie para rozar su pierna y la muchacha responde frotándose contra él. El hombre percibe cómo su sexo reacciona. Su deseo es intenso, no solamente por la perspectiva del disfrute, sino también por ablandar a la muchacha, por hacerla suya. Abre las piernas por encima de las de ella y trata de acercarse a su pecho. Alcanza a besarla pero no hay forma de que sus sexos se encuentren. Él cambia de posición, incorporándose y acomodando sus piernas hacia atrás para echársele encima. La muchacha abre las suyas, aún más. Él sabe que no debe penetrarla.

Es difícil.

Se mueve unos instantes. La muchacha trata de acompañar sus movimientos elevando su cadera. Él se da cuenta de que es incómodo para que ella experimente placer. Insiste todavía, pero enseguida, se levanta invitándola a que lo acompañe.

Ella se para junto a él, que ahora nota su pequeñez. La abraza y la besa blandamente. Usan la gran toalla blanca para secarse apenas y después van hacia la cama. Él echa la toalla sobre el cobertor. Hace que la muchacha se acueste y se coloca el preservativo. Comienza de nuevo. El hombre trata de encontrarse con el alma de ella, como la última vez.

Vuelve a ser como antes de eso. Es como si la muchacha estuviera a medias. Como si algo la llevara a otro lugar. El hombre prolonga el acto, ensayando ubicar un punto de partida ~~para el encuentro profundo~~. Todo continúa siempre en el mismo plano. Él advierte que la muchacha espera a que él termine. Entonces se deja llevar por la propia sensación que deviene en espasmos cortos y recios. El hombre relaja su cuerpo sobre la muchacha y se sostiene dentro de ella un tiempo más. Después se acuesta sobre sus espaldas, a su lado, muy cerca porque la cama es estrecha, y cierra los ojos en la pesadez del sueño corto.

La muchacha no habla. Mañana habrá que buscar los resultados del primer análisis. Es como si se lo estuviera diciendo, porque cuando él abre los ojos, es lo primero sobre lo que reflexiona.

Te gustaría bajar a tomar una cerveza, pregunta. La muchacha responde que tiene hambre, y que quisiera ir a un restaurante turco que conoce y que no queda lejos. El hombre asiente con alegría.

Van por el Gürtel en el auto que les ha prestado el padre. Es un viejo Ford azul descascarado en buena parte del capot. Se cayó un líquido encima que le quemó la pintura, explica la muchacha mirándolo con seriedad. Está hecho mierda, como dices tú, pero anda muy bien, lo ves. La muchacha sonrío haciendo brillar los ojos y exhibiendo el pequeño diente trunco. El hombre se ríe al sentir la acelerada y el rugido del viejo Ford.

Malin.

Llegan al restaurante que parece más bien una casa de familia. Quizás lo sea. Hay dos habitaciones bastante espaciosa. Por suerte, las mesas no están muy cerca unas de otras. Un hombre viejo, aristocrático y pobre, les enseña dos. Una es larga, y en ella pueden compartir la cena con otros comensales, casi todos hombres, que conversan en voz alta. La otra es solamente para dos personas. El hombre consulta a la muchacha levantando las cejas. Ella se demora unos instantes evaluando las posibilidades sin dejar de sonreír y elige la mesa pequeña. Le dice al viejo que necesita hablar tranquila con su padre.

El hombre se sorprende de cómo lo mira el viejo cuando los invita a sentarse.

Qué le dijiste, pregunta enseguida. Que tenía conversar con mi padre de algunas cositas, responde ella. Algunas cositas, repite el hombre. Sí, de algunas cositas, dice ella y lo mira con los ojos muy abiertos. Ambos se ríen. El turco ha de pensar que necesitás dinero o que estás embarazada de un gitano viejo, agrega el hombre. Cómo se dice pícaro en alemán.

Keck.

En francés es malin.

Es más lindo en francés, responde la muchacha.

Los platos llegan enseguida, como si los hubieran estado esperando. Son pimientos rellenos. Él le ofrece vino y ella se

atreve a beber un poco, deberá dejar sangre para su segundo análisis recién dentro de veinte días.

El sabor no es muy diferente a lo que la muchacha le ha hecho probar. Comida del mediterráneo, piensa el hombre. Hacia el este cada vez más cordero, pimientos y yogur.

Esa noche vuelven temprano hacia Döblinger Gürtel. Al llegar se meten a la cama enseguida. El hombre la abraza algunos minutos y después se vuelve, dándole la espalda. La muchacha también gira. Se duermen en el departamento que los verá juntos cuatro meses más, hasta el resultado del último análisis, después de confirmar, en la misma clínica, lo vano que ha sido ese viaje para una misión, también vana.

Al amanecer él se levanta y se mete al baño a ducharse. Prepara el café y cuando está listo, se acerca a ella que quisiera seguir en la cama. La abraza y la besa en la mejilla. Ella le devuelve el cariño sacando los brazos de debajo del cobertor.

Mientras desayunan hablan de la clase de esa mañana. Él le dice que retirará los resultados y que después, al mediodía la pasará a buscar.

Salen juntos. No hace frío. El clima está gris y húmedo. Van hasta la parada del tranvía que es estrecha. Está desierta. Una parada de la memoria.

El hombre recordará esa parada siempre.

Se irá deformando. Aparecerán algunos cipreses en lo alto de un terreno amurallado, habrá una sensación de humedad, y la muchacha llevará una campera azul oscura y unos pantalones marrón claro, apretados en los muslos, y sueltos abajo, que realzarán el arqueado elástico de sus piernas. Calzará unas botitas de cuero, acordonadas y claras, que deberían no combinar, como el resto de su ropa, pero el hombre siempre sentirá que la muchacha no podría haber estado vestida de otra manera.

El hombre recordará siempre la parada de la mañana desapacible donde espera el tranvía junto a la muchacha mucho más pequeña, que aguarda con él, que está alrededor de él, como una adolescente con su padre.

El hombre va confirmando, una a una, las estaciones del tranvía como si quisiera grabar esas escenas, como si tuvieran el valor de un testimonio, que ha de quedar en su memoria porque sabe que está viviendo, tal vez, lo más importantes de su vida.

Hablan de una salida posible a la noche, a un recital de piano y clarinete cerca de la catedral, hasta que el tranvía llega a la parada donde baja la muchacha.

Es apenas una antes que la del hombre, a tres o cuatro calles de la clínica. Él decide seguir solo.

Baja y va a paso firme con la mirada sobre el piso, concentrado, como tantas otras veces, en lo que debe hacer, sin margen para la duda.

La clínica está en un edificio moderno, quizás de los sesenta, metida en una calle ancha donde no hay casas antiguas, como si hubieran destinado esa parte del centro para construcciones especializadas. Se pregunta qué grado de parecido podrá tener con aquella otra que le refirió la muchacha, cuando la ambulancia vieja y espaciosa la llevó a Alemania con un permiso especial del gobierno.

Puede que no llegue viva, había advertido con gravedad, el médico en Sofía. Pero la madre supo y subió con ella a la ambulancia ante el silencio del padre.

La clínica está pintada de blanco, aún las persianas, casi todas a medio abrir. En el hall de entrada hay una barra donde trabajan dos muchachas. El hombre exhibe la orden de retiro y lo envían al piso superior donde hay una pequeña cola. Se sitúa detrás de una mujer de edad y observa a los que esperan. Salvo un muchacho que parece fuera del paisaje, como un objeto en color sobreimpreso en una foto en blanco y negro, son gente vieja. Gente que viene a confirmar cómo desequilibra el tiempo lo que fue equilibrado y bello alguna vez.

Hay una historia en cada uno, un drama que termina, más o menos, siempre igual.

El hombre se pregunta cuánto le importan los resultados de los análisis de la muchacha. Qué pasaría si fueran los propios. De golpe se indigna cuando recuerda su belleza que quiere hacerse lugar, que puja contra el trabajo siniestro de la contaminación.

Los análisis dan negativo. Son tres que responden a tres frases demasiado largas y que terminan en un negativo, separado del resto de las palabras por un espacio y escrito con la misma letra.

El hombre no sonríe. Tarea cumplida, se dice, y piensa en el tiempo que resta para el segundo, que dará positivo en dos de las tres frases. Veinte días de esperanza y cierta tranquilidad de que ahora no hay nada de qué preocuparse.

La muchacha da pelea, se dice el hombre. Va a curarse, repite. No es tiempo de muerte para la que espera sola, sentada en un pupitre de un aula muy grande de la universidad estatal, donde alguien explica funciones que ella olvidar  cuando decida dejar la carrera de medicina. Ella ha empezado a estudiar para entender más a cerca de la salud y la enfermedad, para saber qué sucede dentro de ella y cuán real es. Para eso viajó a India con quince, y después, con diecinueve, pasó un tiempo en la universidad china, donde nadie le prestó especial atención.

El hombre sale de la clínica. Se pregunta si debe hablar con alguien. Tal vez con la madre, esa mujer morena, de sonrisa alegre y mirada melancólica, que no pudo continuar más con el hombre con el que había soñado pasar la vida: un padre debilitado, aturdido por la desaparición de sus parámetros, de un ideal que jams  estuvo cerca de alcanzarse.

El hombre se dice que no, que la madre no ha de saber que hoy es el día de los resultados. La muchacha le ha dicho que este tiempo quiere pasarlo sin la familia, que quiere afrontarlo desde otro lugar y lo ha elegido a él para eso.

Se pregunta qué va a ser de él, de ellos; qué ocurrirá al final del proceso. Qué puede hacer con la muchacha. Qué, después de tanta voluntad consumida en una eficiencia que lo llevó a decir: *nada es importante.*

Tiene tiempo para tomar algo. Se sienta en una de las mesas de la vereda de una cafetería, ha salido el sol. Hace frío, pero prefiere estar afuera. Pide un chocolate y lo bebe despacio, tratando de calentarse.

No ha querido ir enseguida, como se lo pide el deseo. Piensa que para la muchacha será casi imposible concentrarse en la clase, pero se dice que faltan muchos análisis y que demorar la

noticia del primero es lo correcto. Los análisis no deben definir la dicha o la angustia. Él y ella deben definirla.

Apenas termina su chocolate sale hacia la universidad. Va con toda su energía, como siempre, aunque muchas veces sienta cansancio. Un cansancio que está allí, al acecho, y que se apodera de él cuando le toca lo desagradable. Los edificios se suceden mostrando sus muros pardos, iluminados por el sol, algo manchados, pero sin vejez. Son muros silenciosos de una ciudad que, aunque ajena, busca ser amigable. Una ciudad elegante donde asoma un dejo de vulgaridad en las tiendas de ropa de las avenidas, en los puestos de kebabs y de salchichas.

Llega a la universidad una hora antes de que termine la clase. Se asoma al gran salón y enseguida ve a la muchacha, en medio del recinto, sentada en un pupitre junto al pasillo central, como si quisiera facilitarse la salida. El hombre registra el ambiente. Lo sorprende el silencio en la clase. Una suerte de distancia entre los alumnos y el profesor. Como si hubiera una falta de identificación general con el tema que se aborda.

Espera a que la muchacha se vuelva. Debería hacerlo. Debería estar pendiente en esa mañana donde comienza a definirse lo que pasará con su salud. Otros alumnos sí lo hacen, pero la muchacha permanece estática, un poco rígida, con la atención puesta en algo que nada tiene que ver con ella.

Los minutos corren de ese modo, como si fuera una consigna. El hombre se hace ver por el compañero que está detrás de la muchacha, y que lo ha mirado varias veces. Le hace un gesto para que le advierta que él está allí. El muchacho inquiriere señalándola. El hombre asiente.

Cuando la muchacha se vuelve, el hombre le sonrío y enseña el pulgar elevado.

La muchacha permanece impassible, como si no comprendiera bien por qué él se ha presentado antes. Ella le hace notar con una inclinación de cabeza que ha recibido el mensaje y enseguida retorna a la clase. ~~Como si eso fuera lo importante.~~

El hombre no termina de comprender. No tiene sentido seguir donde está. Se retira detrás de la puerta de hoja doble, en el hall de entrada, donde comienza la escalera curva. Se apoya en la baranda de concreto y se aboca a esperar.

Abîmé

Se pregunta si no debería haberla esperado en la calle porque todo le parece fuera de lugar: su presencia en ese edificio, el hecho de ser él quién retira los resultados de los estudios, y esa espera en la que la muchacha parece no interesarse, incluso rechazarla.

Es quizás su reacción a que un papel y unos reactivos químicos se hagan cargo de su destino. Es su manera de estar fuera, de defenderse.

El hombre piensa y aguarda apoyado en la baranda que remata en un pasamano de madera gastada.

Abîmé.

Entre él y ella, un precipicio.

Él entreverá en esa espera, a otro: él mismo bajando por la calle, abismado, preso en una mañana de invierno, recluso entre ventanas grises cerradas, como las de Cortina, en aquel retorno a la plazuela, que prefiguraba su caminata hacia el centro de Viena, a la que converge toda su vida, y que no ha de terminarse mientras él exista.



Él observará abismado, al retirar el informe del segundo análisis, veinticinco días después del primero, a la mujer delgada, elegante.

La verá salir de uno de los consultorios, con la misma dignidad que aquella vez, en la casa grande y gris de Montreal, cuando el fundador había recibido a sus colaboradores más jóvenes y los apercibía por su apuro. Ella servía el té, y apenas se le escuchó la voz al saludar. Se acercó sonriente, dejó las tazas y la tetera, y enseguida se retiró. El hombre pensó en geishas.

Era una mujer mayor, claramente más joven que el viejo. Y mucho más alta. El director estaba allí. Aún no era director y se remitía a escuchar las ideas del padre, tratando de aconsejar al hombre y a los que, como él, habían solicitado esa entrevista. La mujer no era su madre, pero el hombre notó cierta simpatía en el modo con que el director la seguía con la mirada.

El hombre volverá a verla casi un mes después del primer análisis, saliendo de un consultorio de la clínica, con su elegancia silenciosa y su sentimiento remoto.

El hombre inclina la cabeza para saludarla con una sonrisa amplia. Ella le devuelve el saludo con un gesto leve y, naturalmente, se detiene a metros de él.

No debería haber sido así, ella ya tendría que saber para quién trabaja el hombre y, tal vez, que la consigna de su grupo es la eliminación del viejo.

Nada es importante.

La mujer es delicada, genuina, como suelen ser las mujeres inteligentes que han comprendido. Permanece de pie, sin moverse, cerca de la puerta que acaba de cerrar tras de sí. Ha bajado la mirada, pero mantiene su posición frente al hombre, con la femenina exigencia de lo sumiso. El hombre recuerda la palabra geisha y el efecto de aquella tarde en casa del fundador, cuando el viejo presidía la mesa y esperaba en silencio que la mujer terminara de servir el té. El viejo casi no hablaba, sus ademanes eran calculadamente lentos, de sorda pompa. Era un hombre pequeño, apenas más grande que un niño, sentado en un sillón que parecía elevarlo por sobre el resto. Tal vez sus piernas no llegaran al suelo, pero en él no se veía ridículo, sino anómalo. Jamás sonreía, apenas dejaba que cierta chispa asomase a su mirada.

Pesaría muy poco, y era, sin duda, físicamente débil; sin embargo, emanaba una energía refractaria e implacable, como sus gestos lentos. El hombre le temía y le era inevitable observar a la mujer silenciosa que levantó los ojos al servirle su pocillo.

El hombre siempre se preguntó, qué la habría llevado a vivir con el viejo, a ocupar su casa, a ser testigo de la pasión de un hombre pequeño, viperino.

Él advierte que algo sucede, aún frente al gesto contenido de la mujer, vestida a la usanza tradicional de Corea.

La mujer sigue de pie, sin moverse, enfrentada a él. El hombre deja su lugar en la cola y camina hacia ella. Le extiende la mano y ella acepta ese saludo fuera de lugar y, sin embargo, adecuado a la circunstancia. Cómo está usted, pregunta el hombre. Ella lo mira con un gesto elocuente.

Salen a la calle. Él la invita al café de la esquina, el mismo de los primeros análisis. Le parece extrañamente humano que vayan a sentarse, esa mujer y él, en un café cualquiera para conversar de un tema, también humano. Se obliga a recordar que está frente a la mujer del viejo, que siempre le pareció inhumano, alejándose de una condición que no soportaría, en especial por lo que le tocara en suerte. El viejo no querría ser una persona, sino una herramienta del destino, hecha a cumplir una meta, en la que no hay análisis posible, sino protagonismo y acción. Esa misma acción que ha justificado, hasta ahora, al

grupo al que pertenece el hombre, y a sus adversarios, entre los que está el viejo, al que hay que anular.

Se lo veía despiadado como alguien que ha conocido la falta de compasión en carne propia. El viejo era un hombre resentido con la suerte, y solía no perdonar a nadie, salvo si ese perdón contribuía a su causa. Porque el viejo siempre había tenido una causa, la propia, que era salir de sí mismo, de la cárcel de su historia.

La mujer evita las mesas de la terraza, y entra a la cafetería. El hombre va detrás y se ilusiona con el encuentro. Dos de los tres resultados han dado positivo. Su ánimo podría desplomarse por la simpleza de un mecanismo cuyo corazón son los análisis, pero él da vueltas alrededor de esa realidad para aceptarla. Asiste impávido a lo inapelable.

Pero, de algún modo, siente que en ese encuentro hay algo que cambiará las cosas, que las pondrá en otro lugar.

Van hacia adentro, a un rincón, detrás de la última ventana. El hombre sabe que esa mujer no puede ser expuesta. Aunque se ubique allí, a ella parece no importarle y procede con una naturalidad que no tenía hace unos instantes. Es como si se hubiese abierto una puerta, como si ese hombre y esa mujer pudieran conocerse y, quizás, ser amigos. Ella, al contrario de lo que él hubiera esperado, se sienta de frente al espacio del salón, y cruza delicadamente las piernas. Es un gesto seductor que hace al acaso, sin impostura. Aún es una mujer hermosa, se dice el hombre. Qué tiene que ver ella con estos análisis que llevarán tristeza a una muchacha empeñada en una lerda batalla por su salud. Qué hace esta mujer aquí.

Parece no tener nada en común con el viejo. No puede relacionarla con esa criatura extravagante. Frente a él hay una mujer que se mueve con una delicadeza contenida. En su levedad segura se esconde un ajustado manejo del tiempo. Qué le ha dado al viejo la capacidad de haber conseguido una mujer así. Qué hay en ese ser que pueda seducir a alguien que parece tener la posibilidad de elegir entre muchas opciones, que no necesariamente debería elegir un hombre.

Evocará este encuentro. No terminará de entender el vínculo de la mujer con el viejo. Ensayará varias hipótesis. Recordará la noche del restaurante en Toronto, bajo el frío implacable. Nunca

podrá explicarse por qué llegó antes al lugar, metido en medio de un centro comercial.

Tal vez haya sido una equivocación en la hora, quizás él no haya adecuado su reloj al horario del país, o haya cometido un error. Le parece imposible, y, sin embargo, estaba allí, en la puerta del gran salón, frente a la larguísima mesa vacía, donde, en el medio, estaba sentada la única persona presente: el viejo.

Apologies.

Cuando se asomó a la puerta del gran salón, lo vio allí, en soledad, en medio de una mesa en la que podían caber cuarenta comensales. Estaba solo, sin guardaespaldas. El hombre se quedó quieto. En ese momento pensó que no tenía que entrar sin el permiso del viejo, porque debía ocupar un lugar demasiado cercano a él. Un puesto que normalmente estaba destinado a otros de mayor rango. Él no había cumplido treinta.

El viejo lo invitó a acercarse con un gesto. Fue hasta él con la intención de saludarlo y después ir hasta uno de los extremos de la mesa para esperar a que llegasen los demás. No dejaba de preguntarse por qué no había nadie, ni siquiera guardaespaldas. O sería que él no había chequeado bien la entrada.

El viejo hizo que se sentara frente a él. Lo observó unos instantes, el tiempo necesario para que la incomodidad del hombre no cundiera. Comenzó a hablarle en un tono afable, cálido. El hombre se limitaba a responder las preguntas del viejo. Parecía querer situarlo, entender quién era ese hombre joven. El viejo asentía con un gesto de admiración contenida, como si lo que le revelaba el hombre lo sorprendiera. Siempre parecía saber más.

El viejo resultaba persuasivo. Fascinaba.

Tal vez no tenía segundas intenciones. El hombre comenzaba a sentirse cómodo sentado donde estaba, junto a él.

Trataba de seguir la mirada del viejo, pero era imposible. Sus ojos muy oscuros ocultaban la pupila y, además, el iris estaba rodeado de un halo más claro que hacía imposible ver hacia dónde la dirigía. El viejo apenas movía la cabeza y sus ojos se mantenían quietos en medio de sus órbitas, como si no hiciera falta llevarlos hacia diferentes lugares para registrar el espacio. Jamás cruzaron la mirada y, sin embargo, no habían dejado de hablar.

El viejo le preguntó, acentuando su tono amable, por qué el hombre no llevaba su identificación en la solapa del traje.

No la tenía.

Era algo difícil de excusar. No llevar la identificación expuesta en una reunión, solía significar muchas cosas, ninguna agradable. Él no comprendía por qué no estaba allí. Era tan extraño como todo lo que pasaba en ese salón gigante y solitario, donde solamente estaban él y el viejo.

La habría olvidado también, como la hora, como la finalidad de esa reunión a la que aún no llegaba nadie.

No había lugar para excusas. El hombre sabía que cualquier explicación que no fuera la verdadera, fracasaría. Pero la verdadera era más increíble, por ridícula.

El hombre no pudo otra cosa que decir que la había olvidado, que pedía disculpas.

Apologies.

El viejo permaneció impasible unos instantes. No denotaba malestar. Su mirada indefinida seguía puesta en el hombre. Él no temía, no le importaba demasiado porque ya había dicho lo que tenía que decir.

El viejo pareció comprender. Asintió serenamente con la cabeza. Extrajo su propia credencial de la solapa y aún se paró para acercársela al hombre. Él mismo, estirándose, se la colocó en el cuello del traje azul.

El hombre apenas agradeció ese gesto.

Después el viejo se sentó y continuó la conversación con el mismo tono del principio, como si ese hecho no tuviera importancia.

El hombre tenía en su traje la credencial del viejo, de oro macizo, y estaba sólo con él en medio de la mesa.

Nunca comprendería la secuencia de hechos que lo pusieron en esa situación.

Dejó su lugar a los que lo superaban en rango a medida que llegaban y, por fin, se disculpó para alejarse hacia un extremo. El viejo no hizo gesto alguno.

El hombre ya no tiene la credencial del viejo. Quizás eso lo haya salvado. En todo caso le importa poco. Ahora está frente a la mujer, elegante, que comparte una casa con ese hombre

excéntrico y lúgubre, que fue perdiendo su belleza. Las fotos juveniles del viejo, exhiben una belleza que se concentra en una frente amplia y clara, orlada por un mechón ondulado.

El viejo ha perdido esa luz. El hombre lo notó en el último encuentro, en el que vio la invasión de canas, la piel gris, el aura apagada, como si la decadencia se estuviera imponiendo.

Se está muriendo.

El hombre percibe cómo se refiere a él. La voz es juvenil, baja, pero se la escucha perfectamente, como si el sonido tuviera otra frecuencia.

El fundador se está muriendo, repite como para aclarar la importancia de la noticia.

Cuando lo dice, parece hacerlo desde un equilibrio que hace instantes no tenía. Es una noticia que no admite matices. Simple.

Al hombre le cuesta creerlo. Es difícil aceptar esa omnipotencia superior a la que ha tenido el viejo durante tanto tiempo: la omnipotencia de la enfermedad.

Cuando el hombre lo vio, la última vez, había notado un decaimiento extraño, abrupto, fuera de lugar en ese hombre que parecía siempre igual. Llevaba un traje claro, como si quisiera reverberar, allí, frente a tantos colaboradores de alto rango. Habló de premios, de reconocimientos y de un lugar de peregrinación.

Nadie comentó nada respecto a su salud, pero estaba claro que el viejo no era el mismo, y que había querido decir cosas que en ese momento no comprendían.

Era lo normal. Todos habían aprendido a callar cuando él decía algo que parecía imposible de sostener. Siempre había que esperar, porque después su afirmación se aclararía. Y si no fuera así, no tendría la menor importancia. De eso se trataba, de escuchar y obedecer.

Esa vez, el hombre también observó al uruguayo, con sus ojos un poco entornados. Sabía que no había comprendido. Era lo habitual.

El hombre estaba a un costado, nunca se situaba en medio, y normalmente evitaba firmar, y, menos, salir en una foto. El jefe había aprendido a respetar ese modo de conducirse, sabía de su lealtad y de su eficacia.

El viejo sugería un lugar de peregrinaje, un lugar donde se pudiera rendir culto. Había logrado que algunos le rindieran culto, que procedieran según su humor, y que en eso se convirtiera su vida.

Y ahora había que suprimirlo.

Se está muriendo, dice la mujer, con una gravedad sin matices, con una máscara.

El hombre asiente. Ella agrega que acaba de hablar con un médico recomendado por alguien a quien el hombre conoce: otro oriental oscuro. El médico le ha dicho que es cuestión de tiempo, muy poco. El fundador ya está en silla de ruedas.

Puedo saber qué tiene.

Es su estómago, responde ella.

El hombre le pregunta si él es el primero en saberlo. Casi, responde la mujer.

Por qué me lo dice a mí.

Porque lo he encontrado, y seguramente, usted tampoco ha recibido buenas noticias. Además es cuestión de días, *y sé que eso ha de acelerar las cosas*. Usted es quien estuvo en casa aquella tarde y recuerdo su dificultad para traducir lo que le pedían. Era como si se estuviese dando cuenta hacia dónde iban y como si quisiera evitarlo. Usted parecía darse cuenta. Y sé que eso ha de acelerar las cosas.

El hombre entiende. Por eso se sintió aliviado al verla. Esta mujer es capaz de cambiar las cosas.

Si quiere, cuénteme de sus noticias, dice ella.

Él no quiere que ella se vaya. Inicia una historia que empieza una mañana brumosa, y que no acaba de terminar.

Habla de enfermedad, de amor y de responsabilidades.

La mujer escucha atentamente, en silencio. Asiente algunas veces e invita a que continúe.

Después de narrar esa historia por primera vez, el hombre se siente vacío, como si eso le estuviera ocurriendo a otro, como si los dos resultados positivos significaran otra cosa. Algo que a él le incumbe muy poco, un mecanismo fuera de su control.

El hombre no quiere que ella se vaya. Quiere que ese encuentro se prolongue indefinidamente, porque alrededor de esa mujer las cosas cambian, se acomodan.

La mujer escucha al hombre, con un gesto plácido en los hermosos ojos, con una actitud abierta, capaz de darle el exacto consuelo que pudiera necesitar. Le toma las manos, ella, la mujer del viejo.

Usted ha de seguir caminando siempre. Eso también es correcto. No se preocupe, nada es lo que parece.

El hombre no comprende cómo es que después de ese encuentro ocurre una separación así, sencilla, corta y mansa, seguramente para siempre.

El hombre la ve irse, recordará el perfil, los pómulos altos, el pelo recogido y la mirada retirándose hacia otra vida. Evocará su rostro, su peinado al modo tradicional, los ojos muy rasgados sumergidos en su impasibilidad, en su timidez.

Se queda en la cafetería.

Todo lo ocupa un silencio que ruge, como el fragor del mar, como el aturdimiento antes de un desmayo.

Finalmente, nada habrá que hacer respecto al viejo. Morirá enseguida. Es una noticia ajena, inesperada, que pondrá en evidencia, lo vano de los procedimientos del grupo, lo grotesco de las palabras grandilocuentes, la necesidad de aturdirse con los actos.

El hombre atina a tomar su teléfono para llamar al jefe. Se retira de una realidad que tendrá que enfrentar enseguida cuando se vea con la muchacha para darle las últimas noticias, algo que le pesa demasiado. No puede imaginarse cómo lo hará, ni cómo reaccionará ella. Además falta el tercer análisis. Puede que también cambie las cosas.

Hay un breve intercambio, como de costumbre, en donde el jefe ensaya su interés por la situación del hombre, por su vida íntima. El hombre tiene apenas paciencia para terminar con ese rito que nunca le pareció genuino, a diferencia de aquella conversación en San Petersburgo, junto al agua con el fondo de las coloridas cúpulas de la catedral, aún más que en Moscú.

De ésta no salimos sanos.

Él le decía al jefe que ya no se sentía entero, que pensaba que su organismo podía flaquear en cualquier momento, que tenía miedo de no salir sano.

De ésta no salimos sanos, seguro, le contestó el jefe, con la mirada que invitaba a una reflexión, que exhibía fatalidad.

El hombre le dice al jefe que el viejo se muere, que ya está en silla de ruedas, que es el estómago.

El jefe hace silencio, apenas un instante, tratando de decodificar una noticia sorpresiva. Siempre le ha costado cambiar el método de una operación, pero cuando lo hace, lo aplica completamente, olvidando lo anterior. El jefe manifiesta algunas ideas. Necesita tiempo para entender, para urdir otras acciones que se acomoden a la nueva realidad, y que mantengan a los hombres domesticados, sin voluntad propia y alrededor de él.



Ahora no tanto, pero antes era evidente la incapacidad del jefe de soportar el quedarse solo, sin el grupo pendiente, listo para no pensar, y para responder a sus consignas. El hombre hacía lo contrario, y se alejaba detrás de su propio tiempo, tratando de interpretar las situaciones, de comprender qué era lo que estaban haciendo. Al principio el jefe lo tomaba como una deslealtad, y difundía la suspicacia entre los que permanecían con él. Después aprendió a respetar esa necesidad del hombre, esa consciencia que más de una vez lo había llevado a abscesos de fiebre que lo anulaban por días. El hombre, alguna vez, se lo había dicho.

De esta no salimos sanos.

El hombre se deja llevar por el peso de los hechos de esa misma mañana, allí en la cafetería, donde permanece sentado frente a la pared, mirando por la ventana el tránsito de la calle; donde veinte minutos antes, estaba aún frente a una mujer, hie-rática y dulce a la vez, capaz del misterio del consuelo. Alguien con quien le toca compartir la culminación de una historia, si es que eso ocurre alguna vez.

Ha ocurrido demasiado.

Ha tomado el teléfono, quizás para volver a la realidad, para que lo saque de un aturdimiento que conoce. Habló con el jefe para informarlo del hecho que da por tierra un sin número de intervenciones anteriores, donde él, entre otros de menor jerarquía, debía encargarse de suprimir al viejo.

El jefe esperó, había algo más. Es experto en acorrallar. Ha aprendido del viejo.

El hombre tuvo que expresarse, no había salida. Tuvo que hablar de sus días en la ciudad donde se recluye tanto tiempo, sin que nadie pueda comprenderlo. El jefe se dio cuenta enseguida de que se trataba de una mujer, y que era un asunto grave.

Escuchar ha sido su manera de retenerlo donde él quiere, de conocer los detalles, su debilidad, y de elaborar su perfil para después manipularlo en función de un objetivo.

No hay objetivo alguno, hay necesidad. La de conservar al grupo alrededor de él, por su pánico a quedarse solo y sin techo, jugando en la sordidez de una cama echada a la vereda en medio de la noche.

De esta no salimos sanos.▲

Ha salido mal, dirá la muchacha.

Lo hará con la dignidad de su tristeza, sin lágrimas. El hombre la verá recluirse en sí misma, en lo que queda de ella dentro de ese cuerpo empequeñecido que ha luchado, y lucha, contra el mal lento y caliente. Se empañarán apenas los cristales de sus anteojos, los mismos que habrán brillado y la harán aparecer juguetona y pícara, un mes y medio antes de eso, bajo el sol de Capri, señalando los autobuses asquerosos.

La verá bajar la cabeza, reflexionar, y después mirarlo para decir: ahora debo continuar hasta que termine el tratamiento. Después veremos.

El hombre dirá que es así, que a veces ocurre en el medio, y que todavía hay buenas perspectivas.

Tomarán el metro, como tantas veces. Él la abrazará y le dirá lo que harán esa noche.

No seas tan *cansante*.

Se irán juntos hasta el departamento, donde comenzarán los días de la vigilia hasta los próximos análisis.

El hombre va a separarse de ella.

No seas tan cansante.

El hombre la verá hincharse paulatinamente. Su rostro se irá redondeando, igual que su pecho y sus nalgas, que se rebatirán sobre los muslos dando la sensación de obesidad. Sus piernas se ensancharán por debajo de las rodillas. Apenas allí se conservará

estrecha, y en la cintura, que contrastará, como en un cuadro antiguo, con el torso poderoso y blanco, de matrona.

Comenzará a descubrir la fealdad. Su trabajo constante y amargo. Supo de niña lo que es estar enferma, convivir con el mal, pero siempre había podido ser seductora. En un futuro próximo ni siquiera eso.

Por qué, le preguntará el hombre en el auto estacionado, bajo el departamento.

Necesito estar sola unos días.

El hombre se negará. Le dirá que para él es imposible, que ahora no soporta separarse de ella, que quiere que ella se quede junto a él.

No, quién te crees que eres.

Allí, en el auto viejo, estacionado bajo el departamento, ella lo echará de su lado, exigiendo respeto por su tiempo, por su dolor.

La muchacha no podrá con su cuerpo, convertido en algo torpe, incómodo, y lo peor, más feo.

Habrá perdido su belleza en manos de un organismo que no le responderá, que reaccionará contra las drogas, llenándose de líquido.

No podrá con la energía agotadora del hombre, que le ha exigido tanto. Tal vez no podrá con el amor de otro sudamericano, exiliado, que le provocó lágrimas en una discoteca.

Será implacable, como un herido, como el régimen que llevó a su padre a la incapacidad de adaptarse a una estructura social nueva.

No seas tan cansante, le dirá con su flaca voz que sonará como un quejido.

La muchacha, despiadada mirará al hombre. Quiero estar sola, ¿no entiendes?

El hombre tardará en comprender ese rechazo. Unos instantes en los que le parecerá ver cómo se derrumba su ilusión de quedarse junto a ella, de amarla, de descubrir otros juegos. Preguntará de nuevo si ella está segura de que no quiere seguir con él.

Estoy segura, dirá ella, sosteniendo el desafío en su mirada, quiero estar sola.

Él, por fin, se irá, con el acre sentimiento del abandono. Con la misma soledad, que experimenta mientras va por la calle, en la mañana, hacia el centro de Viena, o vuelve hacia la plaza de las estatuas acristaladas del invierno.

Doblará lo antes posible para escapar de la mirada de ella. Para no perder del todo una dignidad que empezará a desmoronarse.

Se sentará en un banco, y tratará de concentrarse en lo que hace esa angustia con su salud, con la expresión de su rostro. Querrá llorar, pero estará muy lejos de eso. No le importará separarse de la muchacha, lo desmoronará que ella no lo ame, que él tenga poca importancia.

No seas tan cansante, le dirá de nuevo en su estudiado castellano, en el auto, cuando haya empezado a hincharse, apenas después de la desazón de los análisis.

Sentado en el banco, lo comprenderá.

Confirmará su cuerpo separado de la ropa, oliendo a cansancio, bajo el silencio del parque donde no será nadie, como tantas veces.

Después pondrá toda su energía en soportar la angustia, en dedicarse a las rutinas del día, con las que se ha entretenido la mitad de su vida, para que todo se mantenga en movimiento, cualquiera sea.



Esperará los siguientes análisis. Pasarán sesenta días en los que, entrenado como está, ejecutará rutinas.

Hará gimnasia a la mañana, caminará siguiendo itinerarios previstos en los que habrá estimado la distancia, descansará regularmente, chequeará dos veces por día sus correos, en el mismo lugar. No enviará ninguno. No se comunicará con la gente de su organización, que no sabrá cómo manejarse al haberse quedado sin adversario, al haber perdido la razón de ser.

El viejo se habrá muerto, extinguido, diminuto en una silla de ruedas que habrá llevado su palpitante exigüidad hasta la última exhalación. Cáncer de estómago, le dirán alguna vez. El viejo habrá pagado el precio de tanto sake, a tanto wasabi, a tanto pescado ahumado.

Serán dos meses que alcanzarán a acostumbrarlo a un nuevo hotel, alejado del centro, moderno, amplio y modesto, cerca del Nordbrücke. Estudiará el río, su larga isla: una mancha en medio del cauce, que sigue equidistante las dos riberas como si hubiera sido proyectada.

Después de un mes, irá a retirar los siguientes análisis, de la muchacha amarga, lejos de otra que bajo el sol se ríe de un juego de palabras.

Todos negativos, alejándose de la enfermedad. Habrá que ver cuánto y cómo. El hombre ya lo sabe.

De repetirse ese resultado en los siguientes, las posibilidades de cura serán muy altas.

El hombre se lo dirá por teléfono, en voz clara, llena de expectación. Ella recibirá la noticia con ecuanimidad. Como cuando recibió la anterior, estará segura de que la lucha continúa. Ha visto decaer su cuerpo más de una vez a lo largo de sus pocos años. Además seguirá igual de hinchada, tal vez un poco menos. Habrá perdido el deseo de comprar ropa, de cocinar su comida búlgara. Se habrá refugiado donde su madre y el médico, que come sus copiosos desayunos, con tres o cuatro tipos de pan, para gustarlos en largos trotes.

El médico no hablará de la enfermedad. Sonreirá mucho a la mañana, frente al pan, los dulces y los cítricos. No se parecerá a aquel hombre gigante del patio de la clínica. No será que haya envejecido, será simplemente otro, más alegre, dependiente de una mujer morena, algo asiática. La muchacha pensará que se ha vuelto un poco tonto, como todo el que se refugia en una mujer, aunque sea su madre.

El médico ha sabido siempre qué iba a pasar y no encontrará otra manera de adecuarse que con la alegría, con el buen humor que le provoca comer mucho sin engordar en absoluto.

El hombre insistirá con la noticia, después de haber esperado casi un mes, viviendo solo, alejado, pensando todo el tiempo alrededor de ella, como una madre de su hijo.

¿No estás contenta con los resultados? ¿No quieres verme?
No quiero que me veas. Ya no te gustaré. No podrás verme más.
El hombre no entiende. Hay una sombra, algo, ~~siempre~~
latente, que no alcanza a comprender.

Siempre me vas a gustar.

Sabe que la comunicación está a punto de terminarse, que a la muchacha le duele su presencia, hasta por teléfono. Siente cómo sigue perdiéndola a medida que pasa el tiempo, y ese mes, sin haberla visto, no hace más que desesperarlo.

Por favor, dejame llamarte antes de los próximos análisis, dejame hablar con vos.

No me llames, no quiero que me llames más.

La muchacha no corta la comunicación, obliga a que él lo haga.

El hombre experimenta el mismo vacío de cuando se separó, después de que ella le pidió que la dejara sola.

El hombre no la verá en los próximos meses, ni aún después de los próximos resultados.

La muchacha no puede morir. La muchacha vivirá, y él querrá volver a estar con ella. Esos pensamientos lo asaltarán muchas veces. Retornarán como la percusión sobre un tambor en todo su cuerpo, en los metros que lo separarán de la clínica donde le irán a dar los últimos resultados.



Hacia esos metros va el hombre. Hacia esos pasos que hará después del último mes, cortos, mínimos, que sin embargo podrán significar una decisión, o una muerte posible, o una muda de piel, un cambio de vida total, con su historia que, quizás, podrá guardarse en el cajón del recuerdo, donde las cosas le habrán sucedido a otro.

Pasarán cuatro semanas más, hasta esa caminata de pocos metros, hacia un mostrador donde recibirá los resultados por cuarta vez, que ya conoce desde siempre.

Hablará dos veces más con la muchacha. Por teléfono. Todo habrá cambiado en el tono de ella.

Será cordial.

El hombre entenderá la distancia, infranqueable, que implica esa urbanidad. Querrá sacarla de esa etiqueta, de ese refugio que la pondrá a resguardo de él. Le dirá que quiere verla, que la ama, que tienen que encontrarse para hacer lo que les gusta.

No seas cansante, reclamará, otra vez, la muchacha que se habrá asilado en la casa de su madre, morena y profunda, amada por dos hombres. Y, quizás, en el amparo de alguien, también sudamericano, que fue capaz de hacerla llorar en otro momento.

El hombre volverá a sentir la misma desazón a la que no puede acostumbrarse. Le parecerá imposible que la muchacha no comprenda, que no perciba su energía, su necesidad de estar con ella y el amor que ha producido. Y sin embargo será capaz de colgar el teléfono, de dejar la cabina en su barrio triste, y de separarse de esa comunicación con una caminata despojada, que

no se permitirá doblarse como en Termini, cuando la muchacha se haya separado de él esa primera vez.

El hombre estará entrenado, pero volverá a preguntarse para qué le sirve. Para seguir haciendo cosas, se responderá con desprecio.

Hacer cosas. Caminar. De eso se ha tratado siempre, de seguir, aún sabiendo cuál es el resultado y las consecuencias.

Ínfimas, hechas para el olvido.

Pero está el dolor, y su contraparte huidiza: la dicha. Ése es el mensaje que debería percibir la muchacha, refugiada en su gentileza. Ese grito sordo que él lanza en su desesperación. Por qué no lo escucha. Cómo es que no se da cuenta

Lo escuchará.

Lo hará valer tiempo después, quizás cinco meses en los que no se habrán visto. Será otra comunicación telefónica. Ella llamará, dispuesta a un compromiso con él.

Pero, antes de poder decirlo, antes de atreverse, oirá la voz grave del hombre, sin gentileza, cruda, repetir las dos sílabas de su sobrenombre, cargando todo el pasado compartido y el futuro gris, de bruma. Tanto como cada acto, como la caminata que el hombre repite siempre calle abajo, en la Viena de un fin de semana de invierno en el que conoce una muchacha que no podrá olvidar, y que va a desaparecer, para quedarse reducida a la sensación de ese espectro que el hombre está constituyendo mientras camina.

Dos sílabas que lo dirán todo.

Hacia esos metros va el hombre. Hacia la clínica donde lo esperan los últimos resultados.

Un tambor.

Y otra caminata, corta, exigua, que lo separa del lugar donde esperan dos muchachas aplomadas como estatuas, que van a darle un papel impreso en el que, seguramente, verá la palabra *negativo*.

Toda la masa de su historia cuelga calladamente de esos pasos, y el hombre se enfrenta a una muda, un cambio de cuero, de vida, que debería extinguir la larva con la que se ha desplazado siempre, la misma que ha provocado su eficacia en las acciones, el silencio, y la fiebre.

Las muchachas lo esperan, con un papel autorizado para definir una muerte más cercana o más lejana. Un papel que, seguramente, lo habilitaría para estar con la muchacha, la misma que ha sido capaz de parar el tiempo.

Ha pasado otro mes desde los últimos análisis y el hombre ha tomado el tranvía en su barrio, para bajar a una calle de la clínica, moderna y clara, cerca de la universidad estatal, donde ya no está la muchacha. Ni su propio mal ha de valer lo suficiente para que ella se aboque a una ciencia donde lo único que se observan son procesos, movimientos. Y donde, vanamente, discuten las tradiciones del oriente y del occidente.

El hombre se acerca y el tambor en sus sienas sigue sonando. No tiene tiempo de relacionar una mala noticia con su propia muerte. Lo pensará mucho después, porque una mala noticia serviría para que la larva con la que se ha desplazado siempre,

continúe allí. Para que nada cambie en él, para que todo sea como está inscripto en su modo de bajar la calle de ese fin de semana en que ha conocido a alguien capaz de hacer vacilar esa caminata inexorable.

El hombre le dará la noticia a la muchacha, y el nervio de enfrentarse a la muerte y a su decreto, habrá caducado. Se abrirá una puerta hacia la incertidumbre y sus latidos, hacia una luz deslumbrante donde él, y quizás ella, podrían dejar de ser quienes son para lanzarse a las promesas de las cosas inciertas.

El hombre no sabe que es como si fuera a retirar sus propios análisis, porque, en definitiva, le van a mostrar cómo está él. Y por eso suena el tambor de sus sienes.

La muchacha pudo haberlo comprendido y ha hecho que se ocupe de buscarlos. Enfrentarse a lo incierto era sobrevivir, seguir igual era morir, concluirá el hombre cuando recuerde. Él no tuvo que anular a un viejo que se ocupó de eso por sí mismo, y fue peor, porque no tuvo que tomar ninguna decisión. Podía seguir siendo *así*.

Lo que no cambia es muerte, y la muerte es así, es segura.

Al final la muchacha elegirá y esperará por él, más que por otro sudamericano que fue capaz de producirle las lágrimas.

Pero después de decidirse a estar con él, como se decide una mujer, con la reflexión, tendrá que escuchar las dos sílabas de su apodo, que le dirán todo lo que pasa.

Sus análisis posteriores insistirán en la palabra negativo, y las posibilidades de sobrevida del treinta por ciento, se volverán un mito.

El hombre, seguirá caminando.

Dos sílabas.

Dos sílabas, quizás cinco meses después, pronunciando el apodo de la muchacha para que ella comprenda enseguida. Capaces de definir un destino, encerrando toda una historia con su culminación incluida.

Me di cuenta cuando dijiste mi nombre, lo sentí en tu manera de decirlo, le contará alguna vez la muchacha, cuyo edema habrá comenzado a ceder. Entendí que algo se había perdido definitivamente, que había algo o alguien que te impedía amarme como cuando te desgarrabas. Lo entendí cuando escuché mi nombre, dicho de esa manera.

Esa voz, y ese modo estaban prefijados, obligándolo a andar, como en un laberinto que conduce a otro. Solamente hay una salida, le dijo aquella bruja ridícula, que le quitaba los males por sugerencia de un buen amigo: por arriba.

Pero nadie se eleva, todos apenas andan sujetos al mismo suelo que se ocupa de conducirlo entre la niebla de la mañana, con los ojos fijos adelante, confirmando las ventanas cerradas, las veredas grises y vacías. Con todas las edades en ellos, y entre niebla y frío, todo el conocimiento de su vida, implacable, tanto en el pasado, como en el futuro.



La muchacha, dentro de diez minutos, será capaz de detener el tiempo del hombre. Porque sale del hotel de cinco estrellas con él para acompañarlo hasta la parada del autobús que va a llevarlo hacia el aeropuerto donde ayer le compró jabones y cremas para su piel seca.

Van, después de haber compartido la noche, después de haber conversado con el abogado del gran Buenos Aires que la muchacha recordará siempre. Juegan con la idea de que ella lo acompañe dentro de unos días a Vietnam del sur, para una misión que el hombre no está dispuesto a cumplir. Ella sabe que es casi imposible, que un viaje así no puede realizarlo una persona en su estado. Pero lo considera. Por qué no. También hablan de un encuentro en Roma, cuando él vuelva de Ho Chi Minh, dentro de un mes. Hablan de un portón abierto, hacia una mañana de luz, de olores, de aceite de almendras, y de las bondades de la comida balcánica.

Hace dos días que se conocen. Se vieron y conversaron en una discoteca donde la muchacha solamente bebió agua. Y al mediodía siguiente esa muchacha se transformó en una niña despeinada, con el pelo curiosamente reseco, apenas capaz de mostrar a la mujer que había dentro de ella. Ya no quisieron separarse hasta esa noche donde el hombre olvidó los peligros de un contagio fatal, llevado por el deseo. La muchacha fue capaz de satisfacerlo, quedando ella fuera, como sucederá por largo tiempo.

Un abogado es testigo de lo que pasa con el hombre. Jamás hablará de eso en una organización extraña, y con el objetivo de accionar sobre sí misma, como casi todas.

Es media mañana y no hace frío. Tal vez haya salido un sol tímido. El hombre querrá verlo así. La muchacha recordará otras cosas.

Ella se detiene a unos pasos del autobús, y el hombre se separa con un beso corto y enérgico en los labios. Camina a paso firme y se encarama en el estribo. Han pasado los diez minutos. Se vuelve y la mira

Te amo.

Lo dice dos veces.

Voy a volver por vos. Vení a Vietnam, si podés. Si no, te veo en Roma. No me falles.

Te amo, ¿me entendés?







